



LAS MANOS SIEMPRE MOJADAS

**MEMORIAS DE MARIAN Y DE MAJDOU,
TRABAJADORAS DE LOS CUIDADOS Y DEL HOGAR**

BEATRIZ DÍAZ MARTÍNEZ

Las manos siempre mojadas.
Memorias de Marian y de Majdou,
trabajadoras de los cuidados y del hogar

Del texto: Beatriz Díaz Martínez
<http://memoriaoral.datarifa.net/>

Acuarelas de cubierta: Ana Sánchez Trujillo
De la serie «*Con mis pinceles mágicos*»
<http://box5190.temp.domains/~anasanch/sample-page/>

Fotografías aportadas por Marian Fernández,
salvo indicación expresa.

Colaboran: Argitan, centro asesor de la mujer;
Emakumeentzako aholku etxea
Berri-Otxoak, plataforma contra la exclusión
y por los derechos sociales

Autoedición. Bilbao, 2021

Diseño cubierta e interior:
Rasgo Audaz, Sdad. Coop.

Depósito Legal: BI-00380-2021
ISBN: 9788412263794

Las manos siempre mojadas

Memorias de Marian y de Majdou,
trabajadoras de los cuidados y del hogar

Recogidas y adaptadas por Beatriz Díaz Martínez
con el apoyo de Liz Quintana, Antonio Escolar,
Kontxa Fernández y Antonella Fornoni

COLABORAN

Argitan, centro asesor de la mujer. Emakumeentzako aholku etxea
Berri-Otxoak, plataforma contra la exclusión y por los derechos sociales

Índice

VIDAS DE MUJERES	7
HISTORIA DE MARIAN	22
CRONOLOGÍA DE MARIAN Y CONTEXTO SOCIAL	102
FOTOGRAFÍAS DE LA VIDA DE MARIAN	106
HISTORIA DE MAJDOU	118
CRONOLOGÍA DE MAJDOU Y CONTEXTO SOCIAL	222
BIBLIOGRAFÍA	227
RECURSOS	229

VIDAS DE MUJERES

Este libro presenta las historias de vida de dos mujeres, Marian y Majdou, que nacieron en los años sesenta del siglo XX. Sus familias vivían en aldeas pobres: la familia de Marian en La Hiniesta (Zamora) y la de Majdou en Atrafa (Chaouen). Hace tiempo que me había propuesto recoger historias de vida de mujeres mayores en Bizkaia pero no fue hasta 2019 cuando surgió la ocasión. Entre tanto otras investigaciones urgían por tomar forma y ser editadas. A finales de 2018 me puse en contacto con Liz Quintana, feminista, procuradora y asesora a trabajadoras de hogar y cuidados. Liz mostró su confianza en mi trabajo desde el primer momento, lo que facilitó que Marian y Majdou aceptaran encantadas cuando ella les trasladó mi propuesta.

Marian y Majdou son mujeres supervivientes en nuestro mundo patriarcal y actualmente siguen en el huracán con contados apoyos y con escasas oportunidades para procesar las violencias que han vivido. Las sociedades en las que crecieron son relativamente diferentes pero su condición de mujeres ha acortado las distancias: durante décadas la violencia y la explotación les han cobrado un tremendo peaje. Las dos han tenido que trabajar en casas de familias ricas de Getxo (Marian de adolescente; Majdou ya adulta) y han testificado en los juzgados (Marian por violencia de género; Majdou por una demanda laboral en su feminizado trabajo). Sus

vidas convergen también en el presente: viven solas y en un alquiler precario, su deteriorada salud limita sus posibilidades de trabajo, tienen dificultades para llegar a fin de mes y han solicitado una renta social que les ayude a sobrevivir.

Tras mi primer contacto telefónico respondieron ilusionadas y enseguida me concretaron disponibilidad. Necesitábamos un espacio seguro donde hacer la entrevista. Un lugar silencioso que permitiera buena calidad de grabación, donde pudiésemos hablar con tranquilidad de lo vivido y airear sentimientos con espontaneidad, si se hiciese necesario. En el espacio autogestionado de Karmela¹ hicieron todo lo posible para que este local estuviese abierto en las pocas horas libres de Marian, pues entonces trabajaba interna cuidando a un señor mayor. Respecto a Majdou, escogió venir a mi propia casa.

Empezamos a trabajar en enero de 2019; dos horas a la semana, a veces cada quince días, hasta finales de marzo. En nuestro primer encuentro les hablé de mi forma de trabajar y de la posible confidencialidad. Semana a semana su puntualidad afianzaba mi propio compromiso. En paralelo a las entrevistas yo iba transcribiendo las grabaciones recogidas. Dos meses de trabajo intenso en los que nuestras emociones estuvieron a flor de piel. A partir del

1 El local de Karmela está en la calle Fika número 44 del barrio de Santutxu (Bilbao). Fue una escuela de primaria desde los años 1960 hasta 2014. Actualmente el espacio es autogestionado de forma colectiva y promueve la participación y los lazos grupales frente al consumo y el espectáculo. En 2019, unas trescientas personas participaban en talleres, jornadas y encuentros semanales en Karmela, y se coordinaban a través de una asamblea semanal.

mes de abril, cuando yo tenía transcrito el grueso de cada historia, distanciamos los encuentros.

Marian ya había sido entrevistada en varias ocasiones. Su primera participación fue en un video sobre Lanbide en el que recordaba la suspensión de la renta social, denominada Renta de Garantía de Ingresos (RGI). Además en unas jornadas de Trabajadoras de Hogar de noviembre de 2018 en Karmela, Marian y otras tres trabajadoras contaron una buena experiencia laboral y una mala experiencia, y mencionaron un sueño o deseo. Aquella era la primera vez que Marian hablaba ante un público amplio. Ella recuerda que se aferró a la mano de su compañera de asiento y que no quiso mirar de frente al público. Mugarik Gabe recogió con detalle su experiencia laboral y también la entrevistaron en el proyecto de la organización Mundubat «Trabajadoras no domesticadas». He tomado pequeñas piezas de esta última entrevista, recogida en un documento que cito en la bibliografía.

En las primeras sesiones ellas marcaron el ritmo: rememoraban etapas de su vida que les parecían importantes y yo sólo interrumpía para pedir aclaraciones. Una vez dieron por finalizado el hilo cronológico de sus recuerdos dediqué varias sesiones a clarificar sucesos y detalles de fechas, lugares o personas. A medida que crecía nuestro vínculo de confianza mi trabajo se hacía más operativo y ellas se mostraban más seguras. Ambas lloraron sin censura en varios momentos de la entrevista. La necesidad de desahogarse y de sentirse reconocidas rezumaba en sus cuerpos. Y al final de cada sesión preguntaban, «¿cuándo volvemos a quedar?».

Mis entrevistas en profundidad parten de un cuestionario abierto y flexible. Dedico todo el tiempo que sea necesario para recoger

los recuerdos que la protagonista quiere ofrecer. Cuando su discurso pierde fuerza y se hace redundante sé que la entrevista se acerca a su fin. Pueden haber transcurrido unas semanas o unos meses. Llegadas a esta etapa quedarán cuestiones por clarificar pero su historia no cambiará en lo sustancial.

Con Marian trabajé en sesiones de dos horas. En los primeros seis encuentros grabamos en total seis horas y media de entrevista. Dedicamos cinco sesiones más de trabajo a repasar, que sumaron cuatro horas y media de grabación. En una de las sesiones me mostró sus fotografías de infancia y juventud, convenimos cuáles podrían ilustrar su historia y me explicó detalles sobre cada escena, sus recuerdos y emociones asociadas, las personas que aparecen en ella, y el lugar y la fecha aproximada en que se tomó cada foto.

En el caso de Majdou nos reunimos cuatro mañanas en mi casa y trabajamos tres horas cada mañana; en total resultaron nueve horas de grabación. Quedamos seis veces más: en la primera ocasión grabé algo más de una hora de pequeñas piezas que rellenaban huecos, y en los cinco siguientes encuentros escribí directamente en el archivo digital del borrador de su historia.

Complicidades

Algunos contextos de vida Marian y de Majdou se cruzan con los míos, lo que ha sido una oportunidad de complicidad en nuestro trabajo. Mi madre nació en Cifuentes, un pequeño pueblo de la despoblada y siempre migrante comarca de La Alcarria de Guadalajara, donde he pasado los veranos de mi infancia y juventud.

Mis padres transmitieron a sus cuatro hijos su afán viajero: he conocido gentes, paisajes y formas de hacer de norte a sur y de este a oeste de España, incluyendo las zonas de tradición más rural y las menos desarrolladas. He recogido en mi grabadora la infancia de Marian con la cercanía y el afecto que permiten esos conocimientos y vivencias.

La experiencia de Marian en el Sestao industrial de los años setenta del siglo XX tampoco me ha sido ajena. Participo en la Asociación Elkasko, un colectivo de investigación histórica que ha recogido y sistematizado historias de vida en profundidad de personas mayores en esta comarca (la web *Herri Memoria* y el libro *Era más la Miseria que el Miedo* recogen algunos de los resultados). Además desde los años noventa, cuando me instalé en Bilbao, tengo buenas amistades en la margen izquierda del Nervión, que han compartido conmigo su sensibilidad a la realidad social de su entorno.

Con mi llegada a Bilbao en 1992 conocí a muchos vecinos y vecinas marroquíes de mi barrio (San Francisco), quienes me han mostrado su forma de vivir y de entender la vida. El padre de mi hija es marroquí. Hemos viajado asiduamente durante quince años a Marruecos y hemos visitado a sus familiares en aldeas y ciudades. Como mujer que soy, en esa sociedad tan segregada he convivido más intensamente con mujeres. El valor de la acogida y la habilidad comunicadora propias de su cultura, sumadas a mi afán de conocimiento, me han permitido comprender algo de lo que viven. Por eso Majdou desgranó en confianza detalles sobre la socialización de las mujeres en su infancia y juventud. Yo le mostré fotos de las aldeas y ciudades donde viven los familiares de mi hija para que situase mi propia experiencia.

Hace trece años hice una investigación sobre los emigrantes europeos en Marruecos. Reuní las historias de vida recogidas en el libro titulado *El Olor de la Hierbabuena*. Por eso puedo dibujarme el contexto social del Tetuán que Majdou vivió entre los años setenta a ochenta del siglo XX, cuando aún había una fuerte presencia de españoles que habían emigrado a Marruecos en diferentes etapas de la historia de la ciudad, y por diversos motivos.

Hoy en día Majdou se relaciona en castellano con sus amistades y vecinas. Cuando habla con sus familiares usa una variante de *darija* (árabe marroquí) y alterna con el castellano, lengua muy presente en Tetuán durante su infancia y juventud. Decidí incluir en el relato las palabras que Majdou pronunció en *darija* junto a su significado en castellano, ya que enriquecen el contenido y son un humilde reflejo del mundo bilingüe en el que vive. Tengo un pequeño nivel oral de *darija* pero soy analfabeta en su escritura en grafía árabe, así que las he anotado tal como las oía de boca de Majdou.

En estos dos años de trabajo con Marian y Majdou he vuelto la mirada hacia mis propias relaciones de pareja y mis separaciones. Entretanto varias amigas se estaban enfrentado a duras situaciones de malos tratos por su pareja y luchaban por separarse. En esa trama de sendas que se cruzan por momentos mi proyecto de historias de vida en profundidad se me hizo especialmente doloroso y agotador.

Una entrevista biográfica constituye en sí misma un espacio de comunicación para revisar lo vivido. Marian y Majdou recordaron asuntos dolorosos que nunca habían compartido y otros poco procesados. A veces cuando me contaban parecían tomar distancia de

algunas vivencias que les sobrepasaban y que no comprendían, y mi sempiterna necesidad de entender se rebelaba ante este mecanismo de autoprotección. Para comprender mejor sus experiencias y las mías me documenté sobre la violencia de género en el ámbito del trabajo del hogar, la limpieza y los cuidados; y participé en jornadas sobre el abuso sexual infantil y sobre la violencia de género. Razón y emoción aliadas encauzaron mi trabajo.

Construyendo los relatos

Estos relatos que ahora presento dan continuidad a mi personal método de trabajo en memoria oral, modelado a lo largo de décadas. Algunos resultados conocidos son el relato de Marta Eugenia y el de Esperanza, editados por la asociación bilbaína Mujeres del Mundo - Munduko Emakumeak a principios de los años 2000 (*Vine buscando las raíces de mi padre* y *Lo peor es ser huérfana de país*); y los de mujeres y hombres de la comarca de El Campo de Gibraltar (Cádiz) publicados entre 2007 y 2017 (*Memoria de Juan Quero; Hambre, gracias a Dios, nunca pasamos; Un rosal de flores chiquititas, Calle Tesón y Camino de Gibraltar*).

Siempre doy prioridad a la voz de las protagonistas. Me interesa especialmente su mirada sobre su propia vida y en consecuencia dejo sus voces en primer plano. Mi pensar queda recogido en la introducción y en la propia construcción del relato: en cada decisión sobre el contenido que conservo y el lugar y extensión asignado, sobre las notas a pie que aparecerán, los recuadros informativos, los espaciados y los silencios. Creo en la capacidad de análisis del lector o lectora y estoy convencida de que ejercitarla estimula el juicio propio.

En nuestra sociedad las historias de mujeres víctimas de violencia de género son parte del espectáculo de los medios y de la política: sus relatos generan lástima, sorpresa y morbo, cuando menos. La lucha por frenar estas violencias exige superar estas impresiones y analizar lo vivido de forma sistémica en busca de los motivos y las consecuencias, y con un enfoque de género y una perspectiva social. Más adelante aportaré sugerencias para esa mirada.

Marian y Majdou han querido contarme fuera de grabación ciertas experiencias traumáticas. En el ambiente de reconocimiento de la entrevista éstas pujaban por aflorar, pero me han pedido que no las incluya en el relato. Para preservar su seguridad hemos cambiado algunos nombres de lugares y de personas. El ciclo de la violencia nos fuerza a silenciar a los partícipes de ésta para no arriesgar nuestra autonomía, nuestro trabajo o nuestra piel; dejemos patente que ese silencio sostiene su impunidad, tanto a nivel social como judicial.

He adaptado las transcripciones en busca de un relato fluido y con coherencia interna; un relato que respete lo que entiendo que son las prioridades de cada testificante, y en equilibrio con mis propios criterios. Este delicado ejercicio me ha exigido un gran esfuerzo técnico y emocional. Es obvio que mostrar vidas silenciadas y desmontar etiquetas y prejuicios siempre será más complejo que hablar de lo establecido. En el caso de Majdou, cuya lengua madre es el *darija*, la adaptación del texto ha supuesto una dedicación extra. Si en la historia oral nos plegásemos a los testimonios más accesibles, fluidos o estructurados, las historias de la mayoría de las mujeres (las mujeres pobres y por lo tanto con menos oportunidades y más criminalizadas) no saldrían de un segundo plano.

He atenuado las etapas de sus vidas más reconocibles y he subrayado aquellas que no se comprenden con facilidad. Añadiré que he conservado ciertos recuerdos confusos a sabiendas de ello, porque representan una forma de adaptación a traumas vividos, como detallaré más adelante.

Trabajé con cada protagonista el último borrador de su historia. Les pedí que me diesen sus impresiones a medida que lo leyesen, y que aclarasen lo que vieran necesario. Repasar el relato de vida en el espejo de la lectura les permitió afianzar sus recuerdos y en ocasiones ampliarlos. Esta etapa de trabajo es para mí imprescindible, aunque muy delicada: ese relato donde yo veo un interesante análisis lleno de posibilidades es su dolorosa experiencia, con muchos elementos traumáticos por comprender y por sanar. La revisión conjunta supone una prueba de fuego cuando mis prioridades se confrontan con las suyas.

Antonio Escolar y Kontxa Fernández leyeron un borrador inicial. Antonio me sugirió aportar más contexto histórico y social. Entonces añadí más notas a pie así como tablas con hechos biográficos y sociales, lo que hizo más patente que el condicionante de sus vidas es el género, por encima de la clase. Kontxa destacó las variaciones de tono de los relatos y los sentimientos que transmiten. Liz Quintana me aclaró lo referido a procesos judiciales y Antonella Fornoni realizó una revisión de ortografía.

Silencios y desmemorias

La diferente socialización de las mujeres y de los hombres condiciona la forma de mirarse y de recordar de cada género. En general las mujeres recordamos y describimos con mucha más

frescura lo relacionado con nuestra comunidad y con nuestras emociones: el entorno cercano y afectivo, eso que se denomina vida privada. Y al mismo tiempo difuminamos los referentes cronológicos. En el relato de Majdou hay algunas excepciones: ella sitúa la independencia de Marruecos, la muerte del sultán Mohammed V, algunos cambios en las leyes migratorias españolas y la guerra de Irak.

La vida de las mujeres está repleta de responsabilidades y obligaciones, de culpas y vergüenzas, de presiones y preocupaciones, amenazas y miedos. Con estos elementos se conforma la criminalización de nuestros actos y en consecuencia la impunidad del control y la violencia sobre ellos. Así se construye nuestro género. No es casualidad que los testimonios de Marian y de Majdou se tiñan de desorden, de silencios y de fantasías. Las ilusiones aligeran el peso de los hechos. Evitamos hablar de lo que nos duele o nos avergüenza, o callamos para cuidar la imagen de alguien cercano. Su urgencia por compartir y sus emociones encontradas condicionan también la secuencia del relato.

En general no les resulta fácil recordar las fechas de los sucesos que relatan, salvo las de algún episodio de violencia extrema. Majdou recuerda la fecha en que tomó un vuelo para alejarse de quien fuera su abusador durante años. Y al recordar su tiempo de trabajo como interna en casas, sabe qué día de la semana sucedió tal o cual anécdota, porque las empleadas de la casa tenían asignadas diferentes tareas cada día de la semana y las comidas familiares se celebraban en días específicos.

Majdou tiene confusión sobre la presencia o ausencia de su padre en su juventud. No es de extrañar, pues sus preocupaciones se

dirigían a cuidar y dar posibilidades educativas a sus hermanos y hermanas pequeñas mientras el padre estaba ausente. Ella recuerda bien los nacimientos de sus hermanas porque se encargaba de lavar las ropas ensangrentadas tras los partos de su madre, y también los pañales de los bebés. También Marian ha trabajado lavando, bien en grandes empresas o en casas particulares. Las manos siempre mojadas. Lavar la ropa de los familiares o ropa ajena durante décadas facilitó la artrosis en el cuerpo de Majdou: el lavado de la ropa, referente memorístico de ciertas etapas de su vida, ha dejado una dolorosa huella en sus articulaciones.

En contraste con la quebrada línea cronológica de sus vidas tanto Majdou como Marian recrean los aspectos ambientales. Por ejemplo, describen el tiempo atmosférico en fechas memorables de hace décadas y recuerdan con detalle las plantas de los campos, bosques y huertas de su niñez, los arbustos que se usaban para construir las casas y los que pinchaban, el color de sus frutos y la forma de sus hojas. Las imágenes se reconstruyen en la memoria de Marian con detalles espaciales de las casas donde vivió y de las calles que recorrió, de la vestimenta que llevaba en momentos especiales y de olores concretos como el olor del cuello de su abuela.

Sello de mujer y huellas de violencia

Desde los años sesenta del siglo xx, cuando Marian y Majdou nacieron, han sucedido muchos cambios sociales. España pasó de una férrea dictadura a un régimen parlamentario; Marruecos salió formalmente de la ocupación colonial compartida por España y Francia. En consecuencia hubo nuevas regulaciones, nuevos

movimientos sociales y una clara tendencia capitalizadora de la vida cotidiana. Los relatos de Marian y de Majdou muestran cómo la pobreza, la explotación laboral y las leyes de represión a la migración (en el caso de Majdou) han condicionado sus vidas; y el sello de mujer siempre se sitúa sobre los anteriores.

El relato de Majdou muestra los valores que conforman el ser mujer en la sociedad marroquí de su tiempo. El pudor, que navega entre la vergüenza, la incapacidad aprendida y el miedo. La infantilización y el enclaustramiento de la mujer en aras a su supuesta protección. El sometimiento de ellas a las decisiones de los hombres de su familia. El valor de la aceptación y de la resignación frente a la resistencia y la reivindicación. Y las imposiciones en el vestir y en el hacer ligadas a la cultura tradicional, no sólo a lo religioso.

Sus recuerdos reiteran la temprana edad de los convenios matrimoniales, y sin contar con la voluntad de las personas implicadas; la impunidad del acoso en pro del convenio matrimonial, la importancia de la mediación para un posible lazo matrimonial y la importancia de las fiestas como espacios de encuentro y socialización.

Majdou constata también el valor de la comunidad en su sociedad de origen, que se refuerza a través de la acogida, de las visitas familiares, los regalos, la conversación y la escucha. Su testimonio deja ver la fuerza de los vínculos familiares, situado muy por encima de los lazos de amistad: por eso ella asimila las buenas amistades a la familia. Y el valor de la mediación en la resolución de los conflictos: por ejemplo, para evitar una situación vergonzosa, en un intento de suicidio o ante una separación.

El conjunto de sus recuerdos da significado a ese complejo tablero social en el que las mujeres tenemos menos oportunidades. Marian y Majdou mencionan amigas y conocidas suyas que no tuvieron oportunidades de estudiar y que trabajaron desde niñas. En el hilo de su relato concluyeron que no sería la primera vez que sus jefes abusaban de una empleada y aludieron a otras mujeres violadas o acosadas. ¿Qué lectora no se reconocerá en alguna situación relatada o recordará a mujeres cercanas?

Los relatos de Marian y de Majdou llaman a analizar la violencia de género en sus vidas. Violencia de género en su lugar de nacimiento y violencia en su destino migratorio. Violencias por gente cercana y violencias por sus empleadores. Violencia sexual por hombres tan pobres como ellas y también por los más poderosos. Sus testimonios ayudan a entender cómo se ejercen y cómo se alimentan estas violencias. Desgranar decisiones, exponen la participación («todos lo sabían»), la moral de la culpa y de la vergüenza que logra silenciar, la normalización de formas injustas («yo pensaba que era lo que me tocaba») y la mirada en perspectiva («luego te das cuenta»).

Majdou nos muestra a un padre que emigra a Europa para escapar de la norma social. Lejos de ser un proyecto de sustento familiar su migración supone hacer doble vida en su lugar de destino e inhibirse de su responsabilidad económica. Como consecuencia las mujeres de su familia quedan más encadenadas a ese control social que él mismo busca sortear emigrando. Una realidad relativamente frecuente que supone una tragedia añadida para la familia que queda en Marruecos, especialmente para las mujeres.

El acoso y las agresiones sexuales son realidades frecuentes y conocidas entre las trabajadoras de hogar y cuidados; también para Marian y Majdou. Se han investigado de forma insuficiente y no se abordan en su complejidad. El hombre es el principal agresor en este contexto y sus familiares, mujeres muchas veces, se hacen cómplices: ocultan o defienden al agresor por mantener el honor familiar o el poder económico.

En su trabajo, Majdou transita por casas de familias ricas que ejercen similares formas de maltrato: de Tetuán y Ceuta a Marbella y de Marbella a Getxo. En su vida se hacen presentes hombres que la «rescatan» de sus abusadores y que se convierten poco después en los nuevos acosadores. Cuando Majdou se ve envuelta en una nueva situación de abuso, un anterior acosador es quien la consuela. Dinámicas de control que ayudan a sostener las violencias.

La supuesta protección de los hombres de su familia se vuelve en contra de Marian y de Majdou: sus imposiciones para evitar habladurías, sus amenazas («como me entere de que te hacen algo...») y sus consejos («mejor déjalo estar») consiguen que ellas silencien las violencias vividas. Este silencio, lejos de ayudar a soltar lastres, sostiene la impunidad: cuando nadie conoce lo sucedido la víctima queda aislada y los responsables no son juzgados desde el punto de vista social y tampoco penalmente.

El efecto del trauma perdura y con el paso del tiempo aflora. Regresan los recuerdos dolorosos. «Antes eso no me hacía tanto daño, pero ahora sí», me comentó Majdou en uno de nuestros últimos encuentros. Esa rabia que sienten a veces ha desembocado en un estallido de quejas y reivindicaciones («entonces exploté»), que constituye una herramienta aliada para el desahogo y para la

confrontación. Entre líneas asoman reiteradamente la necesidad de superar etapas («tienes que avanzar») y el ansia interior de libertad («yo quería ser libre»).

Ambas muestran una fuerte responsabilidad personal, que a veces se desborda en sentimiento de culpa o de fracaso. El análisis de sus biografías evidencia la influencia que tienen en sus vidas las expectativas y oportunidades diferenciadas. Mostrarnos como mujeres contando nuestras vidas nos permite dejar constancia de los vínculos entre lo personal y lo político. Nos ayuda a entender que el lastre de la violencia de género no se repara únicamente con medidas individuales, puesto que su origen no es personal. Marian y Majdou, mujeres valientes, han ofrecido su testimonio con nobleza a pesar de miedos y amenazas. Sus relatos biográficos contribuyen a dignificar y validar socialmente sus vidas y, por extensión, las vidas de las mujeres.

Ella hizo de madre como pudo. A veces se quitó la vida, a veces la asesinaron, en ocasiones se fugó y no se volvió a saber de ella. La violaban de vez en cuando, otras terminó en un psiquiátrico.

Muchas mujeres, a pesar de todo, cumplieron como pudieron hasta el final de sus días. Rodeadas de ollas, de niños, de horarios, de prohibiciones, de obligaciones, de parientes políticos, del qué dirán; economistas de la pobreza familiar, primeras en dar y últimas en pedir. Saliendo adelante a pesar de haber sido maltratadas, abandonadas, burladas y engañadas.

VICTORIA SAU

*El vacío de la maternidad;
madre no hay más que ninguna (1995)*

Historia de Marian

1. Me crié con mis abuelos	25
2. Yo pasaba por su hermana	31
3. Dejó las ovejas y nos vinimos	33
4. En una residencia de monjas	37
5. Me ponía la mano en la pierna	40
6. Una temporada con mi madre	43
7. Yo crié a la niña pequeña	45
8. Me quedé embarazada muy rápido	47
9. Ingresada en el hospital	51
10. Yo le permitía todo	55
11. Un cursillo de auxiliar domiciliaria	59
12. Enfadada con la vida	63
13. Trabajando como un tío	67
14. No estaba en el convenio	72
15. La orden de alejamiento	74
16. Le di las gracias por todo	76
17. Una señora de andares torpes	79
18. En ese momento hice click	82
19. Tenía derecho a esa ayuda	86
20. Yo sabía quién era mi padre	94
21. Tienes que avanzar	97

1. Me crié con mis abuelos

Me llamo Mari Ángeles Fernández Rodríguez, tengo 54 años y estoy trabajando de interna en el barrio de Santutxu, en Bilbao, cuidando a un señor mayor. He contado mi historia para que me entiendan. Quiero que comprendan lo que soy ahora sabiendo todo lo que he pasado. Muchas mujeres deberíamos dar a conocer nuestra vida para que nos reconozcan más.

Me crié en La Hiniesta, un pueblito de Zamora muy pequeño que está a siete kilómetros de la capital². En los años setenta tenía más de seiscientos habitantes. Actualmente viven unos trescientos, y en verano algo más. Mi abuelo era pastor y mi abuela era ama de casa, además de cuidar a sus hijos, criar animales y cultivar un pequeño huerto.

Cuando yo era pequeña mi familia emigró a Sestao, y yo con ellos. Allí viví con mis abuelos y después con mi marido. De joven pasé unos años estudiando en una residencia de monjas del barrio de Txurdinaga, luego trabajé de interna en el barrio de Zorroza, una temporada en Madrid y vuelta a Sestao. Viví un tiempo en Barakaldo y en los últimos años he trabajado como interna en barrios de Bilbao: San Ignacio, Zurbaran y Atxuri. Ahora vivo en Santutxu en la casa del señor que cuido, y los domingos los paso donde un tío mío.

2 La ciudad de Zamora, en la provincia de Zamora y cerca de Portugal, tiene 61 mil habitantes. Está muy poco industrializada.

Mi madre es la tercera de diez hijos. Dos de ellos fallecieron muy pequeños. Ella se quedó embarazada con diecinueve años. Nunca aclararon si se trató de una violación. En mi familia unos pensamos que no y otros sugieren que sí. En aquellos años tener una hija de soltera era una vergüenza, de modo que mis abuelos optaron por llevar a su hija a un centro religioso para madres solteras en Madrid. Allí nací yo en el año 1966.

Era una maternidad a donde llegaban chicas sin medios y las alojaban hasta que daban a luz. Mientras tanto, ellas estudiaban allí. Se llamaba San Rafael. Se trata de una de las clínicas llevadas por monjas en las que vendían a los niños. Hace poco pusieron un reportaje de los niños robados donde salía esta clínica. Terrible. Yo he visto fotos en la televisión de lo que fue en su día, unos pasillos larguísimos con habitaciones a ambos lados, la sala donde daban a luz, la cocina...³

Dicen que cuando yo tenía unos seis meses una familia quiso adoptarme. O robarme. Mi madre, cuando supo que estaban interesados por su hija huyó del internado llevándome en sus brazos. Las monjas localizaron a mis abuelos y les avisaron. Antiguamente sólo había un teléfono en todo el pueblo y quien se encargaba de coger la llamada iba en busca de la persona a quien llamaban.

3 Las asociaciones de bebés robados en España calculan que entre 1940 y 1990 fueron robados unos 300.000 bebés (dato de 2018). Este delito prescribe, de modo que sólo pueden ser juzgados los hechos más recientes. La ley de bebés robados actualmente en trámite considera que no prescribe, por ser delito de lesa humanidad. Si se aprobase, el Estado habría de asumir la investigación y obligar a las administraciones y a la Iglesia Católica a abrir sus archivos.

La Guardia Civil nos encontró y mis abuelos optaron por ir a recogernos y nos llevaron de regreso con ellos al pueblo. Mi abuela me hablaba mucho de aquel viaje en el tren en pleno verano: «Eras muy chiquitina, no teníamos nada para darte y como tenías tanta hambre, con una cucharita te íbamos dando café con leche». Yo era muy delgadita; mi abuela siempre me lo decía. Para alimentarme compraron una cabrita y la ordeñaban. Era negra y con el morro blanco. Esa cabrita estaba conmigo todo el rato y yo con ella. La agarraba del rabo...

En unos meses mi madre se fue a trabajar a Salamanca y luego a Madrid. Yo me quedé con mis abuelos y ellos me pusieron sus apellidos. En mi primer año estuve muy malita con difteria y mi madre vino para estar conmigo. Ella pensaba que me moría. A partir de entonces prácticamente no tuve relación con mi madre pero no la echaba de menos ni me acordaba de ella.

Yo duermo muy mal. A pesar de que tomo somníferos, me despierto con frecuencia. Me quiero dormir pero no puedo. Y cuando sueño me vienen muchas imágenes de mi infancia en el pueblo. Mi abuela nos ponía pan con manteca de cerdo y azúcar para merendar. ¡Me acuerdo muchísimo de eso! Y de la leche condensada. Ahora pienso, «¡qué asco!», porque hoy en día la leche no me gusta.

Mi abuelo pastoreaba las ovejas de un señor del pueblo. Y en el invierno las llevaba en trashumancia a Extremadura. Mi tío Ángel, el pequeño, nació en Cáceres, en Cabeza la Mayor, porque esa temporada mi abuela acompañó a mi abuelo hasta allí. Por eso a veces le llamamos «extremeño». Mi abuelo tenía algunos perros para cuidar el rebaño y un corral donde lo guardaba.

Entonces había muchos lobos en la Sierra de la Culebra, que está más arriba del pueblo de La Hiniesta. Cuando el lobo bajaba de la sierra y mataba una oveja o un corderito mi abuelo venía

cagándose en Dios. ¡Era algo terrible! Cuando mi abuelo llevaba las ovejas al monte y se quedaba a dormir allí él mismo se hacía una cabaña cónica con palos y con unas mantas de telar, con rayas de colores rojas, azules... las mantas colocadas sobre los palos.

Mi abuela y yo subíamos al campo a llevarle la comida; el hato, que se llamaba: un trozo de tortilla o de tocino en una fiambarrera de latón y un pedazo de pan, que lo hacía mi abuela en casa. Ella iba con un pañuelo negro a la cabeza y yo con un sombrero de paja trenzada. Recuerdo que el suelo de la cabaña era de barro rojo y que mi abuelo colocaba una manta para que nos echáramos mi abuela y yo.

Cuando caminábamos por el monte mi abuela siempre llevaba un palo y con el palo iba dando aquí y allá entre la tierra y la maleza, porque decía que había muchas culebras. Una vez vi una camisa de una culebra en un agujero de un muro. Me gustaba seguir a los saltamontes y atraparlos. Y a las mariposas las cogía por las alas con mucho cuidado. No quería matarlas sino volver a soltarlas y ver cómo emprendían el vuelo y se alejaban.

Mi abuela criaba conejos, pollitos, gallinas, cerdos... Cuando la marrana tenía cerditos, me gustaba entrar a la corte para cogerlos, y desde el portón mi abuela me gritaba para que los soltase, porque la marrana podía atacarme para defender a sus crías. Y tenían un palomar. No se me olvidará que mi abuela disecó dos palomas y estuvieron por mucho tiempo en la casa de Sestao.

Yo le robaba los huevos a mi abuela y los llevaba a vender donde la señora Plácida para comprarme cromos de brillantina o cuadernos de recortables, que me encantaban. Y la señora Plácida se lo contaba a mi abuela: «Ha venido tu nieta con unos huevos». Ella le devolvía los huevos y mi abuela le pagaba y venía donde mí a echarme la bronca.

Me quedaba embobada mirando los álbumes con dibujos de princesas con coronas y zapatitos. ¡Me apasionaban! Y guardaba todo eso en cajas de latón. En el verano por las tardes me sentaba con mi prima Montse a la sombrita y jugábamos a cromos o a las tabas, que me las preparaba mi abuelo con huesos de los animales y yo las guardaba en un saquito de tela.

Siempre estaba con mi abuela. Iba por las tardes con ella a la era que había detrás de la casa, que tenía una tierra muy marrón. Mi abuela iba haciendo agujeros con una azada y yo iba tomaba semillitas de un cubo y las colocaba bajo el terrón que ella levantaba. ¡Era un campo enorme! Y por las noches oía el escándalo de los grillos que se metían bajo los terrones, «cri, cri cri...!». ¡Me impresionaba muchísimo!

En la temporada de verano, cuando caía el sol mi abuela y yo íbamos a regar la huerta. Y cuando llegaba el momento, con un cuchillito pequeño cortaba por el tallo los melones y las sandías, y los metíamos en un carretillo. ¡Las sandías eran enormes! Yo no podía con más de dos. Y mi tío Ángel y yo recogíamos las pipas de los melones que comíamos y las de calabaza, las poníamos a secar al sol, les echábamos sal y a comerlas. ¡Qué ricas!

Y con mi abuela y con mi tío Ángel subíamos unos kilómetros al monte y recogíamos a sacos las piñas de los pinos piñoneros. Y en el invierno las poníamos sobre la chapa de la cocina para que se abriesen. Después sacábamos los piñones y los partíamos, porque mi abuela hacía pastas con aquellos piñones.

Las casas antes tenían un sobrado en la parte de arriba, que era como un desván donde se guardaba la cebada, el trigo, las frutas y las hortalizas. Allí colgaba mi abuela los chorizos de la matanza. Y ahí guardaba unas artesas grandes de madera para preparar las mezclas de los embutidos con la ayuda de otras mujeres del pueblo. En la matanza me lo pasaba bomba. ¡Las vueltas que he dado yo a la máquina de embutir los chorizos!

Ahí en el sobrado era donde yo jugaba. Mi abuelo me hizo unos platitos y unas cazuelitas de barro y me los pintó de rojo. Y mi abuela me hacía las típicas muñecas de trapo. Yo no he tenido muñecas de verdad hasta mucho después.

Mi abuela tenía un pozo que compartía con la vecina de al lado. El pozo estaba dividido en dos partes por una pared, de modo que las dos casas tenían acceso al pozo, cada una por un lado. Y tenía una chapa con un candado. Cogían agua con un cubo de metal atado a una soga y llenaban su pilón o lavadero. A mi tío y a mí nos nos dejaba ni asomarnos. Con los años instalaron un motor para bombear el agua.

Cuando mi madre se fue a servir a Madrid mi abuela no hacía más que recordar a mis tíos que tenían que cuidarme. Mi tía Juani quería irse a jugar con sus amigas y no la dejaban. «Juani, lleva a la niña allí», «lleva a la niña allá»... A Juani le daba mucha rabia tener que hacerse cargo de mi, y un día me agarró y me metió la cabeza en los lavaderos. Me lo ha contado ella misma muchas veces. «¡Yo te quería ahogar!», me decía.

Pocas veces me pegó mi abuela pero alguna vez sí que me dio una buena panadera. En una ocasión fui al río a bañarme en una poza y perdí el vestido. Era un vestido muy bonito, blanco con cuellos azules, que mi abuela reservaba para los domingos. ¡Se lo llevó el agua! Llegué al pueblo en bragas y con las zapatillas de lona. ¡Menuda paliza! Ya de mayor cuando lo recordábamos juntas yo le decía a mi abuela, «yo creo que te dolió más el vestido a que yo *llegaría* en bragas»⁴.

Yo tenía una falda escocesa de cuadros; esas faldas que eran una pieza alargada que se cruzaban por delante y para cerrarla se

4 En el habla castellana del País Vasco, con frecuencia el pretérito imperfecto del subjuntivo (llegase) es reemplazado por el condicional del indicativo (llegaría).

sujetaba con un imperdible grande. ¡Odiaba esa falda! Y llevaba unos niquis de manga corta que los recuerdo muchísimo. En el pueblo no usaba pantalones.

2. Yo pasaba por su hermana

La madre de mi abuela se llamaba Basilia. Yo he conocido a todos los hermanos de mi abuela, que ya han fallecido. Mi tía Agustina, con quien me quedaba a veces, mi tío Aurelio y mi tío Agripino. Por parte de mi abuelo eran mi tía Cándida y Virginia, que la conocí inválida, y a quien atendía su marido. Virginia era idéntica a mi abuelo.

Mis abuelos eran primos entre sí. Cuando mi abuela era joven tuvo una relación con un señor de Zamora llamado José y se quedó embarazada. José no quiso saber nada y se acabó esa relación. Ella tuvo al hijo de soltera y lo crió. Después se casó con mi abuelo, que vivía en el mismo pueblo. A este niño mi abuelo lo reconoció como suyo. Es mi tío el mayor, que ahora está en una residencia.

Yo jamás he oído que mi abuelo dijese, «este niño no es mío», ni a mis tíos decir nada de su hermano. Y mi abuela no hablaba mal de su padre. Yo le pregunté una vez, «abuela, tú, ¿a quién has querido de verdad?», y ella me dijo, «al padre de tu tío». Mi abuela me contaba que la última vez se vieron cruzando el puente de piedra de Zamora; ella iba de la mano del hijo de ambos y con un burro. Se miraron pero no se hablaron.

En el pueblo sabían quién era mi padre pero yo de niña no lo sabía. A mí me llamaban «la hospiciana». Mi tío Aurelio, hermano de mi abuela, solía decir: «¡Ahí viene la hospiciana!». Yo era muy pequeña y no entendía aquello. Mis abuelos hicieron el papel de mis padres, yo era una hija más y mis tíos fueron como

mis hermanos. Me querían muchísimo. Ellos son los que me han criado y yo he estado toda la vida cerca de ellos.

Hice la comunión con siete años. La señora de una casa de Zamora donde trabajaba mi tía nos dejó el traje de su hija. Recuerdo que me vistieron subida a una silla para que no me *mancharía* y me lo arreglaron un poco de largo. Tenía un canacán y una *limonera*; o sea, una bolsita donde metías el dinero. Llevaba unos zapatos blancos anchos por la puntera que eran feísimos.

Después de la misa recuerdo que me dieron unas monedas, y me cambié el vestido por otro más sencillo. Mis abuelos mataron dos corderos e hicieron una comida. Recuerdo que me harté a helados. Por la Virgen de la Concha, que era la fiesta del pueblo, las niñas y los niños que habíamos hecho la comunión ese año volvíamos a vestirnos con el mismo traje e íbamos a adorar a la Virgen. Todavía se hace. Es una romería enorme muy famosa, en la que la gente de la zona llega a caballo.

El día de mi comunión mi madre llegó al pueblo en un seiscientos blanco acompañada de un señor. Tenía bigote y era calvo y bajito. Nunca supe quién era. Antes de ir a la iglesia mi madre me puso una medallita y nada más terminar la ceremonia religiosa me la quitó y se marchó.

No volví a verla hasta el año siguiente, cuando tenía unos ocho años. Aquel día estaba jugando en el sobrado y escuché unas voces. Bajé las escaleras y vi a mi madre y a un señor junto a ella. Bajé, pero no me abracé a ella; me agarré a las faldas de mi abuela. Entonces escuché decir que se iba a casar con ese señor. No le dijo que tenía una hija, porque tenía miedo de que la dejase. Mi madre le hizo creer que yo era su hermana pequeña. Mi abuela y mi tía la pequeña fueron invitadas a la boda y le dijeron, «tienes que decirle a Joaquín que la niña es tuya. No te puedes casar sin decírselo. No puedes ir a la boda con una mentira». Y les respondió mi madre, «¡como le digáis algo os mato!».

3. Dejó las ovejas y nos vinimos

Yo me he criado a la par que mi tío Ángel. Él siempre ha estado conmigo. ¡Hemos tenido una unión...! Algo más que hermanos; no sé explicarlo. Recuerdo que Ángel me educaba. Por ejemplo no me consentía que yo contestara a mi abuela. Mi abuela no me dejaba hacer la cama ni fregar y yo quería ayudarla porque la veía muy mayor. «Siéntate abuela, que ya lo hago yo». Y nos poníamos a discutir. Hasta que llegaba mi tío: «¡Cállate Mari. No respondas a la abuela!».

Hacia 1975 sólo quedábamos en el pueblo mis abuelos, mi tío Ángel y yo. Los demás ya habían emigrado a Sestao. Mi abuelo decidió dejar las ovejas, se jubiló y nos vinimos para aquí. Tenía yo nueve años. Yo de pequeña oía mucho hablar de Bilbao pero, ¿qué sabía yo de ese sitio? Recuerdo que llegamos a Sestao de madrugada en una furgoneta DKV blanca llena de ropa. Veníamos de un pueblo pequeñito de la España olvidada. Yo me quedé asustada al entrar en Sestao, ¡una ciudad tan grande!⁵

Yo me sentía muy agobiada. Veía cómo salían aquellos fogonazos por las chimeneas de Altos Hornos. «Pero, ¿qué es esto?». Me

5 Sestao, en la margen izquierda de la ría del Nervión (Bizkaia), está a unos 410 kilómetros de La Hiniesta (Zamora). Desde finales del siglo XIX el municipio se convirtió en una pequeña urbe industrial sacudida por la llegada de miles de inmigrantes. Las fábricas se asentaron en los mejores terrenos mientras que las precarias viviendas de la población obrera se extendieron por las laderas montuosas. Zamora fue una de las muchas provincias de origen de la emigración a Sestao. Otras personas de la provincia de Zamora emigraron a Cataluña, Madrid y Valladolid. Actualmente la tasa de paro de Sestao se acerca al veinte por ciento.

asustaba ver a tantísima gente desconocida. Cientos de personas saliendo de Altos Hornos vestidas con el mono azul, como hormigas... Esas imágenes no se me olvidan⁶.

La primera vez que vi la Ría del Nervión era de noche, en verano. Estábamos dando un paseo con mi tía Manuela, su marido y sus dos hijos pequeños, y pasamos por el puente de Simondrogas que iba de Sestao a Barakaldo. Mire a la ría distraídamente y me quedé impresionada de tanta agua y de tanta grandeza.

Mi tía Manuela se había venido a Sestao años atrás siguiendo a su novio, que había llegado allí para hacer la mili. Cuando ella llegó su suegra ya llevaba tiempo viviendo en Sestao, en la calle Simondrogas. Otros tres tíos míos, Juana, Jose y Miguel, llegaron después que ella y se pusieron a vivir de patrona.

Juana vino muy joven y empezó sirviendo en una casa de la calle Rodríguez Arias en Bilbao durante muchísimos años. Recuerdo que cuando yo era más mayor, si la jefa se iba de vacaciones mi tía me proponía ir con ella para hacer una limpieza en profundidad. Pasábamos el día trabajando juntas y me daba una propina.

Después alquiló un bar en la calle Rivas, donde vivíamos, y daba comidas a los trabajadores de Altos Hornos. Pasado el tiempo ya estaba cansada de cocinar y el movimiento de esa fábrica había empezado a bajar. La propusieron trabajar en una portería en Algorta y se trasladó allí con su marido y su hija.

6 Altos Hornos de Vizcaya se creó en 1902 tras la fusión de dos grandes sociedades. A su alrededor se crearon infraestructuras como fábricas, cargaderos, un sanatorio, una subestación eléctrica, colegios, viviendas, etcétera. En 1978, en las factorías de Sestao y Barakaldo trabajaban 9.500 personas. Fue la mayor empresa de España durante gran parte del siglo XX. En los años 80 sufrió una dura reconversión industrial y en el año 1996 cerró definitivamente.

Conseguieron luego un trabajo como guardeses en una finca de Gatika, cerca del castillo de Butrón, con una familia muy importante que eran empresarios. La familia tenía una casa aparte y había que tenerla en condiciones para cuando llegasen ellos. Mi tía y su familia vivían en un caserío de los jefes, que también usaban los hijos de ellos. Recuerdo que esta casa tenía cristales blindados. Tenían también un embarcadero que daba a la ría de Plentzia. A veces íbamos mi hijo y yo a pasar el fin de semana y comíamos con ellos.

Juana empezó con una enfermedad degenerativa y le aconsejaron un clima más suave. Así fue como acabaron trasladándose a Torrevieja, en Alicante.

Mi tío Jose trabajó muchos años en la Babcock Wilcox, que ya no existe⁷. Luego enfermó de cáncer y le operaron, pero sólo duró tres años. Un día al salir de Consultas Externas se cayó al suelo y ya no se recuperó. Él fue quien me regaló mi primera muñeca, la Nancy.

Miguel es quien más guerra dio en casa. Antiguamente los obreros de la construcción cobraban a la semana y les daban el sueldo en un sobre marrón. Él cogía parte del dinero y en casa le daba el sobre con el restante a mi abuela. Luego se duchaba y se

7 La Sociedad Española de Construcciones Babcock Wilcox es una sección de la empresa estadounidense del mismo nombre. La fábrica estaba en la Vega del río Galindo, en Sestao. Fabricó desde 1918 locomotoras y equipos industriales: calderas, tubos, turbinas, motores, engranajes, válvulas, etc; para empresas extranjeras o locales, como la refinería de Petronor o la central nuclear de Lemóniz. La empresa suspendió pagos en 1977, fue rescatada por el Instituto Nacional de Industria en 1983, y fue comprada por la empresa Austrian Energy and Environment en el año 2004.

iba por el barrio a emborracharse. Al poco tiempo oíamos voces, ¡era mi tío, que ya estaba candela!

Bebía, se pegaba con la gente... Era el que daba más problemas a mi abuela. Mis otros dos tíos chocaban mucho con él y a veces se pegaban. Ahora tiene sesenta y cinco años. Como volvió a beber la mujer lo dejó y lo recogió mi tía Manuela. Entonces dio un giro radical a su vida y pasó a ser una persona de ley. Yo apenas tengo relación con él porque no se portó bien conmigo.

Empezamos a hacer nuestra vida en Sestao. Mis tíos ya tenían alquilada una casa cerca de Altos Hornos. Era un tercer piso horrible, una construcción de madera con habitaciones muy pequeñas y sin cuarto de baño... Recuerdo que nos teníamos que lavar en un barreño de metal que mi abuela llenaba con agua del grifo. Yo pensaba, «¿a dónde nos hemos venido?». Como en aquella casa no cabíamos, unos meses después mis abuelos compraron un piso. No era mucho mejor que ése pero era de su propiedad.

Me metieron en el colegio General Mola de Sestao, que ahora se llama Vista Alegre. En el pueblo la escuela estaba al lado de mi casa. Estudiábamos unos diez niños y niñas con un profesor muy mayor a quien llamábamos don Dindalecio. Nos sentábamos juntos alrededor de una mesa y aprendíamos a leer, sumar, restar, dividir... y para de contar. Yo era feliz en esa escuela. Y llegas aquí... ¡Menuda diferencia! Entré en cuarto curso y repetí. Yo lloraba porque no quería ir al colegio; estaba muy desubicada. ¡Las aulas me parecían grandísimas! Y los niños se metían conmigo. Me veían como cateta... o como paleta. Yo me pegaba mucho con un tal Ramón, que luego de mayores hemos sido muy amigos.

Yo era una niña llegada de un pueblo pequeñito y no sabía lo que era la picardía. Recuerdo que una de mis tías vendía productos Avon y me regalaba pintalabios que le daban de muestra. Una compañera del colegio siempre me pedía, y un día que no quise

darle me puso contra la pared y me pegó. Una de mis profesoras me decía que yo tenía muchas capacidades, que podía haber estudiado lo que quisiera. Para quinto mis abuelos me cambiaron al colegio de Kuetto en el barrio sestaotarra de Kuetto, que se había inaugurado ese mismo año.

4. En una residencia de monjas

En casa vivíamos siete personas. Era pequeña, y para dormir nos apañábamos como podíamos. Al principio yo dormía con mi tío Ángel. Mi tía Juana, como ya era mayorcita, dormía aparte. Cuando fui un poco mayor me cambiaron a una habitación con mi tía Juana. Mi tío Jose y mi tío Miguel compartían otro dormitorio y mi tío Ángel dormía en un camastro plegable en el pasillo.

Mi abuela tenía miedo de que me pasaría lo que a mi madre, que se quedó embarazada muy joven. Quería protegerme pero en las condiciones en que vivíamos no era fácil. De la noche a la mañana, cuando yo tenía unos doce años, mis abuelos me sentaron con ellos y me dijeron, «Mari, te vamos a mandar interna a un colegio».

Por mediación de una asistenta social me metieron en la residencia de las monjas Trinitarias, en Txurdinaga⁸. Estas monjas tenían un Colegio Mayor para chicas que trabajaban fuera, y al lado estaba el nuestro, para chicas más pequeñas que estábamos estudiando. Había chicas de Extremadura y de toda España que

8 Hoy en día es una Residencia Universitaria Juvenil. Se llama Santísima Trinidad (es de las Hermanas Trinitarias de Bilbao) y está en la Avenida Jesús Galíndez 13, de Bilbao.

habían venido como nosotros, a buscarse la vida. Yo llegaba en autobús el lunes a la mañana tempranito. Me costaba el autobús doce pesetas; no se me olvida. En esta residencia comía y dormía durante la semana.

En cada habitación había seis camas y un cuarto de baño con dos duchas, dos váteres y tres lavabos. Nos portábamos bien; yo no recuerdo líos. Bueno, los chicos se asomaban por las ventanas y nos tiraban piedras. Recuerdo que una compañera se escapaba para irse con los chicos. Era muy fácil salir. Eso no era un reformatorio pero si te pillaban te castigaban sin ir a tu casa el fin de semana.

Nos hacían rezar mucho. Por la noche, antes de ir a la cama, las cincuenta chavalas teníamos que rezar dirigidas por una monja delante del cristo que había en la capilla. Y cuando llegaba la Semana Santa pasábamos medio día en la capilla de la residencia.

Íbamos a estudiar fuera de la residencia, al colegio público de Veracruz, que estaba cerquita, en Otxarkoaga. Salíamos del colegio, subíamos una cuesta que era todo un monte y llegábamos a la residencia. En ese tiempo conocí a Mari Carmen. Ella iba al Colegio General Mola (ahora se llama Vista Alegre) y a diario nos cruzábamos por la acera camino del colegio, yo bajaba y subía. Un día empezamos a hablar y nos hicimos amigas. Algunos fines de semana los pasaba con ella en casa de sus padres. Es mi mejor amiga. Ella es lesbiana y dice que siempre ha estado enamorada de mi.

En la residencia empecé sexto curso. La profesora de Lengua y Sociales era monja; las demás eran seculares y lo mismo el director. Recuerdo que el primer día entré a clase muerta de miedo, con mi carpeta azul de gomas bajo el brazo. La profesora me presentó a las compañeras y me senté en un pupitre junto a la pared. Al poco la profesora me pidió que leyese en voz alta. Yo

me puse a llorar de vergüenza, porque además en aquellos años tartamudeaba un poco; ya se me ha quitado a fuerza de leer en voz alta. Ella me dijo, «tranquila Mari Ángeles, haz lo que puedas». Arranqué a leer, ¡y no paraba! Leía metida en la historia sin pensar en nada más.

Esa profesora me quería mucho. En séptimo me suspendió Lenguaje y fui a hablar con ella porque era mi único suspenso. Me puso a leer un poco en voz alta y me dijo, «venga, aprobada; y a ver qué hacemos en octavo, ¿eh?». Yo era muy buena estudiante pero en octavo me puse rebelde y suspendí cinco en la primera evaluación. Saqué el curso pero con muchas broncas.

Al tiempo que estudiaba, yo trabajaba para pagarme mi estancia en la residencia. Y como yo, muchas compañeras. Eran siete mil pesetas al mes. ¡A mí nadie me regaló nada! Salíamos de estudiar hacia la una, íbamos a la residencia a comer, y a las cinco entrábamos en unos talleres de trabajo que había en la misma residencia, que eran supervisados por las monjas.

Trabajábamos en unas salas con mesas muy largas, donde sobrábamos cromos de esos que se coleccionaban y se ponían en los álbumes, montábamos termómetros de mercurio, que luego había que encajar en una tablita... Cosas así. Otro de los trabajos era encuadernar libros para una librería de Bilbao. Y en la campaña de navidades hacíamos cestas para el Banco Central.

Un mes de agosto la monja sor Teresa nos propuso a unas cuantas niñas hacer un trabajo para una promoción de El Corte Inglés. Yo recuerdo que comía a toda leche y me bajaba corriendo al taller. A final de mes la monja nos dio a cada una nuestra paga, ¡me gané quince mil pesetas! Me compré unos pantalones color lila, una camiseta también lila y unas sandalias blancas, no se me olvidará, y el dinero restante le pedí a sor Teresa que me lo *guardaría*.

El viernes por la tarde podía marcharme para pasar el fin de semana con mi familia. Yo no volví a casa de mis abuelos hasta pasado un mes. Recuerdo que vino a buscarme mi tío Miguel. Yo había tenido algún problema con él así que me impresionó verle. Recuerdo que yo iba con el pelo suelto, y llevaba un vestido de flores y unas sandalias blancas. Mi abuela abrió la puerta, me abrazó y exclamó, «¡Mari, pareces una espiga! ¡Y ya tienes tetitas!».

Recuerdo que mi tío Jose, que todavía vivía con nosotros, me daba una paga de veinticinco pesetas a la semana. Casi siempre iba al cine. A mí me gustaba mucho el cine. Se llamaba Cine de Altos Hornos y cada sesión costaba diez pesetas. A la salida me compraba un canutillo con un montón de chupachuses de Koyak y regalices.

Cuando tenía dieciséis años, hacia 1982, les dije a mis abuelos que no quería seguir en la residencia. Me dio pena irme porque había hecho muchas amistades y después de tantas vivencias compartidas... Antes de marchar las monjas me propusieron trabajar para una empresa de encuadernación. No acepté y ahora me arrepiento, porque una conocida mía se quedó trabajando allí por muchos años.

5. Me ponía la mano en la pierna

Mis tíos se fueron casando y nos quedamos Ángel y yo con mis abuelos. Mi tío Ángel estudiaba por las noches para sacarse el graduado escolar y por el día trabajaba. Su primer trabajo fue como recadero de pequeñas tiendas de alimentación, llevando encargos para las clientas. Luego empezó en un taller de soldadura. Tiempo después trabajó como mecánico de coches. Cuando se iba a la mili le llamaron para trabajar de mecánico de Renfe. Tuvo suerte, porque le guardaron el puesto y ahí sigue.

La calle donde vivíamos eran todo bares donde paraban los trabajadores de Altos Hornos. Recuerdo nueve bares en una misma acera. Y unas escaleras de piedra por donde a primerísima hora de la mañana los trabajadores bajaban hacia la fábrica. En invierno los escalones estaban llenos de verdín y el agua bajaba en cascada, que era para matarse. A las dos de la tarde veías regresar a los trabajadores calle arriba y se cruzaban con el turno de entrada. La sirena se escuchaba a gran distancia, lo mismo que el estruendo de las pisadas de los hombres con aquellas botas de seguridad. ¡Era impactante!⁹

Mi tía Juana era una cocinera espectacular. En esos años mi abuelo bajaba a ayudarle a pelar patatas y yo cuidaba de su hija Rebeca: la llevaba a la guardería, la recogía, le daba de merendar y de cenar... Recuerdo que me pedían que la llevase en la sillita y yo odiaba esa sillita, porque no veía a nadie más con silla de niños por la calle. Me daba mucha vergüenza, así que dejaba la silla en casa de una amiga y llevaba a la niña de la mano.

Mi abuela me echaba unas broncas... «¡Ponte a estudiar algo!». Yo no quería estudiar; con diecisiete años quería trabajar para tener dinero. Yo veía que las chicas de mi edad se iban a bailar y a la discoteca, se echaban algún noviete, se compraban ropa y se iban al cine, y yo no tenía ni para limpiarme los mocos. Cuando mi tío Ángel se casó y se fue de casa, mi abuela me dijo, «Mari, ¿qué vas a hacer ahora?». «Yo me voy a poner a trabajar, abuela. A mí me gustan los niños».

9 A lo largo de un siglo (1877-1975) la comarca de la Ría de Bilbao se transformó en un área metropolitana, capital industrial, financiera y de servicios del norte de España. En 1975 contaba con 846.321 habitantes, que suponían el 41% de la población vasca.

Mi abuela me encontró un trabajo en Zorroza, un barrio de Bilbao, de interna. Era hacia 1983. La señora trabajaba de enfermera en el Hospital de Cruces y tenía turnos de día y de noche. El marido trabajaba en el Matadero de Zorroza, que ya no existe (allí construyeron el polideportivo).

Yo cuidaba dos niños pequeñitos que estaban un poco malcriados. Recuerdo que andaban desnudos por la casa. Y cuando yo regresaba de mis días libres me encontraba hasta caca untada por las paredes. El padre se comunicaba más conmigo. La madre tenía peor genio pero yo no le doy importancia; sería porque trabajando de noches no descansaba bien. Yo era una cría y pensaba, «¿dónde me he metido?».

Como sacaba a los niños al parque de Zorroza, fui conociendo a gente del barrio. Un chaval que siempre está en un banco, el otro que fuma... Me hice una cuadrilla con buenas amigas, como Begoña, con quien todavía mantengo amistad. Y me eché mi primer novio, que se llamaba Chema y era *heavy*¹⁰. Un chaval majísimo. Éramos dos críos. Con él no tuve relaciones sexuales; sólo besos.

Estuve ocho o diez meses trabajando ahí. Ganaba diecisiete o dieciocho mil pesetas y en general estaba a gusto. Pero el padre... Cuando ella trabajaba de noche, igual yo me sentaba en el sofá y el señor se sentaba al lado mío, se pegaba y me ponía la mano en la pierna. La primera vez creí que era un gesto de confianza; no sabes qué pensar. Pero luego dices, «vamos a ver, ¿esto no puede ser continuamente!».

No le dije la verdad a la señora. Le comuniqué que me iba porque había encontrado otra cosa. No quería que tuvieran problemas

10 *Heavy*, metalero o jebi es el nombre de una tribu urbana o subcultura, generada por la música metal o heavy metal.

de pareja. Más que nada lo hice por los niños. La señora era muy joven y yo pensaba, «¡tan pequeñitos y los padres ya...!». Y quizás ella no me iba a creer. ¡Yo qué sé! Igual iba a pensar que yo me había insinuado.

Yo ayudaba con el sueldo de mi trabajo a mis abuelos, porque a mi abuelo le había quedado una pensión muy pequeña. Mi abuela me riñó por haber dejado el trabajo, y yo no le conté nunca la verdad. Le dije que estaba cansada de trabajar de interna y que prefería buscar otro sitio donde no tuviera que quedarme a dormir.

6. Una temporada con mi madre

Mi madre vivía con su marido y sus dos hijos en Fuenlabrada (Madrid) y por esas fechas me propuso ir a pasar una temporada con ellos¹¹. Mi abuela me animaba a ir. Aunque mi madre y yo siempre chocábamos, acepté por no disgustar a mi abuela. Siempre he cedido por ellos.

Mis hermanos todavía no sabían que yo era su hermana; yo pasaba por su tía. Durante muchos años, si yo iba a visitar a mi madre por navidades a Madrid, o al pueblo de su marido en Toledo, yo tenía que hacerme pasar por su hermana. Y ellos me

11 Fuenlabrada, a 17 kilómetros al suroeste de la ciudad de Madrid, vivió un fuerte cambio demográfico a inicios de los años 70 (pasó de 7.000 habitantes en 1970, a 65.000 en 1980), al conformarse como ciudad dormitorio de jóvenes familias obreras emigrantes de Castilla, Extremadura y Andalucía. Actualmente, con 194.000 habitantes, es el cuarto municipio más poblado de la Comunidad de Madrid.

preguntaban por «mis padres» (mis abuelos). Yo no podía llamarla «mamá», ni podía tratar de «hermano» o de «hermana» a sus hijos. Ella siempre me advertía, «¡no se te ocurra decir eso delante de su familia!».

Mi madre estuvo a punto de morir en el parto de mi hermano. En aquel momento mi abuela decidió contarle a su marido la verdad: «Que sepas que tu esposa tiene una hija. Es Marian, la niña que vive con nosotros». Esto fue ya después de mi estancia en Fuenlabrada, cuando yo tenía 21 años.

Cuando llegué a Fuenlabrada, como mis hermanos iban todavía al colegio mi madre me dijo, «para que no estés sola en casa todo el día, te busco un trabajito de interna». Acordó que me fuese con una familia que vivía en Barajas. ¡Me anima a estar con ella en Fuenlabrada y luego me mete a trabajar!

Ella era de San Sebastián y trabajaba de azafata en el aeropuerto de Barajas. ¡Qué mujer más alta y más guapa! ¡Y qué buena persona! Su marido estaba en paro. Tenían una niña pequeñita que se llamada Ainhoa. Me trataban como a una hija y se llevaban muy bien conmigo. Había que coger tres autobuses para llegar a Fuenlabrada. A veces cuando llegaba el fin de semana me quedaba en la casa. Además no me apetecía estar con mi madre. Estuve dos meses con ellos.

En navidades me propusieron aprovechar su viaje a San Sebastián, estar unos días con ellos y después ir a Sestao con mis abuelos. ¡Yo más contenta de volver con mi familia y de ver a mis amigos de Zorroza...! En Año Nuevo le dije a mi abuela, «no vuelvo a Madrid, abuela, porque no estoy con mi madre; estoy sola. Si quieres me echas de casa, pero yo no me voy». Me empeñé en que no y que no.

Mi abuela pensaba, «¿y cómo respondo yo ante esta familia cuando vengan a recogerla?». Llamó por teléfono al marido y le

explicó lo que pasaba. Quedamos bien con ellos y nos mandaron por giro mi sueldo. Mi madre se lo tomó muy mal. Claro, porque ella, de las veintitrés mil pesetas que yo ganaba, me pedía cinco mil pesetas.

7. Yo crié a la niña pequeña

Una amiga mía trabajaba de interna en Neguri y me consiguió trabajo donde unos conocidos de sus jefes. Ella era presidenta de la Cruz Roja de Bizkaia y hacían cenas de beneficencia en El Abra. Una chica guapísima. Tenían una niña pequeñita que yo la crié, porque la cogí de meses¹².

Yo entraba a las nueve de la mañana y salía a las siete y media de la tarde. Cuidaba de su hija y hacía la casa, ¡que era una mansión! Desde el comedor, que era redondo, se veía el mar. Recuerdo que las paredes eran amarillas y había una mesa redonda con doce sillas, y en el ventanal el señor tenía un telescopio. Era una casa sensacional. Yo tenía un ascensor para mí sola. Estaba impresionada.

Por la mañana ella se levantaba, estaba un ratito con la niña y se piraba. Una vida muy *happy*. Se iba al gimnasio, salía con sus amigas... ¡Así tenía ese tipo! Era muy sencilla para vestir. Usaba

12 La palabra Neguri viene del euskera *neguko iria*, que significa «ciudad de invierno». Neguri es un barrio del municipio de Getxo. Junto a Las Arenas, surgió a inicios del siglo XX como una ciudad jardín con palacetes que eran la residencia de las familias más adineradas de la oligarquía industrial de Bizkaia. En 1925 el 44 por ciento de las familias de Neguri pertenecían a la élite social y la gran mayoría de éstas tenían contratadas más de cuatro personas de media para el servicio doméstico (ver Beascochea, 2002; páginas 275 y 276).

vaqueros, polos de cuello alto, chamarras de cuero y botas camperas. ¡Le encantaba esa ropa! Comía donde su madre. Alguna que otra vez me decía, «Marian, hoy me quedo. Bájame la niña». Yo le llevaba la niña a casa de los abuelos hacia las cinco y me iba para mi casa.

Él se iba el martes y no volvía hasta el viernes, porque viajaba. Era muy seco. No llegamos a conectar, a cuenta de una vez que le planché mal una camisa, pero él sabía que yo cuidaba bien de su hija.

Si quería irme con la niña a algún sitio, contaba con un chófer. En primavera, cuando hacía bueno bajábamos a la playita de Neguri, donde había unos columpios, y jugaba con la niña. Si me pasaba cualquier cosa, llamaba al chófer. Eso era muy *heavy* para mí. ¡Era la bomba!

Una Semana Santa la señora me dijo, «mi marido y yo nos queremos ir a hacer esquí acuático. A ver si te puedes quedar con la niña». ¡Me quedé con la niña los cinco días! A mí no me importó porque yo a la niña la quería con locura. Dormía con ella y todo. Me hizo un pedido de comida y me dejó dinero por si tenía que comprar cualquier cosa. El día que regresaron yo estaba jugando con la niña en el salón; serían las cinco de la tarde. Ella se quedó impactada al ver a su hija: «¡Qué guapa está! ¡pero si ha engordado!».

Ella me pagaba treinta y ocho mil pesetas al mes. Me tenía sin asegurar y no tenía pagas extras, pero en ese tiempo yo no sabía que tenía derecho a eso, la verdad. Somos incultos... Me regaló un jamón, pero eso no es forma de pagar. Y fíjate lo que es la vida: se comprometieron a pagarme veinte mil pesetas por esos cinco días de Semana Santa, y no me los pagaron. Estuve mucho tiempo enfadada con ella. Cuando me decía, «Marian, quédate un poco más», yo le decía que no podía, que tenía compromisos.

El día del cumpleaños de la niña le preparamos una fiesta espectacular. Yo con mi uniforme, preparando la merienda, los sándwiches... Y la niña agarrada de mi bata. Había muchas madres de sus amiguitos, y una señora le dijo, «tú, ¿a quién quieres más?». En ese momento la niña salió corriendo hacia mí y me abrazó. Mi jefa se quedó de piedra, y todas sus amigas mirándome. Era normal, ¡esa niña vivía conmigo! Me agarraba de la mano cuando le daba vergüenza ir a jugar. Y se metía en la cama a dormir conmigo en la siesta, como un ratoncito. Venía la madre y no quería estar con la madre.

Ella se quedó embarazada del segundo y yo seguí trabajando ahí. Ya eran dos para atender, y ella quería que yo estuviera allí todo el santo día con los niños. ¡Era horroroso! Y cuando el niño tenía año y medio se quedó embarazada de la tercera. Cuando me lo dijo, recuerdo que eran fiestas de Bilbao y se estaba preparando para ir a una corrida de toros. ¡Llevaba un traje rosa más bonito...! Una niña pequeña que te la he criado, uno que lo tengo en la cuna, ¿y ahora me vienes con otro? Yo no le respondí ni mu, pero decidí que no seguía. Un mes después me despedí. ¡Me dio una pena irme...! Durante muchos años llamaba para felicitar a la niña por su cumpleaños.

8. Me quedé embarazada muy rápido

De mi tiempo de juventud no tengo recuerdos de parejas de novios por la calle, en Sestao. Había cuadrillas, íbamos juntos al cine... Yo veía algunas cosas, por ejemplo, una de mis amigas besaba a uno de la cuadrilla cuando estábamos juntos; pero no hablábamos de eso. Y además yo no me fijaba; no le daba importancia. Como en casa éramos muchos, durante un tiempo yo dormía con mi tía

Juana en la misma cama. Cuando su novio venía a casa, a veces se tumbaba con ella en la cama, y él la besaba y la abrazaba delante mío. Recuerdo que yo me quedaba cortada, sin saber qué hacer, y me entraba la risa tonta.

Después de volver de Madrid me eché otro novio. Vivía en la parte de arriba de Sestao, en la Gran Vía, y se llama Javier. Los dos nos queríamos. Recuerdo que la primera vez que fuimos juntos al cine vimos la película *Grease*¹³. Estuvimos saliendo juntos año y pico, y con él tuve mi primera relación sexual. ¡Fue muy bonito! Javier preparó el camarote para la ocasión, lo limpió, puso flores junto al colchón... ¡Me encantó! Tiempo después supe que se iba con otras chicas y lo fui dejando.

Empezando el año 1986 conocí a Josu, el padre de mi hijo. Fui con una amiga al valle del Regato, donde solíamos ir a pasear la gente de Sestao. Estábamos sentadas en una campa. Josu y un amigo suyo se sentaron a nuestro lado: él había metido el pie en un charco y se había quitado la zapatilla para que se secase. Empezamos a hablar. Ellos eran de Barakaldo¹⁴.

13 La película *Grease* es un musical de 1978 que cuenta la historia de un amor de verano en los años 50 del siglo XX. Dirigido por Randal Kleiser y protagonizado por John Travolta y Olivia Newton-John, fue un gran éxito en su momento.

14 Barakaldo es el municipio más poblado de la comarca del Gran Bilbao, en la margen izquierda de la ría del Nervión, después de Bilbao. En 2019 tenía 100.800 habitantes. Desde el siglo XIX la historia de Barakaldo también está ligada al desarrollo industrial y ha sido poblada por familias obreras inmigrantes. Hasta los años 90 del siglo XX, las vegas de los ríos Ansio y Galindo fueron barrios con actividad industrial y muy degradados. Desde los años 2000 su economía se basa en el sector servicios (turismo, comercio y ocio).

En ese momento yo no me fijé en él. No me llamó la atención nada. Unos días después yo bajaba del ambulatorio de Sestao y al pasar delante de un bar me salió al encuentro. Ahí me hice novia. Me enamoré como una posesa de él. Hasta entonces me había dedicado a estudiar y a trabajar; no había tenido tiempo de pensar en otra cosa. No sabes lo que es el amor.

Cuando empecé a salir con Josu, una noche llegó hasta mi casa Javier, aquel novio de Sestao. Tocó el timbre y le pidió a mi abuela que me dejase bajar. Yo le escuché hablar con mi abuela pero no quise responder. Después me arrepentí. Creo que Javier era el gran amor de mi vida, y que mi vida hubiera sido diferente con él. Todavía conservo fotos suyas.

Me quedé embarazada muy rápido, a los tres meses de estar juntos. Sin buscarlo. Yo tenía unos 20 años. Quería contárselo a mi abuela y no sabía cómo. Yo pensaba barbaridades, «¡mi abuelo me mata! ¡Me arranca la cabeza!». Me armé de valor y me acerqué a mi abuela, «tengo que contarte algo...». «Estás embarazada, ¿verdad?», me respondió. «¡¿Cómo lo sabes?!». «Porque lo sé. No te preocupes».

Mi abuela era muy moderna para esas cosas. Se lo contó a mi tía Juana y mi tía me preguntó, «Marian, ¿tú quieres tener el niño? Piénsatelo. Si no lo quieres, buscamos la forma». Entonces había que ir a Londres y pagar cien mil pesetas de las antiguas; yo tengo gente conocida que lo ha hecho. Mi tía trabajaba en Rodríguez Arias y tenía amistades con médicos que le daban la posibilidad de hacerlo en un piso de Bilbao.

Yo estaba indecisa. Fui al ginecólogo. Recuerdo que en la consulta me encontré con otra conocida mía que también se había quedado embarazada. El médico era muy majo. Me vio tan cría que me dijo, «¿tú lo quieres tener? Eres muy joven. Te va a cambiar la vida totalmente». Volví todo el camino llorando y al llegar

a casa le dije a mi abuela, «voy a tener lo que venga». Ella no dijo nada. Nunca me echó nada en cara. Mi abuelo estuvo sin hablar-me durante mucho tiempo.

Tuve un embarazo muy tranquilo. Me encantó. ¡Yo tenía antojo de pepinillos y de yogures de limón! El tercer mes tuve sarampión. Una noche me desperté con picores y cuando me miro descubro que tengo pintas en todo el cuerpo. Yo seguía viviendo con mis abuelos. Mi abuela pidió un taxi y me llevaron al Hospital de Cruces. Estuve diecisiete días ingresada.

Estando embarazada de seis meses mi tía Manuela se casó. Yo pensaba ir a la boda pero pocos días antes mi tía se acercó a mi cama por la mañana y me dijo, «Ángeles, cariño, tengo que decirte algo. Yo quiero que vengas a la boda pero la familia de mi marido, ya sabes que son un poco raros... Hemos pensado que mejor no». La familia de él eran muy conservadores; ¿cómo iba a presentarme en la boda con esa barriga? Yo le tomé la mano y le dije, «no pasa nada». No le mostré mi enfado, aunque tenía mi opinión. Mi abuela sí que se enfadó con ella. Ella me propuso, «te mando a casa la comida del restaurante». Y le dijo mi abuela, «no hace falta que le mandes nada, ya me encargo yo de su comida».

Yo no viví mi embarazo junto al padre de mi hijo. Cuando supe que estaba embarazada me pasó una cosa muy rara: le cogí un odio que no podía ni verle y dejé de salir con él. Él agachó la cabeza y se fue. Así que yo seguí en casa de mis abuelos. Cuando tenía ya una tripa enorme, un día me crucé con él. Estaba dando una vuelta por El Regato con mi abuela y una tía mía. No le reconocí, porque se había dejado barba, pero él me cogió la mano: «Marian, ¿por qué me dejaste? Volvamos...». Yo me mantuve en que no y que no.

Mi hijo Imanol nació en julio del año 1987. Recuerdo que pasé con mis abuelos las navidades de ese año. La familia de Josu se

enteró en seguida, porque una vecina de mi abuela era amiga de la madre. Un día cuando Josu llegó del trabajo su madre le dijo, «has tenido un hijo».

Mi madre vino a verme cuando di a luz, y volvió de visita a los quince días. No me dio nada, ni una peseta ni un euro. Mi abuela estaba encantada con el niño, pero mi abuelo seguía sin hablarme. Un día se enfermó de los oídos y mi abuelo me avisó, «Mari ven, que está el niño malo». Mi abuela y yo nos miramos con complicidad al ver a mi abuelo: estaba junto a la cuna del niño llorando, el pobre.

9. Ingresada en el hospital

Mi abuelo no podía ni ver a Josu, y llegó a enfrentarse a él. Mi abuela lo quería mucho; le llamaba «El Lute»¹⁵. Cuando nació mi hijo, ella me insistía, «tienes que presentárselo a su padre. Nadie va a quererle más que su padre». Esas palabras tuyas me afectaban mucho. Me convenció de que volviera con él.

A las pocas semanas de dar a luz llamé a Josu y quedamos. Recuerdo que cogió a Imanol en brazos y le echó una sonrisa preciosa. Un gesto de amor. Muchas veces Josu dormía la siesta con su hijo; se tumbaba y se lo ponía encima del pecho. Tenía esos gestos de ternura, pero aquella sonrisa fue única. Empezamos a hablar, él había cambiado un poco su manera de ser. Empezó a venir a casa para ver al niño... Y poco a poco volvimos a estar juntos.

15 El Lute es el apodo de Eleuterio Sánchez, conocido delincuente, fugitivo y escritor español condenado por atraco durante la dictadura franquista. Sánchez ha escrito varios libros autobiográficos.

Él es cinco años mayor que yo y cuando nos conocimos ya se las había dado de vueltas. Se había ido de casa con diecisiete años buscándose la vida y había visto mundo. Yo era muy jovencina y me había costado mucho adaptarme a Sestao, tras dejar el pueblo. Josu es muy trabajador y tiene muy buen oficio: es fontanero. Trabajó un tiempo en Martorell (Barcelona) y con el dinero que ganó alquilamos un piso.

Cuando empezamos a vivir juntos los tres, empezó mi perdición como persona. ¡Con todo lo que quieres a alguien, que se porte así contigo! El primer día que nos fuimos al piso se fue con sus amigos y vino a las doce de la noche borracho. Recuerdo que aquella noche yo había hecho una tortilla de patata para cenar y cuando él llegó me despertó para que le calentara la tortilla. Yo se la calenté; la tortilla y la cama. Lo digo porque es así.

Día tras día venía borracho. Cuando él se iba a trabajar durante todo el día, yo iba a comer a casa de mis abuelos. Y le contaba a mi abuela mentiras sobre nuestra situación. A veces iba dos o tres días a trabajar y al cuarto ya estaba en casa. Le echaban de los trabajos, pero tenía suerte y enseguida encontraba de nuevo. Hoy en día es mucho más difícil.

Él saltaba por cualquier chorrada. Recuerdo una discusión un sábado por la mañana. Yo había preparado la comida con esmero y se la había servido. Él cogió el plato, lo zarandeó y me gritó malhumorado, «¡esta comida no la quiero; me voy a hacer otra cosa!». Se levantó y abrió la nevera de golpe con tanta fuerza que la tiró al suelo. ¡Todo regado por la cocina! Ésta es una de las muchas cosas que me hacía. Cuando uno bebe, le salen los demonios. La gente que bebe dice muchas burradas y hace cosas que en sus sentidos no haría.

Cuando salíamos con los amigos, me ofendía en plena calle y delante de ellos. Durante una temporada yo me quedé muy delgadita,

y recuerdo que él me llamaba «tísica», delante de la gente. Los amigos lo sujetaban: «Josu, estate tranquilo». Pero daba un poco igual lo que le dijeran, porque algunos de ellos eran tan brutos como él. Aquel día me fui para casa y, ¿qué me dijo él?: «¡Cuando llegue yo a casa, te vas a enterar!».

Cuando tenía veintiún años para veintidós, sería 1987, tuvimos una discusión muy fuerte y le dije que no podía seguir así. Les conté a mis abuelos y mis tíos lo que pasaba, recogí mis cosas y me fui con ellos. La casa donde vivían mis abuelos estaba junto a una carretera que conducía a un monte y subiendo unas escaleritas se llegaba a la guardería de Imanol. Cuando yo estaba trabajando mi abuelo recogía al niño.

Un día su padre llamó al timbre para hablar conmigo. Mi amiga Mari Carmen, que estaba conmigo en casa, se quedó con el niño y yo bajé para hablar con él. «Déjame ver al niño. Vuelve conmigo. Perdóname, que no va a volver a pasar». Estaba bebido. Le dije que no, que yo no podía ya con él. No recuerdo qué más sucedió. Un vecino que oyó los gritos bajó. «Si yo no entro, te mata...», me contó luego.

Cuando recobré el sentido estaba ingresada en el hospital de Cruces. ¡En el cuello me había quedado grabada la marca de su deportiva! Tenía los ojos hinchados, la boca me la rompió entera, abajo y arriba me partió los dientes. Todavía me la estoy arreglando. Me hicieron un escáner de cabeza. Estuve muy malita. El médico que me atendió me decía, «pero, ¿quién te ha hecho esto?».

Cuando pude moverme, vino la policía local de Sestao al hospital y me llevaron a la comisaría de Portugalete, porque en Sestao no había comisaría abierta. Entré en la comisaría y vi a Josu, sentado en una sala. Y me dijo la policía, «entra ahí». Yo estaba asustadísima. «¿Cómo que entre con él?». Nos dejaron

allí solos. Él me miraba de reojo. ¡Ya se le había pasado la borrachera! Un rato después firmé unos papeles y me llevaron a casa. No me atendieron mal, pero yo no concibo cómo se les ocurrió meterme en la misma sala que mi maltratador. Fue horroroso.

En aquellos años yo no pensaba en denuncias. Y por otra parte era muy difícil demostrar que habías recibido malos tratos. Entonces no había teléfonos móviles ni había ordenadores. No había los adelantos de hoy en día. Además a las mujeres no nos miraban del mismo modo que ahora, cuando nos pasaba esto¹⁶.

Mi abuela estaba destrozada, esperándome en casa y llorando como una loca. Llamó a mi madre para contarle lo que había pasado. Mi madre habló conmigo por teléfono, pero no vino a verme. Yo hubiera querido que viniese a estar conmigo. Necesitaba a mi madre. A raíz de aquello empecé a dormir muy mal; me despertaba con cualquier ruidito.

Poco después vinieron los padres de él. En ese tiempo no tenía comunicación con ellos. Yo apenas les había visto, porque él no quería que conociese a su familia. Hablaron con mis abuelos de lo que había pasado: «¡Ay, fíjate...!»». Pero nunca se hicieron cargo. Yo no digo económicamente; estoy hablando de ayuda moral, como llevarse el niño a comer para que yo estaría un poco más tranquila. Nunca se preocuparon.

16 En esos años no había una formación específica de la policía respecto a la violencia de género y no tenían protocolos de actuación. A partir de la aprobación de la Ley de Violencia de Género (2004), cuando hay ciertas evidencias del maltrato la denuncia sigue adelante quiera o no quiera la víctima.

10. Yo le permitía todo

Yo seguí viviendo en casa de mis abuelos. A raíz de esa primera vez que me pegó, se me perdió el enamoramiento de cuando lo conoces. Yo me acostaba con él pero... Le quería, sí; pero ya no era lo mismo.

Cuando mi hijo tenía cuatro añitos le operaron de un hidrocele en un testículo. Josu nos pidió que le dejásemos verlo. Días después empezó a llamarme. Volvimos a vernos y me convenció para vivir juntos de nuevo. Cuando te enamoras no piensas con la cabeza. Esa idea que tenemos de, «a ver si cambia». No. Era igual, igual. Nos alquilamos un piso más cerca de mis abuelos, pero me duró la felicidad tres o cuatro meses. Cuando venía de trabajar, primero pasaba por el bar de abajo. Subía borracho, se metía conmigo...

Y yo le permitía todo. Seguía cegada. Mi vida era él. Él era mis ojos. Y luego me di cuenta por qué. Con los años vas descubriendo que esa ceguera no es amor; es miedo. Es muy triste decirlo pero es así. Yo tenía miedo sólo de pensar que él... Esa relación era muy dañina. También aguantaba por mi hijo. Yo no quería que él se criase sin padre. Encima, ¡las mujeres somos tan cobardes! Ahora me veo más capaz y las cosas son diferentes, pero en aquellos años me parecía imposible salir sola adelante con un hijo¹⁷.

Josu estuvo unos seis años pintando torres eléctricas en Asturias. Habíamos cogido un piso que estaba un poquito mejor y más cerca del colegio de Imanol: Kueto, donde yo había estudiado.

17 La realidad es que Marian ha vivido de su propio trabajo y sin contar con el apoyo económico de su marido durante décadas, como ella misma detallará.

Venía una vez al mes o cada quince días, cuando podía o cuando le daba la gana. A veces cogía la borrachera el viernes y perdía el autobús, y entonces se quedaba allí en la pensión el sábado. Cuando me llamaba para avisarme de que no venía, para mí era una liberación. ¡Dios bendito! Yo recibía la noticia encantada. Cada vez que Josu me decía que se iba a trabajar lejos yo me alegraba. Mi mayor tranquilidad era saber que él no iba a estar en casa.

Mis amigas de Sestao eran de mi edad. Yo fui la primera en quedarme embarazada, así que en esos años ellas eran solteras y seguían saliendo, mientras que yo pasaba mucho tiempo con mi hijo. Esta fue una de las razones por las que nos fuimos distanciando.

Desde que nació el niño empecé a salir muy poco. Mi vida cambió radicalmente. Todo mi ser era para él. Y Josu tenía celos, tenía envidia de su hijo. Me proponía dejar al niño con los abuelos y salir a tomar algo, pero yo prefería quedarme con el niño. Cuando salía a cenar con Josu, sentía que estaba abandonando a mi hijo y sufría. Si salíamos de carnavales me iba pronto para casa. En casa me sentía tranquila.

Igual quedaba para cenar con mis amigas una vez al mes. ¡Y fíjate, que el día que yo salía, el señor no salía! Aunque fuera un viernes o un sábado, él me esperaba en casa despierto hasta las tres o las cuatro de la mañana, cuando yo llegase. Entonces yo quería dormir, pero él me interrogaba. «¿Con quién has estado? ¿Qué tal te lo has pasado? ¿Qué has cenado?». Él tenía como sentimiento de inferioridad. Y empezaban las broncas. Así que cuando yo regresaba ya venía pensando, «a ver la que me va a montar hoy».

Su manera de beber y su inseguridad eran así de siempre. Iba a trabajar a diario, y cuando llegaba el viernes dejaba la ropa tirada

en el cuarto de baño, se ponía de tiros blancos y se iba. Y no volvía hasta el domingo por la noche. ¿Qué hacía? Se iba de putas con los amigos. Luego te enteras. Entonces se cobraba a la semana, y del dinero de la semana, igual me dejaba cinco mil pesetas para que hiciera la compra y el resto se lo gastaba en dos días. El domingo venía sin un duro.

En casa oficialmente había ingresos pero yo no podía contar con ellos. Cuando llegaban las facturas no había dinero para pagarlas. Yo le decía, «¿es que yo trabajo para el diablo? ¿Dónde está tu dinero? ¡Tú ganas muchísimo más que yo!». «No tengo que darte explicaciones», me respondía. «¿Cómo?», saltaba yo. «¡Tenemos un hijo! ¡Hay que pagar las cosas de la casa, hay que comprarle tal cosa a Imanol!». Discutíamos mucho por este asunto y siempre me respondía lo mismo: «Pues se lo pagas tú; ¿qué te crees?».

Yo necesitaba dinero y le pedía a mis abuelos. Ellos intentaban ayudarme, pero su pensión era una mierda. Mi abuela me decía, «Mari, vente a comer con el niño». Yo no les contaba toda la verdad. No quería que sufrieran, porque eran muy mayores.

Una vecina nuestra, Marisa, era asistente social. Marisa siempre me veía sola con el niño, y escuchaba las discusiones a gritos en mi casa, así que suponía lo que pasaba. Un día me paró por la calle: «Mari Ángeles, podemos ayudarte. Vente mañana por Cáritas». A mí me daba mucha vergüenza pero me convenció.

Cáritas estaba en la iglesia de Santa María. Recuerdo que a la entrada tenía unos sofás, y más allá había unas habitaciones muy grandes llenas de ropa, de comida, de juguetes... En cuanto me asomé Marisa salió de su despacho y me invitó a entrar. Poco a poco me solté y le conté lo que estaba pasando en casa. Me ofreció

ropa para el niño y la dije que ya me daban mis tíos. No me atrevía a decirle qué era lo que necesitaba de verdad.

Cuando por fin le dije que no podía pagar el alquiler me preguntó, «¿cuánto pagas?». Eran veinticinco mil pesetas; una burrada. Me propuso que fuera a la iglesia todas las semanas a por alimentos. Yo llegaba allí con mi carrito y me daban de lo que había en cada momento: fruta, legumbres... Y ella por su cuenta me compraba cosas para el niño. Ella me entendía porque también había criado sola a su hija. En Cáritas había un consejo que valoraba caso por caso. Ella consiguió que en dos días resolvieran pagarme tres meses de alquiler. Le pedí que le diese el dinero directamente a Milagros, la dueña del piso.

Además me dieron unos vales de diez mil pesetas al mes, para gastar en una tienda de alimentos de Sestao. ¡El primer día que fui pasé una vergüenza tremenda! Me atendió una señora con bata blanca, «¿qué quieres, maja?». Yo, que todavía era una chavala, me puse roja como un tomate. «¡No te preocupes guapa! Puedes venir cuando quieras durante todo el mes, me dices lo que necesitas y listo. Y si a fin de mes te sobra del bono, lo guardas para el mes siguiente».

Yo iba a limpiar la casa de la señora del piso y me descontaba parte del alquiler como pago. Estuve mucho tiempo limpiando en casa de Milagros y planchándole la ropa. Conmigo era un encanto. Igual un día me regalaba una botella de aceite, otro día otra cosita...

Estas navidades me encontré con Marisa en el metro. Hacía mucho que no la veía. Me emocioné y me puse a llorar. Le conté dónde estaba trabajando y le hablé de mi nieta. Me dio su teléfono, pero no la he llamado todavía.

11. Un cursillo de auxiliar domiciliaria

Ya Imanol se iba haciendo mayor y volví a buscar trabajo. Una amiga me pasó un trabajo en la casa de los Esturo en Bilbao, que está en la parte peatonal de la calle Ercilla. Era un matrimonio mayor con cinco hijos: Itziar, Amaia, Jon, Idoia y Miren. Yo entraba a las nueve de la mañana y salía a las dos de la tarde. Cobraba trescientos y pico euros.

Ahí estuve cinco años trabajando. La casa era una pasada de grande. La señora siempre fue muy buena conmigo y me enseñó todo lo que sé. Ella cocinaba y me explicaba cómo quería la comida. Me enseñó a planchar, la educación en una mesa a la hora de sentarte, la discreción cuando vienen visitas. Todas las cosas que tiene que hacer una ama de casa me las enseñó ella, porque mi abuela, por su cultura, no sabía esto.

El señor me adoraba. Era como un padre para mí y yo me sentía cuidada. Me reconfortaban cuando estaba mala. Cogí confianza y les contaba mis cosas. Llegué a tener una relación como de familia. Hasta entonces había trabajado con niños. Aquí eran hijos mayores, cada cual con su trabajo y su vida. He visto cómo se han casado algunos y he visto nacer a sus nietos.

Tenían una casa en Pedernales a donde iban de junio a octubre. En esos meses yo estaba en Pedernales tres días a la semana y en los otros días hacía limpieza en profundidad de la casa de Ercilla. Hacia el tercer año la señora me pidió mi opinión sobre cómo guardar sus joyas. Yo impresionada, ¡para mí era un compromiso! Las guardamos en un reloj de cuco, envueltas en un paño.

En las navidades yo había comprado a las dos hijas unos pañuelos. El 24 de diciembre fui a trabajar media mañana, para recoger la casa y dejar todo organizado. Cuando me estaba poniendo el uniforme, que era una bata, veo en el *office* un sobre con el nombre

de un hijo A su lado, otros dos sobres, cada uno con su nombre. En cada sobre había un billete de diez mil pesetas.

En ese tiempo yo estaba haciendo un cursillo para aprender a usar el ordenador por las tardes en Sestao, en un centro municipal que había junto a mi casa. La trabajadora social, que estaba al tanto de mi situación, me habló de unas plazas nuevas que había sacado el Ayuntamiento para trabajar con personas mayores. Me apunté a las listas que abrieron y a los tres meses me llamaron. En esa casa yo estaba sin asegurar, así que les dije a los señores que me había salido un trabajo que me convenía más. Yo tenía que mirar por mi futuro. Se llevaron un disgusto: «Marian, ¿cómo nos vas a dejar?».

El día que me fui el señor se puso a llorar: «Marian, no te olvides de nosotros. Ven siempre en diciembre». Achuché a la señora y, como ella era más distante, me dijo, «¡Qué cariñosa, Marian; no cambias! No pierdas nunca el contacto conmigo», me dijo. Y no lo he perdido. Ella decía que yo era muy espontánea. Eran como unos padres para mí. Nos despedimos y me dieron un sobre: «No lo abras hasta que llegues a casa». Ya en el ascensor abrí un piquito; vivían en un séptimo piso, así que tenía tiempo para ver qué había. ¡Era un billete de quinientos euros!

Para trabajar con el Ayuntamiento, primero tenía que hacer un curso de auxiliar domiciliaria de trescientas y pico horas, y mientras me pagaban seiscientos euros al mes. Luego el Ayuntamiento me hizo un contrato de seis meses. Iba por la mañana a dos casas: en una casa estaba un par de horas, y otras dos horas donde una chica joven que tenía una hemiplejía, a recoger la casa y hacerle la comida. Una auxiliar iba a su casa una vez a la semana y le hacía la compra.

Esta chica, al ver que no se recuperaba, se había vuelto alcohólica, y le habían quitado la custodia de sus dos hijas. No era fácil

ayudarla en la casa: en una ocasión, acababan de ingresarle una ayuda de emergencia social y me pidió acompañarla para comprar ropa. Esa era una de mis funciones, así que la acompañé. Yo lo comenté en Servicios Sociales, ella se molestó mucho y me montó una grande. Al día siguiente la encontró borracha, la acompañó a su casa y aprovechó para robarle dinero. Me cambiaron de trabajo. Conocían el problema que yo tenía en mi casa con mi marido, que también era alcohólico, y sabían que yo no podía con más.

Imanol no quería quedarse en el comedor escolar, porque comía muy mal, así que se calentaba la comida en casa y volvía al colegio. Le compré un microondas, que me costó veinticinco mil pesetas y lo pagué a plazos. Yo entraba a trabajar a las nueve y salía a las dos de la tarde. Al llegar a casa comía, recogía su habitación y lo que había dejado por la cocina, y a las cuatro y media iba a la salida del colegio con su mochila. Lo acompañaba al entrenamiento de fútbol y lo esperaba allí junto a otras madres.

Yo veo a otras madres que llevan a los hijos a los bares y que los acuestan a las tantas, pero yo he sido muy tradicional. Yo siempre estaba con Imanol. Lo recogía del colegio, lo llevaba al parque y prontito para la cama. Menos los viernes, que se ponía su pijama verde y ese día cenábamos pizza de Telepizza, nos veíamos una película y él se quedaba frito en la cama. Imanol dormía conmigo los fines de semana; yo sabía que el padre no iba a venir.

Siempre he sido muy protectora con mi hijo, muy madrera. Cuando era pequeño y lo llevaba a la playa, tenía un miedo terrible de que se fuese solo hacia la orilla. Mi abuela me lo decía muchas veces: «no le protejas tanto; no estés todo el día encima del niño». Yo creo que todo lo que me había faltado a mí no quería que le faltase a él. Y Josu siempre me ha echado en cara esta actitud mía:

«¡Es que tú con tú hijo...!». Los hombres siempre dicen «tu hijo»; no dicen «nuestro hijo». ¡Yo no entiendo por qué hablan así!

A las tardes iba a trabajar donde una señora mayor que estaba encamada y no podía hablar. Se llamaba Carmen. Yo llegaba a las cinco, me sentaba en la cama que estaba a su lado, veíamos juntas la tele, le daba la merienda... Eso es lo que tenía que hacer. Otra señora iba por la mañana para ayudarles a bañarla y cambiarla. Y a las mañanas también venía su hija.

Yo estaba contenta en esta casa, pero pasó algo... Entre la cama y la puerta había un pasillito estrecho. El marido de ella, que tenía 85 años, pasaba junto a mí y se rozaba a propósito. Yo me daba cuenta pero no decía nada. Él seguía con la misma actitud y yo cada vez más incómoda. La mujer veía lo que pasaba; me hablaba con la mirada y yo con un gesto le daba a entender que estaba al tanto.

Un día de verano de mucho calor llegué a la casa y como acostumbraba, me fui directa donde Carmen para saludarla y darle un beso: «Carmen, cariño, enseguida te doy de merendar». Ella me respondió moviendo los ojos. Entonces oí la voz del marido desde su habitación: «Marian, ven». «Un segundo». Salí de la habitación de Carmen y desde el pasillo lo vi tirado en su cama en camiseta y calzoncillos, haciéndome gestos con las manos para que fuese a sobarlo. Me quedé con la boca abierta. No le dije nada y regresé con Carmen.

En cuanto pude llamé a su hija. Al día siguiente cuando fui a trabajar ella me estaba esperando. Le expliqué lo que pasaba con su padre, y que estaba claro que era intencionado. Me pidieron que no diese parte al Ayuntamiento, para no meterse en problemas. Poco después me llamaron del Ayuntamiento para informarme de que Carmen iba a ingresar en una residencia.

12. Enfadada con la vida

El recuerdo que yo tengo de mis abuelos, desde que era niña, es de dos personas desgastadas por la vida. Mi abuelo se pasaba muchas horas en el campo con las ovejas, mi abuela ayudando a mi abuelo, llevando la huerta y los animales, y criando tantos hijos. ¡Cuánto habrán tenido que sufrir! Diez hijos, más yo, más la hija de mi tía, que la dejó con ellos durante un tiempo. Y también se tuvieron que ocupar de mi hijo Imanol. ¡Les hemos dado una vida de trabajo tremenda! Ya de mayores, lo que mis abuelos necesitaban era descansar. Lo único que querían era estar tranquilos.

Mi abuelo falleció con 91 años. Por entonces a mi abuela le había dado un ictus y ya no se podían quedar solos. Los hijos se turnaban para tenerlos en su casa y mi tío el pequeño, que llevaba las cuentas de mis abuelos, pasaba la pensión (setecientos euros) al hijo que le tocaba estar a cargo de ellos. Yo los tuve conmigo casi siete meses. Entonces vivía en una planta baja y tenía un jardín, y eso era estupendo para ellos.

Mi madre vivía en El Real de San Vicente (Toledo), el pueblo de su marido¹⁸. Ella sólo se los podía llevar un par de meses, en verano. Y me pidió que fuese yo también, porque yo tenía más relación con ellos. Primero me dijo, «te doy la mitad de la pensión», pero luego se lo pensó, «no puedo darte nada, porque ando mal...». Ella le daba dinero a mi hermano, que tuvo muchos problemas económicos. Yo lo entendía pero no lo aceptaba. Un día mi madre bajó a Madrid con su marido y regresó con un regalito: un perfume de El Corte Inglés. Yo callada, aunque en el fondo me daba mucho coraje.

18 El Real de San Vicente está situado en la comarca y sierra del mismo nombre. Tiene alrededor de 1.000 habitantes.

Fue el 14 de agosto del año 2000. Muchas veces mi abuela se venía conmigo y con mi hijo Imanol a pasear por un caminito, y recogíamos higos y otras frutas del campo, pero aquella tarde se quedó con mi abuelo en el sofá que había a la entrada de la casa. Después de cenar le dije al abuelo, «vamos para la cama, que es muy tarde». Hizo el ademán de levantarse pero no pudo.

En ese tiempo mi marido trabajaba en Barcelona. Había venido aprovechando unos días libres, y entre él y yo lo llevamos a la cama como pudimos. Mi abuela me dijo, «a tu abuelo le está rondando la muerte». «¡Ay, abuela, qué chorradas! ¡No digas eso ni en broma!». Le dije a mi madre, «hay que llamar al médico, porque algo le pasa al abuelo». En El Real de San Vicente sólo hay médico de día. Para urgencias hay que ir a otro pueblo que está a unos diez kilómetros, Castillo de Bayuela.

En ese momento se fue la luz en el pueblo. Un vecino nos trajo un candil, lo pusimos en la mesilla de mi abuelo y me quedé allí a su lado. Recuerdo que le dije, «abuelo, ¿qué te está pasando?» y él me miró con los ojos vidriosos. Ahí supe yo que se estaba muriendo. Como he cuidado a gente, he visto morir a algunas personas y reconozco esa mirada cuando en el ojo se pone como una tela. Hizo como un suspiro profundo y falleció. Yo creo que no sufrí. Eran las doce menos cuarto de la noche y en ese momento volvió la luz al pueblo.

Llamé al médico para avisarle que ya había fallecido, y me sugirió que le cerrase la boca, porque en poco tiempo se iba a quedar rígido. «¿Y cómo le cierro yo ahora la boca?». No encontraba un pañuelo, y de los nervios me puse a llorar. Encontré una bufanda roja no sé dónde, le encajé la barbilla con la mano y le até la bufanda con los extremos hacia arriba. Mi madre perdió los estribos y se puso como loca. El médico tardó un rato en llegar para certificar la muerte. Cuando los chicos de la funeraria estaban preparándolo, mi

abuela se echó encima de uno de ellos: «Por favor, no le quitéis los calcetines; que no quiero que pase frío».

Mi hermano y yo pasamos la noche en el tanatorio de Talavera de la Reina con mi abuelo. Mi hermano se quedó dormido en un sofá. El sitio donde estaba el ataúd comunicaba con la sala de visitas por un ojo de buey. Yo estuve toda la noche observando a mi abuelo y le decía bajito, «ay, abuelo, yo creo que tú me oyes. Dime, ¿cómo me haces esto?». ¡Las tontadas que puede pensar nuestra cabeza!

Había que llevar a mi abuelo al pueblo, para enterrarle en un panteón del cementerio. Casi trescientos kilómetros en coche, pasando por Ávila, Salamanca y Zamora. No se me olvidará que todo el camino mi abuela estuvo echada sobre mi, la cabecita apoyada en mi hombro, medio dormidita. Yo cada dos por tres le daba agua. Paramos en Zamora. Fueron acercándose todos mis tíos. Llegó mi tío el pequeño y nos abrazamos.

Llegamos a La Hiniesta muy de noche. A nuestra entrada los vecinos vinieron a dar el pésame a mi madre. Yo me metí para adentro, porque me encontraba mal. El carpintero, que era nuestro vecino, me llamó: «Ven aquí, que hace muchos años que no te veo. ¿Qué tal estás?». Y me abrazó. Hacía muchos años que no iba al pueblo, y me dio mucha impresión. De la casa de mis abuelos al colegio donde yo iba a estudiar son unos quince metros, y cuando era pequeña me parecía lejísimos. Yo no quería ir a la panadería sola, ¡pero estaba al lado de casa!

Vino muchísima gente al funeral. Era el quince de agosto, la fiesta de la Virgen. Mis tíos se pusieron en primera fila y yo me puse en la tercera, todo el funeral con la cabeza agachada. Recuerdo que llevaba una camisa blanca y un pantalón negro. Y que escuché comentar detrás mío, «esa es la nieta de los abuelos». Todas mis primas querían llevar flores a mi abuelo, para que todo el

pueblo las viera por el pasillo de la iglesia. Ellas, que les daba asco besar a mis abuelos, cuando a los pobres se les caía la baba.

Cuando lo llevamos al cementerio empecé a recordar cuando me llevaba por el campo con las ovejas, porque desde el cementerio se ven los viñedos que atravesábamos. «Aquí cogíamos uvas...». Me vino una imagen sentada junto a un riachuelo con él y con mi abuela. Yo era muy chiquitina, pero me acuerdo con nitidez de esas cosas. Y fui a visitar algunas tumbas de personas queridas.

En mi pueblo hay muchísima gente de apellido Fernández, y también de apellido Rodríguez. Los hijos de los hermanos de mi abuela, que hacía muchísimos que no me veían, me abrazaron todos a la vez. Y los primos ya estaban tan mayores, casados y con hijos... Comimos todos juntos. Mi abuela me buscó y me cogió las manos: «Mari, ¿qué tal has dejado al abuelo? ¿Ha quedado bien?». «Abuela, ¡no me hagas de rabiar!». Yo no quería hablar del abuelo.

En el regreso de hacia Toledo paramos a tomar un café. Entonces me dice mi madre, «me ha dicho tu tía que les de la mitad de la pensión de madre, porque el abuelo ha fallecido el día 14...». Otra vez el asunto del dinero. «¿Y a mí qué me dices? Yo no he recibido nada. Tú sabrás lo que haces con ese dinero», le respondí. Empezamos a discutir y todo saltó por los aires.

Fue la bronca más grande que he tenido con mi madre y con su marido. Empezamos a sacar cosas del pasado. Yo estaba enfadada con la vida y con el mundo. Igual me porté mal, pero es verdad que ellos me querían hacer daño. De la mala ostia que me entró, la situación se me desbordó; con el paso del tiempo me di cuenta. Llegamos a su pueblo hacia las diez de la noche. Lo primero que hizo mi madre fue tirar las cosas de mi abuelo a un *container*. Yo la quería matar, pero no dije nada. Como recuerdo de mi abuelo me quedé con la bufanda esa roja que le ató en la cabeza, y un jersey. Al día siguiente me fui. No aguantaba la situación.

Estuve tres años sin hablarme con mi madre. Mi tía me decía, «Marian, tienes que hablar con tu madre, que se está haciendo mayor». Un día mi madre me llamó por teléfono y cuando cogí la llamada se puso a llorar. A mí los sentimientos me pueden. Estuvimos hablando un buen rato y nos pedimos perdón. Yo sé el daño que me hizo. La perdoné, pero no se me borran algunas cosas que me dijo, y se lo he contado a ella.

Ahora mi madre está enferma. Yo he corrido un tupido velo en mi cabeza y no tengo ese sufrimiento que tenía antes en mi relación con ella. Tenemos comunicación, pero no tengo necesidad de llamarla todo el rato para saber cómo está. A veces me siento culpable por no preocuparme de ella. Yo la quiero pero no la respeto. Yo no he tenido a mi madre cerca; en muchas situaciones de mi vida ella no ha estado.

Un día me preguntó mi hermana, «¿quién nos va a cuidar?». ¿Quién te va a cuidar? A quien has dado el cariño, a quien has dado el dinero, a quien has dado todo, esas son las personas que tendrán que cuidarte. No pensarás que voy a venir yo a cuidarte a ti. Yo voy a cuidar de mi nieta, y cuidaré de mi hijo.

13. Trabajando como un tío

Estuve tres años renovando contratos con el Ayuntamiento de Sestao. Cuando llegó el plazo de hacerme fija, me echaron. Era hacia el 2001. Entonces me dediqué a echar currículums. Iba a las *etetés*¹⁹ y a todas partes. Un día me llamaron para trabajar en la limpieza, en la fábrica de la CocaCola de Orbeaga, en Galdácano.

19 *Etetés* son empresas de trabajo temporal (ETTs).

Recuerdo que iba en el metro cuando cogí la llamada. «Soy Mariano, de la empresa Imperial Bilbaína. Necesito una persona para cinco noches, de diez de la noche a seis de la mañana».

Me convocaron para el día siguiente en la oficina, que estaba en la plaza de toros, me explicaron todo y, junto con otros tres trabajadores, me llevaron a la fábrica. Un edificio inmenso; pasillos y pasillos. Impresionante. Me dieron una bata y unos zuecos blancos, y a limpiar el suelo, que era blanco y rojo. Delante mío iba un chico con una máquina fregadora y yo repasaba las esquinas donde no llegaba la máquina con la fregona. ¡Aquella noche me puse de agua...!

A la noche siguiente me recogieron cerca de mi casa. Me dieron un buzo de hombre y unas botas de seguridad. ¡Ay *amá*, cómo me dolían los pies! Con gafas, con casco... Trabajando como un tío. Al principio a la gente de mantenimiento le chocaba ver a una mujer trabajando junto a tres chicos. Luego cogieron a más mujeres.

El viernes cumplía los cinco días de trabajo y el sábado me pidieron ir a su oficina. «Si te interesa te puedes quedar más tiempo». No me lo habían aclarado, pero se trataba de una prueba. Estuve cinco años trabajando allí, de diez de la noche a seis de la mañana. En Coca-Cola no es fácil entrar. Allí van todos de blanco, pantalón y camisa, con el escudo de Coca-Cola; chicos y chicas, y el uniforme representa ese privilegio de haber sido seleccionada. También limpiábamos máquinas gigantes: embotelladoras, centrifugadoras, lavadoras... Mi trabajo era muy peligroso. A veces tenía que subir a alturas de quince metros.

Un día me propusieron ir a Petronor a hacer una baja limpiando los vestuarios de los tíos. En Petronor estuve once o doce meses. Yo salía a las seis de la mañana de trabajar, me llevaban

hasta una parada de metro y llegaba a casa a las siete. Cuando se levantaba mi hijo Imanol era cuando yo me acostaba. Él comía a veces en casa de mi tía. Entre semana casi no le veía.

Cuando mi hijo tenía 19 ó 20 años lo pude meter en la Coca-cola a través de un amigo mío. Estuvo de carretillero con una subcontrata que se dedicaba a etiquetar las bebidas, empaquetar y cargar en los camiones. Tiempo después estuvo año y medio en mantenimiento con mi empresa, Imperial Bilbaína, empaquetando para grandes almacenes.

Yo he visto muchas cosas en la Coca-cola. Si te ven abriendo un refresco en el trabajo, tienes un parte. Yo he visto cómo un chico cogió una lata defectuosa para bebérsela con el bocado, y un encargado de la empresa le dijo, «fuera». Tuvo que ir el encargado del chico a defenderlo frente al otro. Ahora, cuando veo esos anuncios de Coca-cola, «¡viva la vida...!», me digo, «¡qué hijos de puta!».

Durante seis meses, los sábados por la mañana después de hacer la noche en la Coca-cola limpiaba unas naves industriales de Eroski. Al salir de la fábrica mi hijo tiraba para casa y yo me iba directamente a Amorebieta con María Jesús, una compañera que tenía coche. A las seis de la mañana, cuando llegábamos nosotras, los repartidores estaban acabando de cargar los camiones. Había que limpiar de sangre y restos el suelo de las neveras donde guardaban la carne y limpiar los baños.

Limpiar aquello era terrible. Mi compañera llevaba la máquina fregadora. Yo iba por delante con una mopa blanca gigantesca y con bolsas de basura, porque había que tirar muchas cosas. ¡Ay *amá* lo que me costaba manejar aquella mopa! Después tocaba repasar la parte de congelación. Nosotras éramos las dos únicas mujeres. En esas naves los trabajadores entraban por turnos de treinta y cinco minutos, y salían a toda

leche para recuperarse durante quince minutos. No se podía pasar más tiempo dentro. ¡Yo los he visto salir con las pestañas escorchadas!

Un sábado por la mañana habían sobrado muchísimas cajas de carne: pollo, chuletas, solomillo, carne de cocido... Todo eso lo tiraban. Y me dijeron, «ven aquí rubia, ¿queréis llevaros productos para casa? De todo esto, coge lo que te parezca». ¡Vaya que si nos llevamos! Vacíé mi mochila del trabajo y la llené de carne. Yo tenía el congelador lleno de carne; le daba a mis vecinas y a los padres de la novia de Imanol.

Otros seis meses hice una segunda jornada en la fábrica de galletas Artiach, en Orozko. En la CocaCola nos dejaban acabar el turno de noche una hora antes, para llegar a las seis de la mañana a Orozko y entrar con el turno de mañana. Ahí nos pagaban como horas extras. Supongo que les salía mejor cubrir huecos así. Había mujeres y había hombres. Desayunábamos con la gente de la fábrica. Las mesas del comedor estaban repletas de bandejas de galletas, y podías coger las que quisieras.

Limpiábamos los pasillos, que eran enormes, los hornos de las galletas y los moldes de las galletas esas de dinosaurios, las de Chiquilín, los barquillos, los filipinos... Recuerdo la primera vez que llegamos. Yo había visto en la tele cómo echan todos esos kilos de harina, de levadura para hacer la masa y cómo rellenan los moldes de las galletas; pero en directo era otra cosa.

En ese trabajo cumplí uno de mis sueños, ¡meterme en un tanque de chocolate! Eran unos tanques de acero inoxidable y para limpiarlos teníamos que entrar, abrir unas válvulas que había en la base y vaciarlos. Yo le dije a Raquel, mi compañera de trabajo, «¡yo entro ahí!». «¿Estás chalada?». «¡Déjame en paz!», le

respondí. Nos pusimos un buzo de plástico. Había que aplicar un limpiador espumoso y retirar después el producto frotando hasta dejarlo brillante. Raquel iba manguendo desde arriba y yo entraba por las escaleras del interior del tanque. Y se moría de la risa cuando salí de allí: tenía las pestañas negras y duras como piedras, del chocolate, que era negro, negro.

En esa fábrica coincidí con una vecina mía. Trabajaba revisando las galletas defectuosas de Chiquilín, e iba en autobús a la fábrica. Llevaba años allí y yo no lo sabía. Un día a la semana, a la salida del turno daban un kilo de galletas a cada trabajador; pero a nosotras no. Ella me propuso pasar por su puesto antes de salir y me preparó un paquete. Las galletas quemadas estaban riquísimas. Me contó que esos restos los daban a los caseríos, para alimentar al ganado.

Esta empresa de limpiezas a veces me llamaba para trabajos puntuales donde preferían a gente con experiencia, y yo ya la tenía. Un día a las tres de la tarde me llama una de las encargadas para que fuese a la fábrica. La máquina pegadora que hace el etiquetado de las botellas se había bloqueado. Necesitaban que volviese a funcionar cuanto antes. ¡La fábrica no podía parar!. «¿Por qué tenéis que llamarme a mí? Llamad a alguien de mantenimiento», pensé. Me mandaron un taxi. Quité los tornillos, retiré la cola con un disolvente que olía que apestaba, que tenía que usar mascarilla... Estuve desde las cuatro hasta las diez de la noche y me dieron 150 euros más el coste del taxi.

Yo seguía viviendo con el padre de mi hijo. Durante una temporada se portó muy bien. Recuerdo que estaba trabajando en una obra, y cuando podía nos preparaba la comida. Imanol y yo llegábamos a las siete de la mañana del sábado y nos íbamos derechos a la cama. Imanol se levantaba, se duchaba, comía y salía con su novia.

14. No estaba en el convenio

En ese tiempo empecé a no salir. ¡Estaba tan cansada que no podía! En una ocasión, no se me olvidará, salí de trabajar a la una del mediodía y me llevaron en coche hasta la puerta de casa. Ya no era persona, de lo cansada que estaba. Según entré en la habitación me senté en la cama y no me enteré de nada más. Mi hijo me contó que me había quitado las zapatillas y me había arropado.

Trabajar de noche desgasta mucho la salud. Cuando llegaba el sábado, para mí la casa era lo mejor que había. Siempre me ha gustado mucho estar en casa, y ya en aquel tiempo la casa era mi refugio. Sólo quería comer tranquila, ponerme el pijama y descansar en el sofá. Josu y yo estábamos en una cuadrilla y siempre salíamos los sábados. «No tengo ganas, Josu, vete tú». Si me invitaban a cenar o eran las fiestas del pueblo, o en carnavales, no quería salir. Y más adelante no salía ni a comprar: le daba a Josu una nota con los encargos y le mandaba al Carrefour.

En el año 2009 tuvimos una bronca. Una vez más. Josu me levantó la mano, me pegó... Mi hijo había salido con unos amigos. Según subía las escaleras de casa oyó gritos. Intervino y me sacó a la calle en pijama. «Ama, tú aquí no subes más», me dijo. Llamó al 112 y vino la Ertzaintza a casa. Yo no quería denunciar. «Está bebido; ya se le pasará...», así que la propia policía le puso una denuncia de oficio y mi hijo también lo denunció²⁰.

Aquel día trabajábamos de tarde en la CocaCola. Recuerdo que para entonces la empresa de limpiezas había cerrado y había cogido

20 La Ertzaintza es la policía autonómica del País Vasco. Las y los ertzainas son los policías de esa institución.

la contrata otra empresa de Barcelona llamada ISS, que tenía la sede en Pamplona. Llamé a la encargada general y le conté lo que me había pasado. «Bueno Marian, vete al médico y nos mandas por fax la baja».

A los pocos días decidí volver a trabajar, porque la casa se me caía encima. Pero en el trabajo me sentía descompuesta. Recuerdo que estaba limpiando una línea, que se llama, y de repente me puse a llorar de forma descontrolada. No entendía qué me estaba pasando. Empecé a respirar a bocanadas, como si me faltase aire. Era como un ataque de ansiedad. Todos mis compañeros me miraban.

Dejé el trapo. Una compañera mía, María Jesús, vino donde mí. Ella sabía todo porque había venido a casa y yo le había contado. «No puedes trabajar así, Marian. Vamos a llamar a Rosa».

Rosa era la encargada de nuestro equipo de nueve limpiadores. Era una mujer muy prepotente. Yo creo que me tenía envidia porque me llevaba muy bien con los encargados y me llamaban para otras limpiezas; los pabellones de promociones, por ejemplo. Y los compañeros venían a preguntarme a mí porque yo llevaba más tiempo que mis compañeros y tenía más experiencia.

Como en ese momento yo no podía hablar, María Jesús le explicó a Rosa que había sido agredida por mi marido. Rosa respondió, «¿por una ostia se pone así?». Entonces me puse peor. María Jesús llamó a mi hijo y él vino a recogerme en coche con una amiga. Recuerdo que al salir tuve que pasar ante mis compañeros. Se me han quedado grabadas sus miradas. ¿Estarían preocupados? ¿No entendían lo que me pasaba?

A la noche me llamó la encargada general: «Marian, nos tienes que mandar los papeles de la denuncia». Les envié los papeles de la Ertzaintza y todo lo que tenía. Después me convocaron

a una reunión. Pedí asesoría en el sindicato ELA²¹. Se ofrecieron a acompañarme a la oficina de la empresa ISS, pero a última hora resulta que no podían. ¡Qué casualidad!

Parece que no estaba considerado en el convenio de ISS coger baja por ese motivo. Me ofrecían una indemnización y mandarme al paro. ¡No me lo podía creer! Yo tengo la impresión de que no les interesaba que siguiese allí porque ponía en evidencia ese vacío y daba mal prestigio. No tuve fuerzas para denunciarlos, la verdad. Estaba destrozada y no sabía a quién recurrir. Aquella noche Rosa me llamó para recordarme que tenía que devolver la ropa de trabajo.

Me quedó de paro 1.070 euros, porque cotizaba bien. Por cierto que envié a la empresa los originales de la documentación que me pidieron. Yo no caí en la cuenta que podía haber enviado copias; no sabía de estas cosas. Cuando ya cerramos el tema les pedí que me devolviesen los originales. ¡Todavía estoy esperando su respuesta!

15. La orden de alejamiento

El juicio por esta denuncia fue en los juzgados de Barakaldo. Recuerdo perfectamente lo que me sucedió aquel día. Él estaba sentado detrás mío. Me pidieron que me levantara y que me pusiese delante del juez, ante el micrófono. El juez me pidió que detallase lo que había pasado el día de la denuncia. De repente la pierna derecha me empezó a temblar. No podía controlarla; ¡aquello era

21 ELA (*Eusko Langileen Alkartasuna*, o Solidaridad de los Trabajadores Vascos) es un sindicato vasco nacionalista, en su origen vinculado al PNV (Partido Nacionalista Vasco).

exagerado! Algo me estaba pasando por dentro... ¡Era miedo! ¡Era pánico lo que yo le tenía!

Cuando cayeron en la cuenta de mi situación me trajeron una silla. Me senté y ajustaron la altura del micrófono. Ya no necesitaba sostenerme con las piernas, pero no podía articular palabra. ¡Me era imposible! Empecé a llorar. Mi hijo se levantó y se acercó a mí. «Ama, tranquila». Un ertzaina de los que me custodiaban cogió otra silla y vino a sentarse junto a mí, para que me sintiese acompañada. Eso me tranquilizó mucho. Cuando fui capaz de hablar expliqué todo lo que el juez me pedía²².

Después declaró él, y ¿qué dijo? ¡Que estábamos pasando una mala racha! Mi abogada le respondió, «mire, no es la primera vez que esto sucede, en tal fecha usted le pegó una paliza, le arrancó los incisivos y le provocó...». La abogada repasó todo el informe médico de aquella denuncia. Fue muy duro revivir todo aquello. Al final la impusieron una orden de alejamiento de nueve meses. Josu no se podía acercar a mí en un radio de tantos metros y no me podía llamar por teléfono.

Él salió del piso y cogió una habitación en Santurce. Yo tenía mi paro. Sumando los ingresos de mi hijo cubríamos los gastos mal que bien. Recuerdo que él me decía «aunque comamos patatas, estamos tranquilos, ama». Cuando convives con una persona así, llega un momento en que oyes la llave en la cerradura y ya te tiembla todo el cuerpo.

22 La procuradora Liz Quintana explica: «En general los juzgados cuidan que en las declaraciones no coincidan las dos partes implicadas; te citan en días diferentes o en salas diferentes. Sin embargo, en el día del juicio coinciden los dos, salvo que tu abogado o tu abogada soliciten expresamente que no sea así. En ciertos juzgados por propia iniciativa evitan que se vean o que coincidan en la misma sala».

Yo llevaba un teléfono de seguimiento siempre conmigo, día y noche. Además dos ertzainas de paisano me hacían seguimiento. Ellos me llamaban de vez en cuando para confirmar que todo iba bien. «Mari Ángeles, ¿qué tal estás?». Cuando salía estaban en un coche frente a mi portal, y me daban las luces para confirmar que todo marchaba bien.

Pasado un tiempo nos tranquilizamos y volvimos a vivir juntos. Lo mismo que en otras ocasiones. Y las discusiones, las amenazas y las humillaciones seguían. Era como un ciclo que se repetía. Ahora que lo cuento me parece increíble, pero en aquellos años no me planteaba divorciarme. Mi preocupación era tirar y trabajar para salir adelante.

16. Le di las gracias por todo

Mi abuela falleció en 2009. Yo tendría 43 años y ella tenía 96 años. Estaba ingresada en una residencia, y padecía de Alzheimer, aunque tenía muchos momentos de lucidez. Yo iba todos los sábados por la tarde a verla; si no podía ser el sábado, iba el domingo. Aunque no era una mujer grande, mi abuela era fuerte, y se había quedado superdelgada. La sacaba de la residencia, le ponía una mantita si hacía frío, me la llevaba a un bar y le pedía un bollo de mantequilla y un café con leche. A mi abuela le encantaba el dulce. A medida que pasaba el tiempo costaba más sacarla.

Recuerdo un día en que fui a verla con uno de mis tíos. Estábamos junto a ella contándonos chorradas y de repente me mira fijamente, me coge de las manos para tirarme hacia ella e intenta morderme en las manos, en la cara; ¡me quería pegar y arañar! Yo no me solté y dejé que me pegara. ¿Qué iba

a hacer? Para ella yo era otra persona. Me llamaba con otro nombre. Mi tío la apartó: «Madre, ¿qué está haciendo? ¿Que es Mari!». Mi abuela me soltó y yo salí de allí llorando como una magdalena.

No quise volver a verla. Mes y pico después, una noche me llamó mi tía Juana: «La abuela está malita. Tiene un tumor en la boca y la han llevado al hospital de Cruces. No la pueden operar». Al día siguiente fui a verla con mi marido. Mi tío Ángel y su mujer ya estaban allí. La abuela estaba encamada. En la residencia le sujetaban los brazos a la cama con unas ataduras que le enganchaban en las muñecas. Aquí la tenían metida dentro de una bolsa de red con cremallera; los brazos y todo. Eso me impresionó mucho; nunca había visto algo así.

Era el 15 de diciembre. La médica nos explicó que le quedaban horas de vida y en ese momento, siempre lo cuento, mi abuela abrió los ojos, nos miró a mi tío y a mí y se quedó dormidita. La médica nos sugirió que nos marcháramos. Si pasaba cualquier cosa ella nos llamaría. Mi tío Ángel nos llevó a casa en coche, subí las escaleras y nada más entrar en casa me llamaron por teléfono. «La abuela acaba de fallecer». ¡Me dio una rabia...!

Pedí entrar en la habitación del hospital para despedirme de ella y cerré la puerta. Me abracé a ella y le di las gracias por todo lo que había hecho por mí. Le dije que sentía muchísimo que se hubiera ido tan pronto. ¡La abracé tanto, tanto...! La agarré de la cabeza; quería sentir el olor de su cuello. Cada persona olemos de una manera, y el olor del cuello de mi abuela para mí era especial. Me quedé con ese olor en la memoria. ¡No me quería despegar de ella!

Poco después dos chicos de una funeraria metieron a mi abuela en un saco, cerraron la cremallera y la levantaron para llevársela.

Yo pensaba que la iban a poner en una camilla, pero no. Me puse a chillar: «¡Por favor, no la llevéis como si fuera un trapo!». Me pareció horroroso. Yo tenía la cabeza fatal, y mi tío me tranquilizó. En la residencia cogí una sudadera suya como recuerdo. Es de color granate y tiene una tira con su nombre, «Felisa», que no se la he quitado. Toda la ropa de los ancianos en la residencia debía tener su identificación. Es lo único que conservo de ella, y me la pongo todos los inviernos.

El 16 de diciembre la llevaron al tanatorio de Zamora y el 17 la enterramos en La Hiniesta. ¡Hacía un frío por la mañana...! Los campos estaban blancos de la escarcha. En el tanatorio de Zamora ya no quise ver a mi abuela. Prefería conservar el recuerdo del hospital. Mucha gente cercana, tanto familiares como amistades, no pudieron venir porque estaban trabajando. Fue el funeral más triste de mi vida.

Me encontré con primas y amigas de mi edad, que me había criado junto a ellas y hacía mucho que no las veía. Alguna gente a quien yo no recordaba se me acercaba, «¡Mari Ángeles! Soy fulana». Y me hablaban de anécdotas que habíamos vivido juntas. Fue una experiencia muy bonita. Y muchos me decían, «¡ay, la nieta de la abuela! Con la abuela tenías algo especial». Y es verdad. Para mí es como mi madre; siempre lo he dicho.

Ya no tenemos dónde quedarnos en el pueblo. La casa la vendieron hace un año a un vecino por dieciocho mil euros, que no tocamos a nada. El tejado estaba derruido, las vigas llenas de polilla... Mi madre insistió en venderla. Me preguntaron si quería llevarme algo de la casa y dije que no. Mi tía Juana me regaló los pendientes de oro de mi abuela, que aparecieron por la casa. Y me regaló también un cabecero de cama niquelado, que está en casa de mi madre.

17. Una señora de andares torpes

Pasaba el tiempo. Yo necesitaba volver a trabajar. Un día entré en una tienda de golosinas y me encuentro en el mostrador con una amiga mía del barrio, de cuando éramos pequeñas. Casualidad que estaba buscando una persona para sustituirla, porque ella estaba muy cansada y tenía otros compromisos. Me pedía abrir temprano y estar hasta las doce. ¡Estupendo! Yo he tenido suerte con los trabajos. Me han buscado más a mí, porque me porto bien y saben que respondo.

Frente a esta tienda había un obrador donde vendían pan en horario amplio, y también bollería. Tenían mucha clientela, por ejemplo los chavales que regresaban a casa tras la *gaupasa* o la discoteca²³. ¡Los fines de semana había unas colas increíbles! Un día el jefe vino a la tienda de golosinas para hablar conmigo. Me contó que quería abrir un obrador en el centro de Barakaldo y me propuso que trabajase allí, con el veinte por ciento de lo que sacara. Él sabía que yo trabajaba bien porque me veía trajinar a diario desde su local.

Acepté sin saber realmente si aquello iba en broma o en serio. En septiembre me sugirió buscar un local y me puse manos a la obra. A través de una inmobiliaria encontré uno superbonito. En quince días lo reformaron, ¡las paredes preciosas y un mostrador chulísimo! Estuve trabajando allí casi tres años, entre 2012 y 2015. Abría a las siete de la mañana, cerraba a la una y media, volvía a abrir a las cinco y me quedaba hasta las ocho y media.

23 Ir de *gaupasa* significa pasar la noche de fiesta y llegar a casa a la mañana siguiente.

Un domingo, estaba yo colocando unos pasteles en el escaparate y pasa frente al local una señora mayor. Me saluda y me pide que le reserve un pastel concreto a nombre de Elena. Elena era bajita y menuda, llevaba gafas y tenía andares torpes. Yo pensaba que era muy mayor. Cada vez venía con más frecuencia; compraba un pastel o una empanada. Cuando yo abría la panadería la veía meterse en los bares. Siempre sola.

Un día, mientras Elena esperaba turno en mi panadería se rompió la cadera. Por su gesto me di cuenta de que tenía mucho dolor. La senté en una silla y en cuanto cerré llamé a una ambulancia. Enseguida confirmaron la rotura. La ingresaron en el Hospital de San Eloy y la operaron²⁴. Una tarde fui a visitarla al hospital y me pidió que le diera un repaso a su casa: tirar la basura, abrir las ventanas, mirar la nevera... Me dio sus llaves y le hice el recado.

En la siguiente visita me propuso dormir en su casa para acompañarla, y en cuanto le dieran el alta pasó por mi tienda para avisarme. En ese tiempo Imanol estaba en el paro y Josu no trabajaba. El alquiler del piso nos costaba quinientos ochenta euros y yo cobraba seiscientos más una pequeña ayuda. Nos llegaba justito. Aunque la propuesta de Elena era una sobrecarga de trabajo, no podía rechazarla.

De lunes a sábado llegaba a su casa hacia las nueve menos veinte de la noche, preparaba la cena, cenábamos juntas y me quedaba

24 El Hospital de San Eloy fue inaugurado en 1911 por la empresa Altos Hornos de Vizcaya como Sanatorio Quirúrgico para atender los partos de las esposas de los trabajadores y los accidentes laborales de éstos. En 1972 se traspasó a la Mutualidad Laboral Siderometalúrgica y se construyó un nuevo edificio. Actualmente pertenece al Servicio Vasco de Salud (Osakidetza).

a dormir. Cada dos días la duchaba, y en verano todos los días. Me pagaba 1.400 euros. Nos llevábamos bien; era como si fuese mi madre. Pero tenía el problema del alcohol. Ella salía temprano a tomarse el primer vinito. Yo le proponía venir a la tienda y le pedía que me hiciese compañía. Conmigo Elena estuvo muy recuperada.

Al parecer había heredado de sus padres una gran fortuna pero durante tiempo no le permitían acceder a la herencia. De hecho pasó mucho tiempo en una residencia de beneficencia. En el tiempo en que trabajé con ella, dos veces al año, en octubre y en mayo, se iba a Benidorm durante quince días. A veces se iba de viaje con una maleta y regresaba con varias, de todo lo que compraba. No sabía gestionar su dinero y compraba de forma compulsiva. Hasta que se arruinó.

Estuve con ella tres años. Yo me la llevaba a casa en Nochevieja. Con mi hijo ha sido un cielo; sin embargo a Josu no lo soportaba, porque eran iguales. Empezó con párkinson, más adelante tuvieron que operarla una hernia de ombligo... Yo la acompañaba al médico. Una de las veces en que la ingresaron me quedé dos noches con ella. Recuerdo que le dio el síndrome de abstinencia; quería tirarse por la ventana y veía bichos que le hacían daño. Tuvieron que atarla. Yo nunca había visto aquello. ¡Cuánto sufrimiento!

A medida que pasaba el tiempo descontrolaba más. Llegó un momento en que no me consultaba, porque sabía que yo la reñía. En casa escondía las latas vacías para no dejar rastro. Cuando bebía perdía la noción de las cosas. Despistes, olvidos... Yo le organizaba todo, desde los viajes hasta las compras y la limpieza, y se fue convirtiendo en una carga tremenda para mí. Con el panorama que tenía en mi casa era muy duro verla así. Fui a hablar con su asistenta social y la metimos en una residencia privada.

18. En ese momento hice click

Josu tenía temporadas: igual bebía tres meses seguidos y luego se tiraba seis meses sin beber. Cuando deja de beber es estupendo, pero el alcohol lo transforma. En ese tiempo habíamos vuelto a llevarnos mal. Él salía de trabajar el viernes, se marchaba por ahí y no volvía a casa hasta el domingo por la noche, bolinga perdido y metiéndose con nosotros. «¡Eres una hija de puta! ¡Me estáis arruinando la vida!».

Mi hijo y yo estábamos constantemente en tensión, porque no sabíamos cómo iba a llegar, si venía agresivo o cómo venía. Yo me veía muy mal, como saturada. No tenía ganas de vivir. Todo el día llorando. Le tenía miedo... y es verdad que a la vez le había ido perdiendo el respeto: yo le insultaba y él me insultaba. Pegar jamás; no me salía pegarle. Podía hacer un ademán, pero pegarle con saña como hacía él conmigo, nunca.

Cuando empezamos a distanciarnos, si él se quedaba dormido en el sofá yo me iba para la cama, y si él se iba a la cama yo me quedaba en el sofá. Él hacía su vida y yo la mía, y tratábamos de no coincidir.

Otra gente que se había separado me decía, «Marian, cualquier día te vas a dar cuenta». Y sí, llega un momento en que lo ves claro. Fue una situación muy tonta. En fiestas de Santa Teresa, las fiestas del barrio, una madrugada me llama Imanol a casa de Elena, donde yo dormía. El padre y el hijo se habían enfrentado. «Ama, ha venido mi padre y ha empezado a insultarnos» (estaba también la novia de Imanol). Me vestí y bajé a casa.

Imanol empezó a desahogarse conmigo: que no voy a dejarle entrar de nuevo, que estoy harto, que gasta todo... Cuando se calmó

la situación, Josu salió de la casa. Podía haber sido una bronca más entre muchas, pero lo cierto es que, cuando yo regresaba a casa de Elena le vi en el bar de abajo, cantando y bailando como si nada. En ese momento hice click. Era un sábado, en el mes de octubre del año 2014.

Mira que me había hecho cosas a lo largo de los años. Menos abusar de mí. ¡Porque sé de conocidas cercanas que han sido violadas por sus maridos! Hasta en una ocasión intentó matarme. Pero en ese momento, cuando le vi bailando todo contento, pensé, «acaba de montarnos una bronca; mi hijo lo pasa fatal, cada vez se enzarza más con él, yo sufriendo, ¡y él bailando tan tranquilo en la calle!». Entonces me dije, «¡se acabó! ¡Salga el sol por donde salga, hasta aquí hemos llegado!».

Llamé a una amiga mía para pedirle que me acompañase a la Ertzaintza. Ella me dijo que en ese momento no podía salir. Pero eso no iba a detenerme. Aquella noche llovía a cántaro limpio y yo iba sin paraguas. Entré en la comisaría de Elcano chorreando, expliqué lo que había pasado y puse una denuncia por amenazas. Fueron a buscar a Josu y se lo llevaron detenido. El ertzaina miró al ordenador y me dijo, «¡señora, si tuvo una orden de alejamiento! ¿por qué volvió con él?». Tenía razón.

Cuando le cuentas a la policía lo que te ha sucedido ellos siempre te hacen la psicología de tu cabeza. Me doy cuenta cuando me preguntan y cuando observan mi manera de expresarme. Yo sé que ellos me están analizando. Yo no necesito mentir; sé muy bien lo que me ha pasado y digo mi verdad. Recuerdo que una vez le dije a uno de ellos, «¿tú crees que te estoy contando una historietta?». Él se quedó callado.

A las cinco de la mañana de aquel domingo llamé a mi jefe. Le conté por encima lo sucedido y le dije que no podía ir a abrir la panadería. Él fue muy respetuoso. Puso un cartel de «cerrado

por motivos personales» y me dijo, «no te preocupes; quien quiera comprar que baje a la otra tienda». El lunes sí abrí la panadería. Mi jefe subió a verme y hablamos un poco. Me preguntó si necesitaba algo y cuando le dije que sí no me pidió detalle: se marchó y al poco rato me entregó un sobre con 500 euros. En el trabajo fue un sinvergüenza, y yo se lo dije, pero en la parte humana se portó muy bien conmigo.

Josu y yo tuvimos un juicio rápido en los juzgados. Nos sentaron a los dos en una mesa grande con nuestras abogadas de oficio, la jueza y los que escribían, y nos iban preguntando a uno y a otro qué había pasado. Yo solicité que Josu no entrase más en casa; pedí una orden de alejamiento.

Para entonces era la tercera denuncia. Cuando yo explicaba lo que me había pasado mi abogada no me creía. Igual le parecía demasiado, o no entendía por qué yo había vuelto, si la cosa había sido así. Mi hijo, que estaba oyendo todo desde fuera, se levantó y abrió la puerta de la sala donde nos habían reunido: «¿Ustedes no se dan cuenta? ¿Tiene que venir mi madre con una costilla rota para que la crean? ¡Si no ponen una orden de alejamiento este señor vuelve a casa y mata a mi madre!». Entonces empezó a discutir con su padre y se llamaron de todo. Vino la policía y echaron a Imanol de la sala.

Al salir al pasillo vi a los dos ertzainas que me habían hecho seguimiento durante la anterior orden de alejamiento. Les habían llamado para testificar. Se sentaron a mi lado y les conté lo sucedido. Entonces uno de ellos tomó mi mano y me dijo mirándome a los ojos, «Mari Ángeles, te vas a divorciar, ¿verdad?». Lo recuerdo como si fuese ayer. Podía haber sido una mujer ertzaina, pero era un hombre. ¡Y me cogió la mano con una ternura...!

Le prometí que me iba a divorciar. Yo sabía perfectamente lo que quería decirme el ertzaina. Estaba sugiriéndome, «si no te

divorcias ahora, la próxima vez te quita la vida. Estás en el límite». No cambian nunca. Puede cambiar uno de mil, pero la mayoría no cambia.

Me dieron otra orden de alejamiento de nueve meses. Él me había amenazado con matarme, así que yo estaba muy nerviosa; sobre todo durante las primeras semanas. Al principio los ertzainas me hacían un seguimiento muy cercano; siempre vigilantes. Se portaron superbien. Yo me sentía muy segura con ellos; muy protegida.

La primera paliza y aquella denuncia me pilló muy joven-cita y muy enamorada. En la segunda lo pasé peor que en la primera, quizás porque estaba atada por el miedo. Y con esta tercera, sólo ver la cara de Josu me generaba un rechazo terrible. Me ponía a llorar; me daban taquicardias... Yo creo que lo pasé fatal porque en mi interior sabía que, si de verdad quería poner fin a la relación, tenía que romper del todo con muchas cosas.

Aquello era como un continuo y era conocido por todos. ¿Quién no me había visto descompuesta o había escuchado discusiones? ¿Quién no había presenciado alguna bronca gorda? Cuando yo le contaba a mi madre mis problemas con Josu, ella trataba de minimizarlo. Durante un tiempo, me propuse irme al pueblo de mi madre en Toledo, llevar a mi hijo, buscar trabajo y rehacer mi vida allí. Con la situación que yo estaba pasando, ¿qué me respondió mi madre? Me dijo, «no, aquí no puedes venir».

Recuerdo que en la Ertzaintza me preguntaron si mi familia política sabía de esto. ¡Claro que lo sabían! Sus hermanos habían estado mucho tiempo distanciados de él por otros motivos, y cuando nos divorciamos volvieron a hablarle. Ellos han sabido muchas cosas pero se han puesto una venda en los ojos. Cuando

me divorcié ,su familia se puso en contra mío. Mi suegra dijo que yo era una sinvergüenza. Las hermanas no dijeron nada, pero no me hablan.

Mi amiga Mari Carmen siempre me preguntaba cómo era capaz de estar con una persona que me había pegado. Otras amigas me sugerían que me separase. Ellas conocían lo que pasaba desde hacía años, veían que la situación no cambiaba y que yo seguía. Y llegó un momento en que no insistían. «¿Para qué te vamos a decir nada, si sabemos que vas a volver?».

Mis tíos no querían trato con él y me decían que le dejase. Yo llegué a pedirles que por favor me *respetarían*, que mi decisión era volver con él. Hace poco tiempo mi tío Ángel me advirtió, «si vuelves a tener trato con Josu, tú sabrás lo que haces». Yo sé lo que Ángel quería decirme con esas palabras: «Después de lo que te ha pasado durante tantísimos años; y después del paso que diste con el divorcio, no camines hacia atrás».

19. Tenía derecho a esa ayuda

Seguí trabajando en la panadería por unos meses. No ganaba lo suficiente. Recuerdo que en unas navidades saqué más de mil doscientos euros, pero la mayoría de las veces me quedaba con seiscientos euros al mes. Le dije a mi jefe que no podía seguir así. Él no me insistió; o es que eso no tiraba con una persona contratada en condiciones, o es que no quería compartir beneficios. Como yo no cotizaba, no me quedó paro. La novia de Imanol se quedó embarazada y Imanol se fue a vivir con ella a Castro. Yo no podía con el alquiler. Me buscaba la vida: pasaba por casa de mis tíos a comer, me daban una tarjeta para el metro...

Llegando a San Salvador del Valle hay un tramo de carretera que la llaman La recta del Valle o La recta del Amor, que es todo puticlubs y talleres, y algunos bares y un obrador. Yo tengo un amigo que trabaja por ahí. Nos conocimos cuando era pequeña, porque trabajé en un bar de Sestao que era de su madre, para ayudar a mis abuelos. Iba un par de horas a servir a los obreros y a fregar platos, y me daban dos mil pesetas al mes. Con el tiempo, su familia abrió un asador en esa carretera.

Un día tomé la carretera y me fui andando desde Sestao a San Salvador del Valle en busca de este hombre. Se quedó sorprendido, porque hacía muchos años que no nos veíamos. Yo estaba muy apurada. Me sacó un café, le puse al día de mi situación y le conté que no me llegaba para comer. Me dijo, «trabajo no te puedo dar, Marian, pero hacemos una cosa: te vienes todos los días a las tres y media o cuatro y yo te tengo preparada comida para que te lleves».

Me dio cien euros para que me comprase pan y fruta, y para recargar la tarjeta de transporte. Y un taper lleno de garbanzos, y un paquete con treinta o cuarenta hamburguesas congeladas. «Mañana vienes otra vez». Un día me daba pescado, otro día me daba alubias. Estuve unos meses yendo a su local. Esto no se lo he contado nunca a nadie.

A finales de 2014 había solicitado una ayuda económica en Lanbide, la Renta de Garantía de Ingresos, que la llaman RGI²⁵.

25 Lanbide es el Servicio Vasco de Empleo, y se encarga de gestionar la renta de Garantía de Ingresos (RGI) y la Prestación Complementaria de Vivienda (PCV). Es un organismo autónomo creado en el año 2010. En su consejo de administración están representados el Gobierno Vasco, la Confederación de Empresarios Vascos y los sindicatos mayoritarios.

Yo esperaba con ansia la respuesta positiva de Lanbide, y todos los meses recibía carta certificada diciéndome que no me concedían la ayuda. Entonces entregaba en mi oficina de Lanbide los nuevos papeles que me pedían, ¡pero siempre me decían que me faltaba un nuevo documento!

Mi médico de cabecera hablaba mucho conmigo. Como era médico de familia, también hacía seguimiento de Imanol y de Josu, y tenía relación con ellos. Él sabía que Josu tenía problemas con la bebida. A Imanol lo trataba muy bien; con Josu tenía más distancia. Vivía dos portales más allá de la panadería donde yo trabajaba y todos los días pasaba a verme: «Marian, ¿qué tal estás?». Siempre estaba pendiente de si tenía trabajo y me animaba a salir de casa. Yo pedía cita médica y en el ratito de la consulta me desahogaba. Ha sido una gran satisfacción haberle conocido, porque me ha ayudado muchísimo. Aparte de ser buen médico, hay que ser humano, y no todos los médicos son así. Hace poco se fue a vivir a Galicia. ¡Qué disgusto me llevé cuando me lo dijo!²⁶

En una de mis citas médicas, sería en el mes de abril, rompí a llorar sin poder controlarme. Le conté a mi médico que no tenía ni para comer y que estaba desesperada porque pasaban los meses y Lanbide no me concedía la ayuda que había pedido. Recuerdo que se levantó, rodeó la mesa hasta ponerse a mi lado, me cogió la mano y me dijo, «no te preocupes Marian; vamos a arreglar esto ya mismo». Y se puso a hacer llamadas de teléfono. «Alguien tiene que hablar contigo; no puedes seguir así», añadió. Yo no entendía de qué iban aquellas llamadas,

26 Se refiere a Iñigo Melchor, que entonces trabajaba como médico de cabecera en el Ambulatorio Central de Barakaldo. Este centro atiende a 134 mil personas que viven en Barakaldo y en Sestao.

pero confiaba en él. Al cabo de un rato me dijo, «va a pasar por tu tienda un tal Juan Carlos, de la plataforma Berri Otxoak. Él te ayudará²⁷».

También contactó con la asociación Argitan para ver si podían darme asistencia psicológica. En la siguiente cita médica me preguntó, «¿has hablado con Argitan?». Le dije que no. La verdad es que no quería que nadie se enterase de lo que me pasaba. Me daba vergüenza. ¡La paranoia que tenía yo! No llegué a recibir atención psicológica. En aquel momento yo tenía la cabeza fatal.

Cuando pasó por la tienda el tal Juan Carlos le conté el lío que tenía con Lanbide. Juan Carlos me tranquilizó, «Marian, tú tienes derecho a esta ayuda. Tienen que concedértela ya. Vamos a hacer una denuncia pública de tu situación ante la oficina Lanbide. No te preocupes por nada. Nosotros lo organizamos todo; tú vienes si quieres, pero no tienes que identificarte». Fue el 4 de mayo de 2015. Se pusieron con una pancarta delante de la oficina y mi médico leyó un comunicado explicando mi situación. Vino la televisión local de Barakaldo y salí en el periódico²⁸.

27 Berri Otxoak es una plataforma de Barakaldo que desde los años noventa lucha contra la exclusión social y por los derechos sociales. Realiza acciones de denuncia pública y mediática, y gestiona una oficina alternativa de información y asesoría a personas afectadas.

28 El acto denunciaba «la situación de una mujer de 48 años víctima de maltrato conyugal y con un hijo a su cargo». Tanto la asesora y procuradora Liz Quintana como el médico Íñigo Melchor hicieron declaraciones ante los micrófonos. Emitieron la noticia en TVE, en TeleNorte y en Tele7Radio7 de Barakaldo.

LANBIDE INCUMPLE LA LEY DE VIOLENCIA DE GÉNERO

Cuando Marian estaba solicitando la RGI, la última orden de alejamiento ya no estaba en vigor, de modo que Lanbide no la consideraba víctima de violencia de género, a pesar de que había presentado informes médicos y de su trabajadora social. Por otro lado, como aún no estaba divorciada, Lanbide alegaba que no llevaba un año separada de su marido y por lo tanto no se consideraba que ella formase una unidad de convivencia, uno de los requisitos que le daría derecho a la ayuda. Consideraban que su marido estaba en la misma unidad familiar y por lo tanto tenían en cuenta también sus ingresos.

Marian tenía dos opciones: tramitar una nueva denuncia por malos tratos, lo que le suponía meterse en otro largo y doloroso contencioso, o divorciarse. Marian decidió hacer un divorcio por mutuo acuerdo, pues necesitaba resolver el asunto cuanto antes.

Se intentó solventar esta cuestión con reuniones con el director de la oficina de Lanbide correspondiente, incluso con llamadas a Lanbide desde los servicios sociales. Finalmente se realizó una denuncia pública junto con la Plataforma Berri Otxoak de Barakaldo. A raíz de esta denuncia se reconoció su derecho a la ayuda, aunque no le ingresaron todos los meses a los que tenía derecho, contando desde la fecha en que ella había comenzado el trámite.

Lanbide cuenta con unas directrices internas según las cuales sólo se entenderá que una mujer es víctima de violencia de género cuando exista una orden de alejamiento en vigor. Los criterios y prácticas de Lanbide van en contra de lo establecido por la Ley de Violencia de Género. Primero, porque no considera las denuncias ni los informes médicos y/o de los servicios sociales. Y segundo, porque la solicitud de ayudas no se realiza por la vía rápida tal como establece la Ley para casos de violencia de género, sino por la vía ordinaria, con el perjuicio que esto supone. En la actualidad parece que los criterios de Lanbide están en revisión²⁹.

Yo no estuve con la gente de la pancarta, me senté aparte en un banco. Recuerdo que se me acercó una mujer: «Hola Marian,

29 Información tomada del comunicado difundido en el acto de denuncia citado, convocado por la plataforma Berri Otxoak, y de una entrevista a la asesora y procuradora Liz Quintana.

soy Liz. Yo soy abogada. Tenemos una asociación para ayudar a mujeres en situaciones como la tuya. Si te hace falta cualquier cosa me llamas». Liz ya me conoce bien y sabe como soy. Yo le cuento mis cosas con mucha confianza y ella me agarra de la mano y me da mucha paz. ¡Es una sensación...! Con ella me siento tranquila. Si ha hecho falta ha sido dura conmigo.

Cuando se calmaron un poco las cosas pedimos el divorcio de mutuo acuerdo. En tres meses ya estaba concedido. Mi tío Ángel me dijo, «¡por fin lo has hecho!». El día que fuimos a firmar el divorcio estábamos Josu y yo en la sala de espera, y cuando nos llamaron él se levantó al tiempo que yo. Entonces le advirtieron: «No puedes entrar con ella porque puede sentirse coaccionada y desistir de la firma». Al escuchar aquello me quedé muy impresionada.

Yo no había querido separarme antes por el niño; pensaba que era mejor seguir juntos. Yo todo lo he hecho por mi hijo. Y cuando por fin empecé los trámites, mis amigas me decían, «¡has perdido un montón de años al lado de este señor por tu hijo!». Luego te das cuenta de que no tenemos que aguantar estas situaciones ni por los hijos.

Hasta que no tuve la sentencia de divorcio firmada Lanbide no me concedió todo lo que me correspondía. Entregué los documentos en el Ararteko (Defensor del Pueblo Vasco), porque ellos llevan muchas denuncias contra Lanbide³⁰. También fui a hablar

30 La misión del Defensor del Pueblo Vasco o Ararteko es recoger demandas de los ciudadanos respecto a actuaciones irregulares de la Administración, investigar y recomendar. El Ararteko trabaja con Berri Otxoak y con otros colectivos en la denuncia de actuaciones de Lanbide. Existen decenas de resoluciones del Ararteko en contra de de sus malas prácticas. Puede consultarse el detalle en su página web (<https://www.ararteko.eus>), en el apartado «Resoluciones y recomendaciones».

con el director de mi oficina de Lanbide y le conté mi situación. Cuando por fin me dieron los 3.300 euros de atrasos pude pagar lo que debía del alquiler del piso.

Como mujer maltratada tenían que haberme concedido esta ayuda económica desde el primer mes; así son las leyes. Además, por ser mujer maltratada tenían que haberme dado diez mil euros; pero de eso te enteras luego. En esa oficina de Lanbide tendría que haber personas especializadas en casos como el mío; profesionales que ayuden a las mujeres con violencia de género. Y que yo pueda contarle sin que la persona que está en la mesa de al lado tramitando otra cosa tenga que enterarse de que mi marido me pega. Yo no tengo que escuchar lo tuyo y tú no tienes que saber de lo mío.

Una de las orientadoras de mi oficina de Lanbide me ayudó muchísimo: me explicaba las cosas con todo detalle, me avisaba de los plazos, para que no se me pasara ir... Y me aconsejó que volviese a trabajar cuanto antes. Recuerdo que me decía, «con esto no se puede vivir, y encima os persiguen, os ponen pegas para todo: si viajáis, si tenéis un móvil... Te controlan tu vida». También me dijo que le llevase los contratos de los trabajos, aunque fuesen poquitas horas, porque cuando trabajas Lanbide te da un dinero extra, que lo llaman «incentivo».

La RGI no me llegaba para pagarme el alquiler, así que decidí meterme a trabajar de interna. Además así podía ayudar a mi hijo y pagarle la habitación donde estaba. Recuerdo que fui a visitar a la orientadora de Lanbide para darle las gracias por su ayuda y por sus consejos. Creo que supo ponerse en mis carnes.

Entré a trabajar los fines de semana con una señora que tenía Alzheimer, que vivía en el barrio de San Ignacio. Eran superformales: tuve contrato desde que entré y contaba con una habitación grande y muy bien amueblada. Cuando llegaba a la casa, la chica

me decía, «te he dejado comida en la nevera para que te hagas lo que quieras». Pescado, carne, y mogollón de verdura y fruta. Me tenían cuidada y valorada. Me solía preguntar cómo me encontraba y me proponía que me llevase comida para el otro curro.

Entre semana trabajaba en el barrio de Zurbaran, cuidando a otra señora mayor. Aquí tenía un contrato con buenas condiciones, pero con el tiempo me lo cambiaron. Un día la hija me dijo que no les llegaban las cuentas de su madre y que pagaban mucho a la Seguridad Social por mí. Me propuso hacerme un nuevo contrato con una jornada de seis horas, y dejar de figurar como interna. Me insistió y no me quedó más remedio que aceptar. ¿Qué iba a hacer?

En esta casa tenía una habitación de dos camas, una cómoda con tres cajones y una televisión pequeñita. Además tenía cuatro perchas con mis cosas en un armario de la salita de estar. Yo sé que esta señora me abría los cajones en el fin de semana, cuando yo no estaba.

Mis dos horas libres diarias no me las tomaba nunca. Yo veía que la señora estaba enferma y no quería dejarla sola; me daba miedo de que me despidieran. La hija me insistía en que tenía que salir y me decía que mi cabeza tenía que descansar. Yo soy una persona muy casera, me encanta sentarme en una terraza y leer el periódico; lo disfruto y es como un momento de escape.

En ese tiempo tomaba tranquilizantes para dormir. ¡Yo no pensaba que eso me iba a pasar a mí! Me tenían muy exprimida. Me levantaba a las ocho y media y me preparaba el café. En la cocina tenían galletas y otras cosas, pero a mí no me las ofrecía. A veces no había casi nada en la nevera. La señora cenaba leche con pan y me decía, «hazte algo de cenar». Yo pensaba: «¿Otra vez huevos? ¡Yo no puedo cenar todos los días huevo!», y me iba a la

cama sin cenar. La colada yo no la hacía porque no me dejaban usar la lavadora. Se creían que yo era tonta; así que la ponía ella. Son esos detalles.

20. Yo sabía quién era mi padre

Cuando mi madre se quedó embarazada dijo que había sido violada. Mis abuelos contaban que la encontraron tirada junto al río desnuda y que la Guardia Civil la llevó a casa. Mis tíos no aceptaban esta versión. Yo creo que ella hablaba de la violación para quitarse responsabilidad. Era como decir que no había sido su culpa. La cuestión es que nunca quedó claro qué sucedió.

Desde siempre mis abuelos sabían quién era el padre, pero no me decían su nombre. En aquel momento él era tan joven como mi madre. Dicen que cuando me llevaron de Madrid a La Hiniesta con pocos meses, mi abuela se presentó en casa de mi padre conmigo envuelta en una toquilla, para mostrarme al padre, pero mis abuelos paternos no quisieron recibirla.

Yo sabía que él vivía en un pueblo de Zamora. No sabía más. Un día, cuando era joven, mi abuela me contó quién era su familia y en qué casa en concreto vivía él, y me dijo que unas hermanas suyas tenían una tienda de bolsos. Hoy en día mi padre es un hombre muy poderoso en Zamora y todo el mundo le conoce. Tiene propiedades y negocios. Cuando estudiaba en las Trinitarias mi abuelo firmaba las notas como tutor. Las compañeras al regreso del fin de semana hablaban de sus padres. Entonces la familia era un referente importante. Llegaba el día del padre; llegaba la función del final de curso y no venían ni mis abuelos. A mí me quedaba esa cosa...

Mi abuela siempre me decía, «tienes que conocer a tu padre; tienes que buscarlo». Con dieciséis años empecé a escribirle cartas. Mi abuela sabía su dirección y él no había cambiado de domicilio. Eran cartas de una niña donde me presentaba como su hija y le decía que tenía muchas ganas de conocerle. Al principio le escribía todos los meses. Más adelante pasaba unas temporadas sin escribirle y otras sí. Él nunca me respondió.

Las cartas llegaban de vuelta a casa de mi abuela y ella las guardaba a escondidas para que yo no sufriera. Con el tiempo me las dio todas juntas: un paquete de cartas liadas con un cordelito. La última carta escrita está fechada en el año 2000. En esa carta le decía que el padre de mi hijo me daba muy mala vida, y le pedía ayuda. Esa vez se la envié con el servicio de entrega en mano, y también me la devolvieron.

Yo tenía ese asunto un poco aparcado. Un buen día estaba conversando con Liz y ella me dijo, «Marian, ¿por qué no lo intentas? ¡No tienes nada que perder!». Me decidí a llevar a juicio a mi padre biológico, para solicitar que reconociera su paternidad. En quince días ya tenía concedida la justicia gratuita. La abogada de oficio que me asignaron me llamó desde Zamora.

Mi intención no era llegar a juicio. Yo no quería sacarlo a la palestra, sólo quería hablar con él. Yo tenía necesidad de verle; de saber cómo era. Le propuse a mi abogada que acordase con su abogado siquiera media hora de encuentro los dos solos, en su despacho o donde fuese. Como no aceptó, seguimos con la demanda judicial.

El primer juicio fue en julio de 2017. Ese día le conocí físicamente. Aunque nos sentaron muy cerca, él no era capaz de mirarme a la cara. La jueza nos observaba todo el rato, para analizar nuestras reacciones. Él se refería a mí como «esa señora».

¡Yo sentía una impotencia...! Tenía necesidad de cogerlo, darle la mano, abrazarlo... ¡Era una cosa muy rara!

Yo me parezco mucho a él físicamente. Llevé fotos de cuando era pequeña y fotos actuales, en las que se demostraba ese parecido. Aquellas cartas con el matasellos de entrada en Correos y el sello de devolución fueron de gran utilidad. Lo ideal habría sido que mi madre diese testimonio, pero ella no quería. El testimonio de mi tía Juana desde Torrevieja por carta y por videoconferencia fue muy importante. Ella dio detalle sobre las visitas de mi padre antes de ir al servicio militar, y contó cómo mis abuelos y ellos habían tenido que criarme.

Mi tía recuerda que cuando yo era muy pequeña mi padre venía a verme casi todos los días. Ella tiene grabado en su memoria cómo era mi padre de joven, y que venía acompañado de un amigo suyo, y que me cogía en brazos con mucho cariño. Las visitas acabaron cuando se fue al servicio militar. Antes de marchar le dijo a mi madre que a su regreso vendría a buscar a mi madre y se casarían. Después no se supo más de él.

Perdí este primer juicio y recurrí. En febrero de 2018 se celebró el segundo juicio. Mi abogada aportó más argumentos y ofrecimos más detalles sobre mi infancia. Por ejemplo, conté que había nacido en una residencia de monjas en Madrid porque él no se hizo cargo de mí. Éste sí lo gané, y eso significaba que debía hacerse las pruebas de paternidad. Me presenté en el juzgado de Zamora el día convenido. Él no apareció. Si no quería hacerse las pruebas es porque sabía que era mi padre. ¡Así que yo había ganado la demanda!

Mi abogada luchó por mi todo lo que pudo. No esperaba ganarlo, porque era un caso muy difícil. Para mí ha sido una gran satisfacción; ha sido un gran triunfo que salga a la luz esa verdad que ha estado silenciada por décadas. Que se reconozca

que yo tengo un padre con nombre y apellidos ha sido un logro muy importante en mi vida, y me da mucha pena que mi abuela no lo haya visto. Aprovechando aquel viaje a Zamora fui al cementerio a contárselo. «¡Ay abuela, si vieras lo que he conseguido...!».

21. Tienes que avanzar

Para mí el amor es una enfermedad. Siempre lo he dicho. Se te pone la cabeza como un chivo; como un acordeón. Estás encochada con esa persona y quieres estar todo el día con ella, o a la inversa, ella contigo. Bueno, son fases.

Como él trabajaba fuera y el fin de semana lo pasaba de putas o donde fuese, la mayor parte de nuestro tiempo de convivencia yo estaba sola. Lo cierto es que no me daba por buscar otras relaciones. Nunca me dio por engañarle; no estaba yo en eso. Y tampoco he sido de meterme fácilmente en la cama con alguien. Yo tengo que querer a esa persona, tengo que enamorarme.

Me divorcié hace tres años va a hacer cuatro, y aún no he tenido una relación sexual con nadie. No la he buscado. Estoy trabajando de interna, ¡y tampoco es algo que me apetezca! Después de lo que me pasó con el padre de mi hijo parece que me he quedado anulada como mujer. Me da miedo intentar conocer a alguien y que le guste. Y me da pereza. A mí más que el acto sexual en sí me gustaban los abrazos, las caricias, ahora te doy la mano... Esas cosas sí que me gustan.

Mis amigas me intentan animar y mi hijo me dice que todavía soy joven, pero yo no estoy por la labor. Temo que ese hombre con quien me junte sea agresivo. Es uno de los miedos que

tengo. Ahora mismo no sabría llevar una conversación con un tío, y menos a solas, porque me sentiría insegura. No sabría qué decir ni cómo actuar. Por eso ni lo intento. Algunos conocidos me han hecho sugerencias pero yo no tengo interés; no quiero ni pensarlo.

Yo creo que mis abuelos se querían. Mi abuelo tenía mucho genio y mi abuela no se quedaba atrás. Esas eran sus mentalidades pero yo creo que se adoraban. Por mucho que *reñirían* siempre estuvieron juntos. Yo creía que el amor era eso que he visto entre ellos. Sin embargo el amor que yo he vivido ha sido otra cosa.

Cuando yo era pequeña mi abuela estuvo mucho tiempo ingresada en un hospital de Zamora; no me contaron el motivo. Mi abuelo tenía que salir a diario con las ovejas y yo me quedé en el pueblo con una tía mía, hermana de mi abuela. Cuando mi abuela regresó me llevaron de nuevo con ellos. Recuerdo que según llegaba de la escuela me asomé a la cocina y vi a mis abuelos besándose. ¡Nunca les había visto así! Yo corrí a las faldas de mi abuela y me puse a llorar.

Yo soy un poco fantasiosa. Me gustaría encontrar un hombre que me quisiera porque eso nunca lo he tenido. Que me quiera a mí con mis defectos y mis virtudes. ¡No sé cómo explicarlo! Un hombre que me mime, que me de cariño, que compartamos cosas... El dinero me da igual; yo no soy nada materialista. Y no encuentras hombres así; es muy difícil. Yo digo que... ¡No sé si me voy a hacer lesbiana!

Yo antes no quería que nadie supiera de mis asuntos. Claro que la gente se daba cuenta de nuestra situación. Igual él venía a buscarme a la panadería y estaba bebido. Como tenía tantos problemas no me apetecía hablar de eso y no me gustaba que lo *verían* así. Con el tiempo tomas conciencia de que eso no puede ser, de que tienes que avanzar.

Te das cuenta muy tarde de las cosas. Si yo *volvería* hacia atrás sabiendo todo lo que sé ahora, sinceramente... ¡No tendría ni hijos! Porque los hijos son para toda la vida y para sufrir. Es lo que me pasa, que mi hijo tiene problemas y que no vemos lo suficiente a su hija. Mi tía siempre me dice que mi hijo es no sé qué para mí. Y yo le digo que mi hijo es mi hijo y que yo estoy interna señor por él. Este señor a quien cuido me provoca ansiedad porque me vigila y se queja de todo, pero yo tengo que seguir ahí para ayudar a mi hijo. Me siento muy culpable de su situación y él me echa mucho de menos. Hablamos todas las noches y siempre me dice: «¡Ay ama, qué mal como, si *estaría* contigo... si me *harías* unas alubias...». «¡Ama, la ropa no la tengo como la tendría que tener!». No sabes lo que me abraza mi hijo cuando nos vemos, ¡lo mimoso que es!

Mi hijo me ha contado que una noche su padre estaba discutiendo conmigo y cuando vio que iba a pegarme le dio con un bastón que el padre usaba para caminar por el monte. Su padre se quedó paralizado. Imanol me dice, «pero ama, ¿tú no te acuerdas de eso?». Hay cosas que no recuerdo. Algunas vivencias, hoy en mi mente ya no están.

Hablo mucho con él sobre esto y yo sé que sufre todavía. «Ama, ¿tú recuerdas cuando mi padre se metía en mi cuarto borracho y se ponía a hablarme pegado a mí?». Mi hijo es muy aprensivo. En estas situaciones se ponía muy nervioso y vomitaba. Yo creo que todavía está descolocado por haber tenido que poner una denuncia contra su padre.

Hubo un tiempo en que no era capaz de levantarle la voz a mi marido. No tenía fuerzas. ¡Era una cosa rarísima! Si alguien me chillaba me quedaba como acojonada, me daba miedo contestar. Y además era supertímida. Si se me colaba la gente esperando la caja en el supermercado, me quedaba callada.

Tiempo atrás trabajé cuidando a una señora mayor en la calle Urazurrutia. Aunque ella tenía un carácter difícil, nos entendíamos bien. Pero llegó un momento en que yo no la aguantaba. Todos los días para llegar a su casa tenía que cruzar la ría por el Puente de San Antón. Mira que es ancho el puente, pero cuando pasaba me daban vértigos. ¡Parecía que se movía todo!

Esta señora iba al Bingo dos veces a la semana y yo tenía que acompañarla siempre. Me tenía cuatro horas metida ahí dentro y a mí me daba claustrofobia. Me ponía muy nerviosa. Yo me sentaba con ella y me tomaba un café, pero a los veinte minutos empezaba a sudar y me entraba un dolor en el pecho. Tenía que salir a fumarme un cigarro; porque yo, si no fumo me muero. Y ella se daba cuenta de que me encontraba mal.

Hoy en día todavía me pasan estas cosas. A veces estoy tranquila leyendo, oigo un pequeño ruido y ya me asusto. ¡Algo me pasa por dentro! Y sigo con vértigos. Cuando estoy limpiando la terraza de la casa donde trabajo me da la sensación de que me resbalo, de que se me va el cuerpo. ¡Como si me voy a tirar! Yo me agarro fuerte a la barandilla, limpio rápido sin mirar hacia abajo y entro deprisa. Con el estrés que estoy pasando, no quiero ni subir en ascensores.

Todo esto es para olvidarlo, ¡si es que algún día puedo olvidarlo! Porque yo me acuerdo de algunas de estas cosas todos los días. Y tengo mucha rabia. Sigo teniendo rabia porque ha habido situaciones en mi familia que casi nadie ha sido capaz de enfrentar. Muchas mujeres deberíamos dar a conocer nuestra vida para que nos reconozcan más. Sé que hay gente que cuando lea esto se va a quedar extrañada, porque no saben lo que yo he vivido. Yo quiero que me entiendan; que comprendan lo que soy ahora sabiendo todo lo que he pasado.

A veces pienso que en mala hora mis abuelos decidieron venir a Sestao. Que si nos hubiéramos quedado en el pueblo en Zamora no habría pasado nada de esto. ¿Qué gané con venir? Si te digo la verdad, a veces me entran ganas de coger la maleta y marcharme lejos a un sitio donde nadie sepa de mi; donde nadie me encuentre.

Estoy tomando menos pastillas que antes, por indicación de mi doctora. A mí no me gusta tener que medicarme. Duermo muy mal, a pesar de que tomo somníferos. Me despierto con mucha frecuencia. Y según me arropo con la manta y me acomodo acurrucada, siempre vuelvo a mi infancia. Lo primero que me viene a la cabeza son recuerdos del pueblo. Siempre voy de la mano de mi abuela, siempre pegada a su lado; las dos juntitas.

Mi abuela y yo subíamos al monte a llevarle la comida a mi abuelo. Él llevaba las ovejas allí y se quedaba a dormir en una cabaña cónica que se hacía con palos y con unas mantas de telar a rayas de colores. Mi abuela iba con un pañuelo negro a la cabeza y yo con un sombrero de paja trenzada.

Cuando caminábamos por el monte mi abuela siempre llevaba un palo y con el palo iba dando aquí y allá sobre la tierra y entre la maleza, porque decía que había muchas culebras. Me gustaba seguir a los saltamontes y atraparlos, y a las mariposas las cogía por las alas con mucho cuidado, porque yo no quería matarlas sino volver a soltarlas y ver cómo emprendían el vuelo y se alejaban.

CRONOLOGÍA DE MARIAN Y CONTEXTO SOCIAL

Fechas y edades aproximadas

HECHOS EN SU VIDA	EDAD
Marian nace en un centro religioso de Madrid Con seis meses la llevan a La Hiniesta	
Marian hace la Primera Comuni3n	7 a1os
La madre de Marian se casa	8 a1os
Marian emigra a Sestao con sus abuelos	9 a1os
Marian estudia y trabaja en internado en Bilbao	12 a1os
Marian sale del internado	16 a1os
Marian trabaja interna en Zorroza (Bilbao) Deja el trabajo por abusos de su jefe	17 a1os
Marian en Fuenlabrada (Madrid) con su madre Trabaja interna en Barajas (Madrid)	18 a1os
Marian regresa a Sestao con sus abuelos Trabaja externa en Neguri (Bizkaia)	18-20 a1os
Marian conoce a Josu, su futuro compa1ero	20 a1os
Marian da a luz a su hijo Imanol en julio Siguen viviendo con sus abuelos	21 a1os
Marian, Josu y su hijo viven juntos Josu le da una paliza a Marian Es hospitalizada y vuelve con sus abuelos	21 a1os
Marian vuelve a vivir con Josu	25 a1os
Marian pide ayuda econ3mica en C1ritas	26 a1os
Marian trabaja externa con una familia de Bilbao	27 a1os

FECHA	CONTEXTO SOCIAL EN ESPAÑA
1966	Etapa desarrollista de la dictadura franquista
1973	
1974	
1975	Muere el dictador Francisco Franco
1976	Referéndum para la continuidad de la monarquía
1978	Constitución de 1978
1982	
1983	
1984	
1984-1986	
1986	España entra en la Comunidad Económica Europea
1987	
1987	
1990-1991	
1992-1993	
1993-1998	

HECHOS EN SU VIDA	EDAD
Marian trabaja como auxiliar domiciliaria en Sestao	32-35 años
Fallece el abuelo de Marian	34 años
Marian trabaja en la limpieza en Cocacola A veces hace segunda jornada en Eroski o Artiach	35-43 años
Denuncia por maltrato, orden de alejamiento Marian es despedida de su trabajo Fallece la abuela de Marian	43 años
Marian vuelve a vivir con Josu	44 años
Marian trabaja en una tienda de golosinas	45 años
Marian trabaja en una panadería y cuidando a una mujer mayor	46-48 años
Marian denuncia a Josu por amenazas Se impone a Josu orden de alejamiento	48 años
Marian solicita una renta social en Lanbide. Berri Otxoak denuncia que no la reconocen como víctima de violencia de género	48 años
Marian pide el divorcio	49 años
Marian trabaja interna en hogar y cuidados	49-53 años
Marian demanda reconocimiento de paternidad	50-52 años

HISTORIA DE MARIAN

FECHA	CONTEXTO SOCIAL EN ESPAÑA
1995	Ley 35/1995, de 11 de diciembre, de Ayudas y Asistencia a las Víctimas de Delitos Violentos y Contra la Libertad Sexual
1998-2001	
2000	
2001-2009	
2003	Ley 27/2003, de 31 de julio, reguladora de la Orden de Protección de las Víctimas de la Violencia Doméstica
2004	Ley Orgánica 1/2004, de 28 de diciembre Medidas de Protección Integral contra la Violencia de Género
2007-2016	Crisis financiera global por colapso de burbuja inmobiliaria En España aumenta el paro y se reducen servicios públicos y garantías laborales. Se produce tímida mejoría a partir de 2016
2009	
2010	Se crea Lanbide, Servicio Vasco de Empleo
2011	
2012	Primera apertura de diligencias judiciales en España por el robo de una bebé
2012-2014	
2014	
2014	
2015	
2015-2019	
2016-2018	
2018	La Ley de bebés robados es admitida a trámite en el Congreso

FOTOGRAFÍAS DE LA VIDA DE MARIAN



Mi madre
en Madrid.

Estoy en brazos de mi madre, en una era que había detrás de la casa de mis abuelos. Ahí era donde trillaban. A la izquierda está mi tío Ángel y a la derecha mi tía Juana. Yo tendría un año y pico, y acababa de pasar la difteria. El perro es uno de los que tenía mi abuelo para cuidar de las ovejas. Esta foto sería cuando enfermé y mi madre vino a visitarme.



Estoy con mi abuela
en la parte trasera de
la casa, merendando
pan con manteca.
Sentado en un
banquito está mi
tío Ángel.



Aquí tendría yo cinco o seis años. Estoy en el patio de la casa de mi abuela. Delante mío, a la izquierda, hay una pila chiquitina de piedra que me hizo mi abuelo para jugar. Yo cogía a los pollos y los lavaba en esa pilita. ¡Los quería bañar y los ahogaba! Mi abuela se enfadaba mucho. En la parte de atrás se ve el pilón o lavadero.



Es en la parte trasera de la casa de mis abuelos. Se ve una puerta de madera con unos remaches muy grandes. Están dos primos míos, hijos de mi tía Paca, que viven en Zamora: Manuel, el que tiene el perrito, y Miguel Ángel, a mi izquierda. Yo estoy abrazada a Miguel Ángel. Detrás nuestro, junto a la puerta de la casa, se ve a mi tía Juana. Y al fondo se ve un carro de madera y el taller de carpintería de un vecino nuestro.



Estoy con mi tía Juana, que tendría veintipocos años, mi tío Ángel (con un perrito en los brazos) y mi abuela, que se la ve muy contenta. Yo tendría unos cinco o seis años. Mi tía Juana ya vivía en Sestao y trabajaba sirviendo. La foto se haría con ocasión de una visita.



De comunión, con siete años, en la puerta de la casa de mi abuela. Detrás mío se ve la cortina mosquitera que mi abuela ponía en la puerta.

Las flores que tengo son unas rosas blancas que me trajo mi abuelo; no sé dónde las cogería.



En el río Duero, junto al Puente de Hierro de Zamora capital. Detrás están, de derecha a izquierda: Ángel, en bañador, Claudino (el marido de mi tía Francisca, hermana de mi madre, que falleció hace poco), mi tío Jose y Martín, un amigo suyo de Sestao. Ellos ya habían emigrado; estaban en Zamora de vacaciones. Después están mi tía Paca (Francisca) sentada de rodillas y su hijo Miguel Ángel, arrodillado en el lado derecho. El que casi no se ve puede ser mi primo Manuel. Junto a mí están Mari Mar, que vive en Londres, y Ramón, que vive en Portugalete. Ambos son hijos de mi tía Manuela, la que está en primer plano, que le da el sol en las piernas. Yo tendría siete años; sería hacia 1973. Se me ve feliz.

La típica foto que nos hacían en el colegio, con seis o siete años.



En casa de mi tía Manuela, poco después de llegar con mis abuelos a Sestao. Los que aparecemos en esta foto vivíamos junto con los abuelos. En la fila de atrás están mis tíos Ángel, Juana y Jose. En la fila de en medio, mi tío Miguel, mi abuelo Miguel y yo, con esa falda escocesa que no podía ni ver. Delante, mi prima Mari Mar, mi abuela Felisa y mi primo Ramón, hermano de Mari Mar. Mari Mar y Ramón son los hijos de Manuela.



En la calle Rivas de Sestao. Nosotros vivíamos en el 52 de esa calle. Estoy en cuclillas con Rebeca, la hija de mi tía Juana. No recuerdo quién es la otra niña. A la izquierda de mi abuelo está mi tío Ángel y a la derecha Lali (Ángela), que entonces era su novia. Se me ve feliz, rodeada de gente que me quería. Detrás se ve la puerta del bar de mi tía y un poco más allá otro bar donde paraban los trabajadores de Altos Hornos. A la altura de la señal están las escaleras por donde bajaban a la fábrica.

Con mi hijo de unos quince días, en casa de mi tío Jose. Era el cumpleaños de su hija Susana (mi prima), la niña que aparece en la foto. Recuerdo que hacía mucho calor, ¡y a mi niño yo le había puesto un pijama! Llevo un collar con perlititas blancas, que me lo regaló mi madre cuando vino a verme a los quince días de nacer el niño.





Mi hijo en la piscina, hacia 1994, con su grupo de natación en el polideportivo de La Benedicta. Está en el centro del grupo de niños sentados. Consiguió el diploma de natación a la tercera. No se atrevía a tirarse ni a la de tres y un día en que vino su padre a verle se motivó y se tiró sin pensarlo más.



Mi hijo con el equipo de futbito El River de Sestao, hacia 1994 ó 1995. Es el segundo por la derecha, que está en cuclillas.



Mi abuela en el año 1986, en la comunión de su nieta Rebeca. Celebraron la comunión en la terraza del piso de los padres de Rebeca, en la comunidad donde trabajaban de porteros.



Mi abuelo en la terraza del piso,
ese mismo día.

Mi abuela, con ochenta y pico años.
Mi abuela se quemó la cara de muy
joven, porque se cayó en la lumbre.
Ella era muy morena, y cuando le daba el
sol en verano se le notaban las marcas.





Denuncia frente a unas oficinas de Lanbide en Barakaldo en la mañana del 4 de mayo de 2015, convocada por la Plataforma Berri Otxoak. Fotografías facilitadas por Juan Carlos.



Marian Fernández en el local de Karmela, durante una de las entrevistas. Bilbao, febrero de 2019. Foto de Beatriz Díaz.

Salía del negro desfiladero. La verdad es que ya había salido de él más de una vez. Y seguiría saliendo.

Las mismas verdades habían sido reaprendidas varias veces. Pero la experiencia era acumulativa: el paso, a la larga, se iba haciendo más seguro; el ojo veía más allá en ciertas tinieblas; el espíritu comprobaba al menos ciertas leyes.

MARGUERITE YOURCENAR
Opus Nigrum (1968)

Historia de Majdou

1. En el pueblo son una sola familia	121
2. Los casaron de niños	125
3. Un colegio de lujo	127
4. Un lápiz siempre en la mano	132
5. Me sacó de la escuela	134
6. Mi padre se va a Gibraltar	137
7. Quería quitarse la vida	141
8. Encargos del curandero	144
9. Siempre encerrada en casa	146
10. Trapitos sucios escondidos	152
11. Como una muñequita	154
12. Muchos quieren aprovecharse	156
13. Cuando un hombre viene a casa	159
14. Enamorados ciegamente	162
15. Sientes que no vales	166
16. Cuidaba de sus hermanas.....	168
17. Soy una buena cantante	171
18. Visado para Europa	174
19. Nunca me pagaba todo	177
20. Un encargado muy amable	180
21. Deseando conocer Marruecos	183
22. Él me insistía y yo volvía	186
23. Se me pone la piel de gallina	190
24. Hortensias para mi tristeza	193
25. Nuevas amigas me ayudan	199
26. Mi madre tiene cáncer	203
27. La enfermedad de Hanane	208
28. Le dije todo a la cara	212
29. Tengo derecho a una ayuda	215
30. ¿Por qué tengo que aguantar?	219

1. En el pueblo son una sola familia

Me llamo Majdouline, pero me llaman Majdou. Tengo 60 años y vivo en Getxo. Nací en Atrafa, un pueblo de Chaouen, Marruecos, y he vivido en Bouanan y en Tetuán. Cuando me fui a España viví y trabajé en Marbella (Málaga) y en Getxo (Bizkaia). He trabajado siempre como empleada de hogar en casas de familias ricas y cuidando a personas mayores. Con mucho esfuerzo durante toda mi vida he ayudado a mi madre y a mis hermanos y hermanas para que pudieran salir adelante.

Yo siempre soñaba con proyectos personales: venir a España, comprar varias máquinas de coser y montar un taller en Marruecos... O trabajar como música y cantante. Y al final no he hecho nada. Siempre estaba apoyando a alguien de mi familia y aplazando lo mío para después.

A medida que pasan los años cada vez estoy más triste y además la menopausia me vino muy fuerte. Yo siempre tenía una sonrisa en la cara; esa sonrisa se me ha ido perdiendo por todo lo que he pasado y guardo en los ojos la tristeza. Yo procuro pensar en el mañana y busco la forma de estar bien. Sé que soy una mujer fuerte: cuando me caigo me levanto. La música me ayuda muchísimo; para relajarme la escucho muy alto con los cascos puestos. Pero últimamente me da miedo quedarme tirada en la calle. Eso cada vez me preocupa más.

Hasta hace poco yo trabajaba por horas en casa de una chica alemana en Getxo. Éramos como amigas, cada una tenía sus problemas: yo sacaba todo lo que sentía y ella también lo sacaba. Nos apoyábamos y eso me hacía sentirme bien. A pesar de todo lo que vivimos juntas nuestra relación acabó porque no quiso pagarme todo el trabajo que le hice. A ella no le faltaba el dinero pero prefería destinarlo a otras cosas.

Llevo tiempo pensando en escribir mis memorias y ahora he visto la oportunidad. Siempre he sido muy vergonzosa. Muchos sucesos que explico aquí nunca se los he contado a nadie. Los he guardado durante años porque no tenía una persona de confianza que me escuchase. Al hablar de mi vida he sacado vivencias que tenía muy olvidadas. Y a veces me he puesto muy nerviosa.

Yo nací en 1960 en un pueblito llamado Atrafa que está junto a Bab Taza, cerca de Chaouen³¹. Mis abuelos paternos y mi padre son de ese pueblo, y ahí también vivían unos tíos de mi padre. Recuerdo que algunos vecinos nuestros eran familias del Rif que habían tenido que salir de sus pueblos por la sequía. Ellos hablaban *shilha*, pero ya los hijos y los nietos han perdido esa lengua.

El pueblo de mi madre es Chebarin. Su mi familia procedía de otro pueblito más arriba en la montaña llamado Bouhala y bajaron al valle para poder hacer pozos y cultivar³². En Chebarin sólo había familiares. Todos son la misma familia, tienen el mismo apellido y a veces se casan entre primos o sobrinos. Había algunas familias de apellidos diferentes: eran los que no tenían sus tierras y trabajaban para otros. Mi familia tenía gente que cuidaban de sus animales y trabajaban sus tierras, y dormían en la casa familiar. Habían venido de otras aldeas en busca de trabajo y con el tiempo también se quedaron en el pueblo. Yo recuerdo que cuando era niña estas familias me parecían demasiado pobres.

31 Bab Taza está en la provincia de Chefchaouen (Cahouen o Xaouen), en la cordillera del Rif, y a los pies del pico Akra, de 2.160 metros de altitud. En la actualidad Bab Taza tiene unos 5.000 habitantes. La comuna rural o municipio, que abarca muchas pequeñas poblaciones, tiene unos 28.000 habitantes.

32 En el mapa del Marruecos actual Bouhala figura como Boukhalled o Bou Khalled.

La palabra árabe *chebarin* o *shabari* en castellano significa atrapar, agarrar³³. Por ejemplo, se usa cuando un niño se escapa y lo atrapan. Yo creo que el pueblo tiene ese nombre porque durante el protectorado español ahí había una aduana. En ese tiempo en Bab Taza había muchos cuarteles con un paso controlado. La gente no podía trasladarse sin el permiso del gobierno. Mi madre y mi abuela me contaban que unos tíos de mi madre que eran muy inteligentes para su época, estaban en la política porque no estaban de acuerdo con la ocupación. Se llamaban *mouaridin* (opositores). Por ese motivo uno de mis tíos fue asesinado³⁴.

El pueblo consistía en unas pocas casas con paredes de barro mezclado con paja, es decir, adobe (*al dob*). Y arriba la azotea o *tziriba*. La casa tradicional son dos piezas. Una pieza es la casita donde se duerme, que se llama *lbit*. Dentro de *lbit* hacen un *doukana* junto a la pared, que es como el sofá. Lo hacen también con adobe. A veces a esta casita le ponían una segunda planta que le llaman *lgorfa* y unas escaleras, todo hecho de adobe. Esa planta la usa un hijo que se casa o un padre que necesita tranquilidad.

33 El árabe coloquial que se habla en Marruecos, llamado *darija* por sus hablantes, es una variante con influencias principalmente del *amazig*, del árabe andalusí, del francés y del castellano. A pesar de que no es lengua oficial se habla en la calle, en los medios de comunicación y en la administración a nivel oral. También se usa en creaciones culturales como poseía, canción y teatro.

34 La ocupación colonial de España en Marruecos entre 1912 y 1956, que tomó el nombre de protectorado, abarcaba en el norte el Rif y Yebala, y en el sur del país la actual provincia de Tarfalla. La administración colonial no se creó hasta 1927, cuando acabaron las guerras de resistencia del Rif.

Al lado de *lbit* hay otra casa de adobe donde se cocina, *ldar del naar*, que significa «la casa del fuego». Se llama así porque ahí está el *kanoun*, donde se hace el fuego de leña. El *kanoun* es un agujero en el suelo con un aro de adobe y tres *ainin* o puntos de apoyo para la olla. En un lado del *dar del naar* ponen la leña para que no se moje, y al fondo estaban las vacas y el pesebre donde les echaban la comida.

En algunas casas los techos se hacían con palos largos de algún árbol, y en transversal colocaban cañas del río cosidas con cuerda de palmito (*ldoum*). Así era la casa de mi abuela. También sacan la hoja del palmito para hacer escobas. Como los techos son de ramas, la gente se cuida mucho de que no haya fuego. Con el tiempo empezaron a poner placas de zinc sujetas con unos palos.

Para cocer los alimentos tenían un *stal* o caldero grande de hierro (*al maden*) de color dorado. Y las lentejas y la carne las guisaban en otra pieza de *al maden* con dos asas llamada *al borma*. Tenían una tetera grande para calentar el agua. Estas ollas estaban negras por fuera del contacto con el humo y el carbón. Usaban cucharas o *mogrof* talladas por ellos mismos en madera de *tro* (lentisco). En el sur de Marruecos lo dicen con *de, dro*; nosotros lo pronunciamos con *te*. Y en una artesa de barro muy grande amasaban el pan, que duraba muchos días.

Para preparar la mantequilla y el *lben* (la leche agria) usaban una calabaza muy grande vaciada y limpia. Todavía lo hacen así en algunos sitios. Después de reposar la leche unos días en el cubo la echan en la calabaza, la cubren con una gasa blanca limpia, la tapan con un corcho y la meten en una bolsa de cuerda tejida. Esta bolsa se cuelga y se balancea hasta que la mantequilla se separa y sube. La parte líquida que queda es el *lben*.

Mis abuelos maternos tenían ganado, cultivaban olivos, sembraban trigo y hasta cosechaban miel. De animales tenían chivos,

cabras, vacas... Cada uno su parcela con un poco de uvas, higos, algo de peras, las ciruelas cuando viene la primavera... Y un huerto con verduras como habas, pimiento, tomate, cebolla... ¡De todo un poco!

En el pueblo la gente trabajaba ayudándose siempre que hacía falta. Cuando tocaba la siega del trigo trabajaban juntos todos los vecinos. Hoy toca mi tierra, terminamos con mi cosecha y mañana vamos contigo. Así hasta que todo el trigo está segado. La familia del terreno que tocaba cosechar mataba un chivo y cocinaba para todos los vecinos. El trigo lo molían por turnos en los molinos de agua de un pueblo cercano que tenía río.

2. Los casaron de niños

Mi abuela materna siempre nos contaba la misma historia, la pobrecita. Mi abuelo no tenía suficiente con mi abuela y se casó con otra mujer. Añadió una habitación para vivir con la nueva mujer; una puerta frente de la otra. Mi abuela se alegró de que cogiese una segunda mujer. Así ella no se veía obligada a cumplir con mi abuelo. Se quedó más tranquila y siguió viviendo en su casa ella sola.

Para gestionar las cuestiones de la casa mi abuelo entraba a la casa de mi abuela, que era su casa también. Y estaba pendiente de los animales. Y para comer y por la noche siempre aterrizaba con la segunda mujer. Yo no veía que mi abuela se quejase de esto. Cuando llegábamos de vacaciones igual se mataba un animal y lo cocinábamos, entonces mi abuelo cogía su parte y se lo llevaba para comerlo junto a su otra mujer.

Una tradición de mi pueblo dice que no debes tomar comida en la boda de tu padre. Mi madre decía que tuvo mala suerte en su vida porque comió en la fiesta de la boda, cuando su padre se casó por segunda vez. Ella no me dejaba comer el estómago del pollo

porque decía que me haría más miedosa, ni el páncreas del cordero. Y explicaba que las mujeres no podemos comer los órganos del cordero porque nos da mal olor al sobaquillo. Yo he crecido con esas ideas de mi madre.

El padre de mi padre, que era de Atrafa, se murió de repente durante la siesta. Sería de infarto, pero en esa época no se hacía autopsia. Mi abuela quedó viuda muy joven y con dos hijos, una niña y un niño. Para evitar quedarse sola, casó a sus dos hijos rápidamente. Si esperaba a que crecieran ellos podrían escoger casarse con alguien muy lejos de su pueblo.

Mi padre se llamaba Karim y tenía doce años cuando le casaron. Aún no tenía barba. Era un niño rebelde y siempre fue problemático con su madre. Cuando fui creciendo escuché muchas historias sobre él. Mi madre se llamaba Mina y aún no tenía la regla cuando la casaron. Mi padre y mi madre jugaban juntos. ¡Eran unos niños y no sabían nada de la vida! Esto lo hacía mucha gente y es un gran daño para los hijos. ¡Deja que tu hijo crezca y que busque la mujer que quiera!

Somos diez hermanos. Dicen que cuando la mujer da pecho no se queda embarazada. A los últimos niños mi madre no les dio el pecho y quizás por eso ella se quedaba muy pronto embarazada. La mujer pierde mucha sangre en los partos y necesita descansar para recuperarse. Además antes no había cuidados médicos; entonces, ¿cómo iba a tener mi madre leche para alimentar a sus hijos? ¿Cómo iba a tener fuerzas para sostenerse?

Un familiar, alguna amiga o las vecinas ayudaban a mi madre en los partos. En su último parto la atendió su hermana mayor. Cuando nacieron mis hermanos más pequeños yo estaba allí cerca: yo era como la auxiliar que ayuda a la matrona y después lavaba a mano toda la ropa llena de sangre del parto. Porque uno de mis trabajos en casa era lavar. Yo limpiaba las primeras cacas; esas cacas

verdes tan raras que sueltan los bebés. Y lavaba la ropa de los vómitos del bebé después de sus primeras tomas.

Los primeros cinco hermanos nacimos en Atrafa: mis dos hermanos mayores, yo, Karim y Fátima. Mi hermana Fátima murió muy pequeña; no sé de qué murió. De mi vida en el pueblo tengo pocos recuerdos. Mi padre pegaba mucho a mi madre. ¡Le dio buenas palizas! Nosotros éramos muy pequeños y no entendíamos lo que pasaba. Guardo en la memoria imágenes de la habitación donde dormían, y recuerdo a mi madre trabajando para mi padre como una esclava. Ella iba, venía, calentaba el agua para que él se bañase... Y mi padre siempre gritando a mi madre, «¡yibi...! ¡ari! ¡traeme tal cosa...! ¡dame tal otra!».

3. Un colegio de lujo

A mi padre no le gustaba la vida en el pueblo. Un tío suyo que tenía un negocio de corcho le consiguió un trabajo como portero en un colegio recién inaugurado en Bouanan, un pueblo a las afueras de Tetuán. El edificio del colegio había sido la casa de juntas de los representantes de los pueblos de la zona. Se llamaba *jamaa al karaouin*. *Jamaa* significa junta o asamblea y *karaouin* significa de los pueblos. Cuando se marcharon los ocupantes españoles y entró el rey, aprovecharon ese edificio para hacer un colegio de tres cursos³⁵.

35 Marruecos proclamó su independencia en 1956. Tanto Francia como España dejaron de tener presencia militar, política y económica paulatinamente a partir de esa fecha. El colegio de Bouanan debió de inaugurarse hacia el año 1966, pues Majdou tenía entonces unos 6 años.

OCUPACIÓN COLONIAL DE MARRUECOS	
1906-1907	Conferencia de Algeciras: Pacto europeo sobre la ocupación de Marruecos Comienza ocupación francesa y española de Marruecos
1911-1927	Guerras del Rif: sublevación contra ocupación colonial en Marruecos
1914-1918	Primera Guerra Mundial
1923	Se asigna a Tánger el estatuto de Ciudad Internacional
1927	Comienza el sultanato de Mohammed V Tetuán es la capital de la administración colonial española
1936-1939	Guerra en España e instauración de dictadura
1940-1945	Segunda Guerra Mundial Aprovechando la debilidad de Francia Franco ocupa Tánger
1953-1956	Toman fuerza los movimientos por la independencia de Marruecos Tras la independencia en 1956 España continúa ocupando Sahara e Ifni El sultán Mohammed V y su hijo Hassan II regresan a Marruecos

Primero se trasladó mi padre. Después llegamos mi madre y yo con el pequeño. A mis dos hermanos mayores los dejaron en el pueblo con mi abuela, porque ella no quería quedarse sola. Mi madre lloraba por tener que separarse de sus hijos. Poco después mi hermano mayor se escapó y se reunió con nosotros y ya trajeron también al segundo.

El colegio se inauguró al poco tiempo de llegar nosotros al pueblo y entramos todos los niños de los pueblos cercanos. Tenía

unas instalaciones muy modernas, a diferencia de otros colegios de la zona. Era un lujo para aquella época. Tenía luz eléctrica y agua corriente. Para aprovechar más la luz las paredes estaban acristaladas. Alrededor del edificio había una acera, luego grava, y un pequeño talud con una planta que le dicen diente de elefante. Era un sitio con muy buenas vistas al mar y a la ciudad.

Había tres clases, una por cada curso: primero, segundo y tercero; y la porra o *siraba* donde jugábamos, que aquí le llaman el patio. Tenía una guardería para los más pequeños con mesitas redondas y taburetes de madera. Había varios baños y duchas, lavaderos, un hall muy bonito y un lugar para manualidades. Manualidades era enseñar labores: hacer jerséis de punto, hacer *croché* o ganchillo, punto de cruz, bordar a mano con bastidor, coser a máquina, pintura...

Hacíamos turnos para atender el huerto con la ayuda de los profesores. Recuerdo que contábamos con muchas herramientas para trabajar la tierra. La palabra Bouanan tiene que ver con el agua; cuando llovía salía el agua hasta bajo la tierra y a mí me encantaba llenar la garrafa o regadera de plástico con ese agua que brotaba del suelo y regar el huerto del colegio³⁶.

Ese lugar está en el monte. Allí sólo había bosque, naturaleza, hierbas de todos los tipos... Había pino y había eucalipto. Había *rtam* (retama), cuyas ramas usamos para hacer escobas (*shtaba*). Había *doum* (palmito) de donde cogían *joumara*. *Joumara* es el cogollo de la planta, que se comía como chuchería y lo vendían los campesinos en puestos de carretera. Y había *tro* (lentisco). Cerca del colegio cultivaban un planta de flores de color rosa que se usaban en

36 Bouanan en el mapa figura como Bou Ainin. *Ainin* significa «los manantiales».

la confección de ropa. En el tiempo de la cosecha traían a muchas mujeres en camiones para trabajar en los campos y las flores se llevaban a una fábrica en Tetuán. Su dueño era el padre de Benet, un rico empresario de Tetuán.

Nuestra casa estaba en el mismo edificio de la escuela. Eran dos habitaciones: en una dormíamos y la otra se usaba como cocina y comedor del colegio. Los profesores y profesoras venían por la mañana desde Tetuán en un autobús de la empresa La Valenciana que hacía esa ruta³⁷. Ese colegio supuso una nueva experiencia tanto para nosotros como para los profesores; por eso nos apoyábamos unos a otros. Vivíamos todos juntos como una sola familia. Si pedían un té les servíamos el té. Si querían agua, «toma, aquí está el agua». Si necesitaban una medicina, lo mismo. En el colegio siempre había pastillas de Optalidón³⁸ y pomada antibiótica para los ojos, que el profesor nos ponía periódicamente. También nos tomaban muestras de sangre.

Yo empecé a estudiar con unos seis años. En primero y segundo de primaria enseñaban en árabe y en tercero se empezaba también con el francés. Mis hermanos habían estudiado el *cor 'an* en la mezquita del pueblo. Sabían leer y escribir, que escribían con una pluma de caña y una tinta especial sobre una tablilla de madera o *loub*. Los que sabían escribir su nombre y firmar, como mis hermanos, pasaban a segundo directamente.

37 La empresa de autobuses La Valenciana tuvo implantación a partir de los años 30 del siglo XX en recorridos que unían Sevilla y Cádiz, en el Norte de Marruecos, y en enlazando rutas de ambas orillas. Actualmente La Valenciana forma parte del grupo Linesur y aún tiene servicios en estas áreas.

38 Optalidón grágeas tiene como principios inmediatos cafeína y propifenazona. Actualmente su comercialización está suspendida.

Jugábamos mucho al fútbol. Conseguíamos una pelota donde fuera y si se rompía la rellenábamos con trapos. Los chicos que venían de otros pueblos se quedaban por la tarde para jugar al fútbol. Yo recuerdo que tenía todas las piernas golpeadas de las caídas, porque en el recinto no había césped sino cemento.

El profesor de primer curso, llamado Al Bakhali, era un cacho de hombre. El de segundo se llamaba *si* Abdesalam, que es como decir señor Abdesalam; es una forma de respeto. Era *imam* y tenía mucha formación en religión, en lengua árabe y en derecho. Recuerdo que era un buen hombre, muy salado y muy sonriente. Empezaba a contar historias de religión y los niños se quedaban dormidos, pero él tenía mucha paciencia. Dos veces al día nos mandaba lavarnos para rezar³⁹.

Por la mañana nos daban el desayuno en el comedor escolar: una rebanada de pan con aceite. Era un aceite muy claro que venía en unas latas cuadradas grises de color plata con letras negras. Tiempo después traían en grandes sacos otros alimentos de Estados Unidos: mantequilla, leche en polvo y huevos en polvo para hacer huevo revuelto como hacen los americanos hoy en día; que lo veo en sus películas.

Cuando yo era pequeña el pan se llamaba *comera*. Lo hacían en Tetuán y lo traían por la mañana en un coche. Mi padre se encargaba de preparar la leche y de cortar el pan y untarlo con mantequilla. También tomábamos una grasita de una flor (*zahara*) que venía en un bote. En el almuerzo tomábamos lentejas, alubias... y hasta bacalao seco y salado, que llegaba de Noruega. Otras comidas las enviaba el gobierno de Marruecos.

Cocinábamos con butano. No se me olvidará que un día muy de mañana mi padre estaba preparando el desayuno de los alumnos,

39 Se refiere a las abluciones o purificaciones rituales antes de la oración.

una bombona no quería abrirse y él forzó la llave. Como estaba con el cigarro en la mano se prendió llama y se incendió todo. Mi padre respondió con rapidez: nos despertó, rompió la ventana y empezó a sacar las mantas, las camas y todas las cosas de valor afuera. A pesar de que era un día de llovizna, recuerdo unas llamaradas terribles. Aún guardo la imagen de los arcos de madera de las ventanas ardiendo. Los estudiantes mayores vinieron a ayudarnos y los niños escapamos al bosque para protegernos. Los bomberos vinieron en cuanto mi padre les avisó. Todo quedó muy triste.

4. Un lápiz siempre en la mano

Mi hermano Rayan y mis hermanas Amal y Hanane nacieron en la casa de Bouanan. Como vivíamos dentro del edificio del colegio, cuando mi madre no cerraba la puerta escuchábamos todo lo que se hablaba en las clases. Siempre estábamos entre profesores y estudiantes, que andaban con la libreta en la mano. Amal era una niña muy guapa y muy inteligente, que se crió en ese ambiente de escuela. Desde muy chiquitina, antes de hablar, ya iba con un lápiz en la mano. Cogía un papel y hacía como si leía y escribía, «ba ba, ma ma».

En las vacaciones escolares viajábamos al pueblo. A mi no me gustaba mucho. Me daba miedo de los animales, de las culebras, los sapos y los escorpiones. Lo pasaba fatal con los bichos. Siempre íbamos a Atrafa, a casa de la madre de mi padre. Con ella éramos felices. A mi abuela le encantaba cocinar, le gustaba hacer postres y no era mandona. Cuando Amal era pequeña y fuimos a Atrafa, la niña andaba por la casa de la abuela con su papel y su lápiz en las manos. La esposa de uno de mis tíos le preguntaba a mi madre, «¿dónde te ha aprendido a leer?». Y le decía, «¡ay, qué niña más guapa!». Porque mi madre cuidaba

muy bien a sus bebés; los lavaba y los vestía de primera aunque hubiese poca agua y aunque faltase el dinero.

Esa mujer tenía envidia de mi hermana pequeña y le echó mal de ojo. Yo no creo en esas cosas pero quién sabe. Dicen que de la noche a la mañana Amal enfermó de la garganta y no podía respirar. ¡La niña se ahogaba! Yo tendría unos diez años y lo recuerdo como si fuese ayer. En el pueblo no había médicos. Mi abuela se fue caminando montaña arriba en busca de un santo de esos que escriben cosas y las preparan para colgar en el cuello al niño, y te dan también algo para beber. Mi abuela ya era muy mayor, el camino era largo y tardó mucho en regresar. Cuando llegó ya la niña estaba en el otro mundo. Para mi madre fue el verano más oscuro de su vida. ¡Vas al pueblo a descansar y dejas allí enterrada a tu hija pequeña!

Ahora mismo somos siete hermanos vivos. Mi madre no sabía cómo evitar quedarse embarazada. Las profesoras de la guardería y de manualidades en el colegio de Bouanan venían de la ciudad y eran moriscas; tenían una vida más moderna y estaban más preparadas⁴⁰. Ellas le enseñaron a mi madre cómo tomar pastillas para no quedarse embarazada. ¡Si no es por ellas habría tenido veinte hijos!

40 En el siglo xv Tetuán fue lugar de refugio de familias andalusíes procedentes del reino nazarí de Granada. Posteriormente también llegaron allí los judíos sefardíes expulsados de Aragón y de Castilla. En los inicios del siglo xvii la ciudad fue uno de los principales destinos del exilio de los llamados moriscos, los últimos musulmanes españoles, expulsados por Felipe III de España. Majdou explica sobre las mujeres moriscas: «Las familias de esas chicas vinieron de España hace mucho tiempo. Viven en el casco viejo de Tetuán. Las moriscas están unidas por la lengua española y estudian español. Su actitud y su sonrisa tan abiertas son diferentes a las de la mujer marroquí. Tienen una vida distinta, son más libres y saben más».

Mi padre nunca cocinaba. Si él estaba en casa cuando mi madre daba a luz, hacía el pan y atendía un poco a los niños. No tenía más remedio. Mi hermana Hanane nació en 1970, cuando acababa de nacer un hijo del rey de Marruecos Hassan II⁴¹. Era también el aniversario del trono del rey. Por eso le impusieron ellos el nombre; nosotros no pudimos decidir.

El gobierno organizaba las circuncisiones de los niños: cada año llegaban los médicos al colegio y todas las familias de la zona traían a sus hijos para circuncidarlos. Cuando llegaron aquel año mi madre acababa de dar a luz a Hanane. Mi padre quiso aprovechar y circuncidar a mis dos hermanos pequeños, Rayan, que era un crío, y Karim. A Karim le hicieron mal el corte y se le infectó. ¡El niño necesitaba mear y no había manera! Menos mal que nos ayudó un médico español que trabajaba en el Ayuntamiento de Tetuán.

Me viene el recuerdo de mucha sangre: la sangre de mi madre tras el parto y la sangre de los niños recién circuncidados. A mi madre no le gustaban los planes y las decisiones que tomaba padre. A medida que pasaban los años estaba cada vez más indignada. «¡Yo estoy aún convaleciente del parto y tú decides circuncidar a los niños! ¡Mis dos niños recién circuncidados y yo no tengo fuerzas para cuidarlos!».

5. Me sacó de la escuela

Después de los tres cursos en el colegio de Bouanan seguíamos estudiando en una escuela en Torreta, un pueblo que estaba un poco más abajo, junto a la parada del autobús La Valenciana.

41 Con la independencia de Marruecos en 1956 Hassan II regresó del exilio junto a su padre, Mohammed V. En 1961, tras la muerte de su padre, Hassan II heredó su puesto.

Era una zona con mucha agua donde había un palacete de estilo español que había pertenecido a un *oomda* o gobernador. Esta casa, que se llamaba Aash Aash, era muy moderna para aquel tiempo, con televisor y todo, y el gobierno la había convertido en un internado donde dormían las chicas que venían de otros pueblos a estudiar. En árabe a ese tipo de internado le decimos *al maiti*.

Hasta entonces nosotros sólo habíamos escuchado hablar en árabe y en castellano. El rey empezó a decir que los del norte de Marruecos, que habíamos sido españoles, teníamos que estudiar francés. Entonces los sábados por la mañana aprendíamos matemáticas en francés con un nuevo profesor a quien llamábamos *monsieur*. A nosotros nos resultaba muy difícil estudiar las matemáticas en francés y este profesor era muy duro. Recuerdo que a las chicas nos ponía brasas machacadas en la cabeza y que nos pegaba con la regla o con palos del campo. Lo pasamos muy mal con él. Algunos padres lo denunciaron y trasladaron a sus hijas a otro colegio. Hoy en día ese señor es un político en el gobierno de Marruecos.

A esa edad yo todavía jugaba mucho en el patio durante el horario escolar pero una vez que salía del colegio se acabó. Tenía que cuidar de mis hermanos pequeños. «Dale a tu hermano esto», «ten cuidado de lo otro». Como mis hermanos no quisieron tomar el pecho les dábamos biberón. En esa época los biberones eran de cristal; si se me caía al suelo cuando estaba lavando el biberón de mi hermanita y se rompía, ya no hay más biberones. ¡Entonces yo me preparo para escuchar gritos o para recibir una paliza!

Mi madre quería que su hija siguiese estudiando para que llegase a ser algo, pero mi padre empezó a decir que la niña tenía que dejar el colegio. Que tenía que aprender las tareas de la casa

para cuando me casase, el día de mañana. Como vivíamos junto a profesores y alumnos Abdesalam, el profesor de segundo, se dio cuenta de que yo me quedaba en casa limpiando y fue a hablar con mi padre. «Karim, ¿que hace tu hija en la casa? ¿Por qué no estudia como sus hermanos?». «Ya sabe leer y escribir. Tiene que ayudar a su madre», le dijo mi padre. «¡Karim, eso no es correcto! Todo el mundo puede fregar platos y lavar trapos. Yo soy un hombre y también sé hacerlo. ¡Deja que la chica siga estudiando!», le respondió Abdesalam. Se enteraron también los demás profesores y fueron a hablar con mi padre. Consiguieron convencerlo y ese curso me incorporé con un mes de retraso. Lo recuerdo como si fuese ayer.

En ese tiempo en Marruecos estaba creciendo el interés por la formación y los profesores se lo tomaban muy en serio. Mis hermanos estudiaron toda la primaria y tuvieron muy buenos profesores. Para secundaria y bachillerato fueron al internado Jabir ibnu Hayyan de Tetuán, que habían montado los españoles. Jabir ibnu Hayyan es el nombre de un personaje importante⁴². Hoy en día durante el curso escolar sigue siendo un Instituto de secundaria y bachillerato y en el verano, cuando el rey viene a Tetuán, es la residencia de los soldados y de la policía que le custodian⁴³.

Mi padre compraba toda la ropa que nos hacía falta, lo mismo a los hijos que a las hijas. Siempre íbamos bien protegidos de la

42 Yabir (o Jabir) ibn Hayyan nació en el año 721, en Persia Oriental. Ha sido considerado el fundador de la química. También investigó en astronomía y en arquitectura.

43 Desde al año 1999 Tetuán es la principal residencia veraniega del rey Mohammed VI, que tiene una mansión junto a la laguna Smir, al final de la playa de Rincón Mdiq.

lluvia y el frío con nuestros abriguitos y nuestras botas de goma. Mi madre era muy limpia y muy ordenada y me hacía responsable de que los niños fuesen perfectos. Cuando mis hermanos bajaban del internado a visitarnos los fines de semana traían grandes sacos llenos de ropa sucia y... ¿quién empezó a lavar también toda esa ropa? ¡Majdou!

6. Mi padre se va a Gibraltar

En nuestro tiempo en Bouanan mi padre se juntó con amigos tan insensatos como él y empezó a gastar el dinero a lo tonto. Cuando cobraba se iban juntos de juerga a Tetuán, pasaban las noches fuera y mi madre se quedaba sola con los hijos en casa. Por otro lado, mi padre rechazaba la vida de su pueblo pero en Bouanan tampoco estaba a gusto. Él buscaba irse a Europa. Quería su libertad.

En aquella escuela se conservaban unas mesas grandes y varios sillones de madera con tapicería roja, los muebles que componían una sala de juntas. Periódicamente los representantes de los pueblos de la zona se reunían un fin de semana en el edificio e la escuela. Preparaban una sala con estos muebles y mi padre se encargaba de la comida: de primer plato carne y de segundo carne. ¡Siempre había carne! Terminaban con un café, costumbre española, además del té árabe y de algún dulce.

En ese tiempo en Marruecos sólo te daban pasaporte si tenías muchos bienes o mucho dinero. Mi padre lo consiguió a través de esos políticos a quienes servía la comida y en cuanto lo obtuvo se fue a Gibraltar. Era finales de los años sesenta. Allí en Gibraltar mi padre hacía todo tipo de trabajos. Yo

escuché que se dedicaba a freír patatas de bolsa y a preparar otras comidas⁴⁴.

Los seis hermanos y mi madre nos quedamos solos en ese pueblo en el bosque. Yo tenía unos nueve años y detrás de mí había tres hermanos más: Karim, Rayan y Hanane. Mi padre nunca fue responsable; nunca pensaba en su mujer y en sus hijos. Siempre se situaba en su propia vida y ya está. Recuerdo que el sábado o el domingo mi madre y yo marchábamos a la ciudad en el autobús de La Valenciana, para hacer la compra. Tiempo después trasladaron la parada más abajo del colegio, en Torreta, y hacíamos el último tramo de pista caminando.

En Bouanan mi padre hizo amistad con un guarda de montes que trabajaba en la zona. Se llamaba Mohammed y era de un pueblo pequeño que tiene unas piscinas con agua del monte construidas en el tiempo de Franco, con sombrillas, sillas y mesas para pasar el día. Muchos españoles iban a descansar allí los fines de semana. También había muchos huertos con verduras de regadío, que los campesinos vendían en el mercado de Tetuán. Hasta ahora la gente de ese pueblo sigue dedicándose a los huertos. Mohammed era un amigo de confianza, como de la familia. Muchos días después de acabar su trabajo descansaba y dormía en nuestra casa. Nació una hija de Mohammed y le pusieron mi

44 Entre 1954 y 1969 el dictador Francisco Franco fue estrechando el tránsito fronterizo de bienes y personas entre la población de La Línea y la colonia británica de Gibraltar. Miles de residentes en España que trabajaban en Gibraltar (en la construcción, la educación, la sanidad, los cuidados y la limpieza en el hogar) tuvieron que dejar sus empleos. Para llenar el gran vacío laboral generado, Gibraltar facilitó la entrada a la población marroquí y mejoró su comunicación marítima con el puerto de Tánger.

nombre, Majdou. Y en nuestra casa nació un niño y le llamaron igual que su hijo, Rayan. Mohammed era como un padre para mi padre. Por eso lo llamaba *amy* Mohammed, que significa tío Mohammed.

Cuando mi padre se fue a Gibraltar pidió a *amy* Mohammed que en sus días de trabajo se quedase a dormir con nosotros para hacernos compañía. Era una gran persona. Cuando Mohammed se jubiló venía a visitarnos de vez en cuando con su mujer y si había una boda en su pueblo nos invitaban. Tiempo después se quedó viudo y se casó con otra mujer. Aunque la relación con nosotros cambió, los dos hijos de la primera mujer seguían visitándonos y nos traían frutas y verduras de su pueblo.

En Bouanan seguimos limpiando y cuidando el colegio. Pero mi madre no podía reemplazar a mi padre en su trabajo de portero. Primero trajeron a una mujer que se encargaba de cocinar y de limpiar y cuando desplazaron a mi madre de esa tarea nos dijeron que teníamos que salir de allí. Yo creo que en la escuela preferían tener un hombre empleado; preferían relacionarse y tratar con un hombre, no con nosotras.

Ese curso mi padre ordenó que me sacaran del colegio y no me dejaron estudiar más. La palabra del hombre siempre estaba más arriba que la palabra de la mujer. Yo tenía nueve o diez años. Otras niñas de mi edad siguieron estudiando. Yo no entendía lo qué pasaba, pero no me parecía mal. No echaba de menos el cole y no me enfadé. Yo pensaba que era lo que me tocaba y ya está. Muchos años después empecé a ver las cosas de otro modo.

Encontramos una casa de alquiler en Saniet Rmel, una zona muy bonita de Tetuán, y nos trasladamos allí. Mi padre nos mandaba algo de dinero desde Gibraltar y con eso pagábamos el alquiler.

En su último tiempo en Bouanan mi padre había entrado en una secta musulmana de cantantes de canciones religiosas; esos que bailan con chilabas largas. El jefe de esta secta se llamaba Omar. A partir de entonces el dinero de su trabajo iba para ellos, no para su familia. Lo pasamos muy mal por culpa de esa secta. Mi padre venía de Gibraltar de visita y traía ropitas muy bonitas, galletas, chocolates... De todo. Recuerdo que nos traía laca, que aún no conocíamos en Marruecos⁴⁵. Pero desde que entró en la secta, parte de su sueldo y parte de los regalos los guardaba en un bolso grande y los dejaba para ellos. ¡Esa gente son unos ladrones! Le lavaron el cerebro y él reservaba lo mejor para ellos.

En esta primera casa de Tetuán nació mi hermana Habiba y allí mismo celebramos su bautizo. Normalmente en los bautizos vienen los *tolba*. *Tolba* son unos monjes jóvenes que saben mucho del *cor'an*. A veces un niño a quien no le gusta la vida en el campo dice que quiere ser *wahed taleb* (un *taleb*). El padre está orgulloso de su hijo y le ayuda para que se prepare como *taleb* y con suerte el día de mañana puede ser un *imam* de la mezquita. Esa celebración se llama «la noche de *tolba*». Se prepara un *cous cous* y los hombres se reúnen con los *tolba* en una sala para rezar y pedir a Dios que te ayude y que te proteja.

La cuestión es que en el bautizo de mi hermana Habiba no llamaron a un *tolba*; mi padre llamó a la gente de esa secta para hacer sus bailes y cantos religiosos. Nosotras no supimos que venían ellos hasta que los vimos entrar en la casa.

45 Gibraltar es doblemente fronteriza (con España y con Marruecos) y enclave estratégico en El Estrecho. En ese tiempo Gibraltar es un espacio de comercio y contrabando de mercancías, que llegaban por vía aérea o marítima de otras colonias británicas o de Reino Unido.

7. Quería quitarse la vida

Una tía de mi madre que vivía cerquita de nuestra casa en Tetuán. Era una mujer mayor que había emigrado desde Chaouen porque se habían quedado muy pobres. Ella era muy de casa. Tenía dos hijas solteras mayorcitas, un chico también soltero y una hija casada que vivía en el barrio Málaga, en unas casas españolas llamadas Casabarata (o Casas Baratas). Esa familia era nuestra única familia. Una de las dos hijas solteras cuidaba de su madre y la otra trabajaba interna en casa de un hijo del empresario español Benet, dueño de la casa Mercedes en Tetuán.

En Bouanan si mi padre iba a visitar a un santo me llevaba. Si iba donde su hermana me llevaba. Cuando venía de vacaciones de Gibraltar mi madre y yo íbamos con él a las cafeterías del centro de Tetuán, donde era raro ver a mujeres sentadas. Si había mujeres eran moriscas. Un día fui con mi padre a visitar a esta tía de mi madre, mientras mi madre se quedaba con los niños. Poco después de llegar a la casa mi padre me dijo, «vuelve a casa». ¿Por qué me mandó regresar? Tiempo después supe que cuando se quedaron solos le propusieron que se casara por segunda vez y le dieron a escoger entre las dos hijas solteras. La familia estaba preocupada porque eran mayores y no se casaban. «Y si no te gusta ninguna de las dos puedes escoger entre las nietas», añadieron. Así es el matrimonio en Marruecos.

Mi padre respetaba mucho a los padres de mi madre. Cuando venía de vacaciones, si no podía llegar de visita al pueblo les mandaba un detalle: un regalito, un poquitín de dinero... Él nunca quiso casarse con una segunda mujer. Se sintió obligado a aceptar esta propuesta de matrimonio por conveniencia. Por eso no le contó nada de esto a mi madre. Mi madre la pobre no tenía a nadie más en el mundo, aparte de esta tía suya. Le costaba estar

fuera de su pueblo, su marido no estaba con ella, le falta cariño...
 ¡Y ahora esta parte de su familia la traicionaba!

Durante la fiesta del bautizo de Habiba el dueño de la casa estaba allí como invitado. Él vio que aquella secta hacía cosas que no eran de religión y tuvo una discusión muy fuerte con la gente de la secta. A consecuencia de esto Omar, el jefe, obligó a mi padre a salir de la casa. Meses después, cuando mi padre volvió por vacaciones, la gente de la secta le ayudó a buscar otro alojamiento. Encontraron una casa vieja de piedra y barro que se derrumbaba a trozos. Estaba en un sitio muy solitario cerca del cementerio y a nadie nos parecía adecuada pero mi padre se empeñó e hicimos la mudanza. Nunca habíamos vivido en esas condiciones y los niños estábamos asustados.

Mi madre estaba enfadada y harta de mi padre. Ella veía que nosotros teníamos que pagar por las malas decisiones que él tomaba. El mismo día que empezamos el traslado salió de casa sin avisar. Cuando vimos que no regresaba nos pusimos a preguntar por ella y a buscarla por todas partes. Era marzo, la temporada de lluvias. Estaba diluviando y los ríos bajaban a tope de agua. Los hijos estábamos asustados pensando que podía haberse ahogado. Mi padre no salió a buscarla; siguió con la mudanza como si nada. ¿No le dolía que mi madre se hubiese marchado?

Aquella noche escuché a Habiba dando un grito terrible. Para entonces yo era la mujer de la casa: ya sabía reconocer el llanto de cada uno de mis hermanitos y estaba alerta durante toda la noche. Me levanté de un salto y, ¿qué es lo que me encontré? Mi padre tenía en sus brazos a la niña. Le había preparado un biberón con la leche demasiado caliente y no había templado el biberón. ¡Le había quemado toda la boquita!

Al día siguiente vino a visitarnos *amy* Mohammed. «*Amy*, ¿qué haces tú por aquí? ¡Qué casualidad!», le dijo mi padre. «Pues sí.

Fui a buscaros a la otra casa y me dijeron que os habíais mudado. He preguntando a la gente por el camino y he seguido las indicaciones que me han dado». Mi padre le explicó la situación: «Mira *amy*, mi mujer se ha marchado y no sabemos dónde está. Y su amigo le dijo, «¿Y cómo no has avisado a la policía? ¡Igual tu mujer ha hecho alguna barbaridad!». Le dejó sufrir un poco y luego le aclaró: «Karim, tu mujer está en mi casa. Dice que este sitio no es lugar para vivir y que no volverá con vosotros hasta que os trasladéis a una casa en condiciones».

Me lo contó ella misma: mi madre quería quitarse la vida tirándose al río Mhanish (ahora se llama río Martí). Se lo pensó mejor y se fue caminando hasta la casa de *amy* Mohammed. Entonces no había autobuses en esa zona y el camino era muy malo, con muchos tramos despoblados. Los campesinos iban y venían de los pueblos a Tetuán para vender sus verduras, y mi madre llegó a su pueblo caminando en su compañía. Cuando la recibieron en casa de Mohammed explotó a llorar y le contó todo.

Mi padre aceptó buscar otra casa y mi madre regresó con nosotros. No fue fácil, pero al final encontraron algo mejor en otro barrio de Tetuán. Tuvimos que trabajar mucho para acondicionarla, ya que no estaba habitada. Venga a quitar suciedad. ¡Nunca olvidaré todo lo que limpiamos ese sitio! En esa casa vivimos muchos años.

Con el tiempo mi padre se salió de la secta; supongo que se dio cuenta de que era un engaño. Lo que sabemos viene de nuestros recuerdos de niños porque mi padre nunca nos habló de lo que le había pasado con ellos.

En estos años mi padre vino de vacaciones coincidiendo con una fiesta. Me llevó de visita a casa de su hermana en Bab Taza y pasamos allí unos días. Y aprovechando la ocasión acordó con su hermana y su cuñado, «tu hija para mi hijo». Mi padre decidió que

me casaba con su sobrino. Mi madre no participó en el acuerdo y cuando se enteró se disgustó mucho. Ella no quería eso para mí. Yo era una niña de once años que andaba por ahí con las hijas de las vecinas y nadie me preguntó. Lo supe después por mi madre.

Ese primo con el que acordaron casarme estaba viviendo en Francia y tampoco sabía nada del asunto. Su padre le había comprado un contrato para poder ir a Francia. Allí en Francia hacía vida de soltero, tenía sus ligues y bebía mucho alcohol. Por muchos años nadie supo de él, si estaba vivo o muerto. Él hacía su vida y no quería saber de la familia. Cuando por fin le localizaron, quisieron buscarle mujer para que se casara y así sentara la cabeza. Y esa mujer era yo; una niña.

8. Encargos del curandero

Mi hermana Habiba tampoco quiso la leche de mi madre. Empezamos a darle una leche de farmacia de marca Kikos que venía en latas de aluminio. Habiba usaba chupete, como mis otros hermanos que no tomaron la teta. Recuerdo que Hanane usó chupete durante muchos años. ¡No había manera de que lo dejase! Cuando empezó a caminar se lo quitaba a Habiba de la boca, lo chupaba un poquito y se lo volvía a colocar. ¡Me da risa recordarlo!

Yo cuidaba a mis dos hermanas pequeñas, Hanane y Habiba. Rayan también era pequeño pero ya tenía edad para asistir a la escuela de la mezquita y pasaba más tiempo fuera de casa. Habiba nunca tuvo buen color; era delgadita y de tez pálida. No se reía bien. Era triste y llorona. No tenía el aspecto saludable de otros bebés. Además no tenía bien las tripas. Ella hacía su caquita diferente, con colores verdes. Por eso pienso que debía de tener alguna infección.

Un día Habiba se puso muy grave. Hacía ruiditos como que se estaba ahogando y lloraba sin fuerzas. Ahora que soy mayor pienso que a lo mejor Habiba tenía un fuego en su corazón y necesitaba mucha agua, pero entonces yo no entendía qué le pasaba. En Tetuán había hospitales pero mi madre era gente antigua y en vez de ir al médico acudió a un curandero. Mis hermanos mayores estaban fuera estudiando. Yo me quedé al cuidado de las dos niñas, Hanane y Habiba. Seguí haciendo las tareas de la casa y de vez en cuando le ponía el chupete a Habiba y movía su cochecito con capota y todo, que mi padre le había traído de Gibraltar.

Como Habiba no podía tragar bien yo mojaba en agua un trapito de seda y lo escurría sobre su boca. Esos detalles los he aprendido de mi madre. En el campo empapaban un trapito de seda en yema de huevo con mantequilla natural y se lo daban a chupar a los bebés. Al cabo del tiempo mi madre regresó con los encargos del curandero. Según estaba colgándole al cuello las hojitas que le había dado ese hombre, la niña se puso peor. Mi madre tiró las hojitas y empezó a gritar, «¡se me está muriendo la niña! ¡Se me está muriendo!». Habiba se quedó sin vida allí mismo. Me acuerdo como si fuera ayer.

Cuando Habiba murió mi padre estaba en Europa. Mi madre no sabía hacer gestiones en la ciudad; no entendía de oficinas ni de trámites. Tuvimos la suerte de que un amigo de la familia justo fue a visitarnos ese día y nos encontró a mi madre y a mi junto a la niña muerta. Él hizo todos los papeles para registrar la muerte de Habiba. Cuando alguien muere nuestra costumbre es dejar una silla junto a la puerta de casa: cuando los vecinos ven alguien sentado saben que en esa casa hay un muerto y vienen a dar el pésame. Este amigo es quien estuvo sentado en la puerta.

Enterraron a Habiba en Sidi Talha, un santuario de Tetuán donde se enterraba a los niños.

La gente del pueblo de *amy* Mohammed tenían sus puestos de verduras cerca de la salida de Tetuán, en el casco viejo, donde había una parte de los moriscos y otra de los judíos⁴⁶. Cuando queríamos mandar un aviso a *amy* íbamos a esta zona del mercado, hablábamos con algún conocido de su pueblo y éste le llevaba el mensaje. Así es como supo de la muerte de Habiba y pudo venir a su entierro. Mi madre lloraba como una loca. Ella cargaba siempre con todo. Era la que más sufría, y nosotras también con ella. Yo empecé a ver reír a mi madre cuando ya éramos mayores.

9. Siempre encerrada en casa

Mi padre quiso salir de Gibraltar y se marchó a Holanda. No tenía dinero para el autobús o el tren. Él rápidamente se quedaba sin dinero y ya estaba pidiendo prestado más. Después la gente llegaba detrás reclamándole su dinero. Nada más cobrar le dolía el dinero en su bolsillo. Así que se fue caminando, atravesando bosques y montes durante semanas, durmiendo bajo un árbol o en una casa abandonada, pidiendo ayuda, haciendo autoestop... Muchos años después me contó que en este viaje de noche se preocupaba de mantener encendido un cigarro para que el humo espantase a los animales salvajes.

A partir de entonces dejó de comunicar con nosotros. Durante cuatro años no tuvimos ninguna noticia de él; ni una carta ni una llamada. ¡No sabíamos si estaba muerto o vivo! Toda la familia estuvimos preguntando en el consulado y en todos lados.

46 El barrio judío actual de Tetuán data de principios del siglo XIX. En el año 1913 en Tetuán había unos 18.533 habitantes censados. Entre ellos 11.623 eran musulmanes, 4.250 judíos y 3.006 católicos.

Necesitábamos alguna información para quedarnos tranquilos. Mi hermano el segundo ya tenía bastantes estudios y escribió cartas aquí y allá. Parece que mi padre supo que la policía de Holanda lo buscaba por aviso de su familia, pero no volvió a Marruecos sino que escapó a Francia.

En esa época había muchos marroquíes en Europa. Cuando la gente de su pueblo que había emigrado venía de vacaciones a Marruecos, nos encontrábamos con ellos y mis hermanos les preguntaban. Así pudimos saber que habían visto a mi padre y que hacía cosas muy malas con mujeres. Mi padre ha sido un cacho de guapo. Le gustaba vestirse bien, le gustaba ducharse y estar impecable; pero tenía una cabeza de chorlito. Yo también he sido muy guapa ¡pero no he tenido esa cabeza loca!

Mi padre gastaba sin medida. Supimos que cuando se le acabó el dinero empezó a vender los bienes del pueblo que había heredado. En ese tiempo la herencia no era igual para las mujeres y para los hombres, aunque fuesen hermanos, así que su hermana iba a salir perdiendo con esas ventas. Como en el pueblo todos tenían los mismos apellidos y los mismos nombres (los que estaban de moda en esa época) ella se puso de acuerdo con un señor que tenía el mismo nombre y apellidos, falsificaron los papeles de las tierras y otros bienes, y se quedaron con todo.

Yo seguía destinada a casarme con mi primo. Siempre estaba metida en casa, haciendo el pan, lavando la ropa y limpiando. Y periódicamente tenía que pintar de blanco las paredes de la casa. A veces no me dejaban salir ni a recados. Lo primero era cuidar a mis hermanos pequeños. Preparar los biberones, cambiar los pañales... ¡que no eran pañales de usar y tirar, sino trapitos! Mi madre era muy maniática de la higiene: si esos trapitos no estaba bien enjuagados y el culito del bebé se quemaba, yo sabía que ella iba a reñirme o a pegarme.

Lavaba la ropa a mano restregándola sobre una maderita que se llama *farraka*. Y con jabón de pueblo casero, que lo llaman *sabo bildi* (*bildi* significa «del pueblo»). Mi madre ponía el barreño con la *farraka* sobre una caja de madera, y para alcanzar el barreño yo tenía que añadir un taburete de corcho; de esos taburetes que traía mi madre del pueblo⁴⁷. Yo siempre tenía las manos doloridas, y agrietadas y con sangre por el jabón y la lejía. Estaba todo el día metida en el agua. Por un motivo o por otro nunca tenía secas las manos ni la tripa. Ahora sufro las consecuencias. Y andaba descalza por la casa. Recuerdo que mi hermano mayor me gritaba, «¡Majdou, no andes descalza!», y si yo no le hacía caso me pegaba.

Mis hermanos pequeños iban creciendo. Por las mañanas tenía que prepararlos para el cole y asegurarme de que iban con sus batas limpias y perfectas, que no les faltase ni un botón. Me voy al mercado, compro, cocino... ¡Todos están estudiando menos yo! Y el fin de semana me tocaba ducharlos. Mi padre ya no existía en nuestra vida. Cuando llegaban los recibos yo me encargaba de ir a pagarlos. En Tetuán había fiestas o galas durante el verano: mi madre se iba con mi hermano mayor a la gala y yo me quedaba en casa con los niños. En invierno llegaba la cosecha de los olivos, que a mi madre le encantaba; ella se iba al pueblo y yo me quedaba a cargo de los niños.

Mi madre se sentía muy sola. Su hermana mayor vivía en una ciudad llamada Oujda que hace frontera con Argelia, porque su

47 El alcornoque (*Quercus suber*) crece de forma natural en un área del norte de Marruecos. De su tronco se extrae la corteza superficial o corcho, muy preciada económicamente. Con el corcho se hacían y aún se hacen utensilios de uso cotidiano como banquitos, cucharones y bandejas.

marido era soldado. Para tener a su familia más cerca mi madre trajo a casa a los hijos mayores de esta hermana y estudiaban en el mismo colegio que mis hermanos. Yo todavía no tenía la regla pero cocinaba y lavaba para todos ellos. Con el tiempo esta tía mía se trasladó a Tetuán junto a su marido y sus hijos. ¡Así me libré del trabajo de atender a mis primos!

Durante muchos años estuvimos sin pagar el alquiler de la casa del barrio Málaga, porque mi padre estaba desaparecido y no mandaba dinero. El dueño, que era maestro, movió todo lo que pudo con los jueces y con la policía para sacarnos de allí y recuperar su casa, pero no lo logró. Mi madre no quería que sus hijos se quedasen sin estudios y pidió dinero a su padre. Mis dos hermanos mayores recibían una beca y de ese dinero apartaban un poquito para nosotros. Además durante los veranos trabajaban en hoteles o donde fuese. Después de hacer el bachillerato fueron a estudiar a la Universidad de Fez.

Yo me veía como en una cárcel, estaba triste y no tenía libertad. No estaba de acuerdo con la vida que tenía. No tenía más remedio que aceptarla pero sentía con mucha fuerza algo dentro de mí. Yo sabía que quería trabajar por mí. No quería buscar un hombre marroquí que me mantenga, casarme y yo me dedico a fabricar niños, limpiar, lavar, esto y lo otro. Yo quería valerme por mí misma. ¡Quería mi libertad!

Antiguamente en los pueblos las mujeres se juntaban para menderar y para trabajar, una limpia el trigo, otra hace otra cosa... Nosotros habíamos llegado de pequeñitos a Tetuán y estábamos hechos a otra vida. No hemos sido tanto de juntarnos ni de amistades. Si vas a casa de una vecina es por un bautizo, por una boda o por un muerto. Somos muy de casa y no salimos con chicos. Cuando te ven acompañada de un chico rápido llega la noticia a casa de tus padres y tu familia te castiga y te pega.

Cuando mis hermanos mayores estaban estudiando en la Universidad de Fez yo vivía tranquila junto a mi madre y aprovechaba para hacer escapaditas. Siempre que venían nos días por vacaciones no me dejaban salir; me tocaba encerrarme. Si me invitaban a una boda o a un cumpleaños, no me dejaban ir. Mi hermano mayor era muy celoso con sus hermanas y hasta con mi madre. Tenía vergüenza de que sus amigos le dijeran, «tu hermana hace esto y lo otro, ¿cómo se lo permites?». Me tenía prohibido estar con un chico. Él actuaba conmigo como si fuera un padre. O como si fuera un soldado. Mi relación con él fue un infierno. Me reñía, me prohibía, me pegaba... ¡Y todavía a mi edad opina sobre mi forma de vestir o de hacer!

Las hermanas mayores de mis amigas del barrio se casaron y se fueron a Casablanca. Cuando una de ellas volvía a Tetuán de vacaciones, mi amiga me decía, «Majdou, nos vamos de paseo a tal sitio con mi hermana, ¿te apuntas?». El cuñado se había ofrecido a pasearnos en su coche. Yo le decía, «es que tengo que cuidar a mi hermana pequeña». «Trae a tu hermanita con el biberón y sus cosas, y no te preocupes que entre todas la cuidamos», me respondían.

Yo tenía cierta amistad con algunas hijas de mis vecinas que estudiaban bachillerato. En esa época entre las chicas estaba de moda aprender *dactila* (mecnografía). Ellas lo estudiaban en la academia de un señor español. Y al salir de la academia iban a la biblioteca. De vez en cuando me decían, «Majdou, salimos de la academia de *dactila* a las cinco, ven a recogernos y vamos juntas a la biblioteca». Si mi madre me dejaba, las acompañaba y me quedaba en la biblioteca con ellas, me buscaban un libro a mi medida y lo ojeaba mientras ellas hacían sus trabajos. Así empecé a salir un poquito.

Yo no podía estar todo el rato en casa. ¡Quería hacer algo fuera! Había cerca de mi casa un centro público y gratuito llamado *Shabiba ou Riada*, que significa Juventud y Deporte, donde animaban a la

juventud a estudiar y a prepararse: enseñaban a leer y a escribir, hacían actividades y también daban *manualidades* (labores), lo mismo que aprendían nuestras madres en el cole cuando eramos pequeñas. Decidí apuntarme a este centro unas horas por la mañana. A mi madre no le cayó bien mi decisión: me echaba de menos en la casa. Ella estaba acostumbrada a verme trabajar desde que me despertaba: hacía el pan, daba de comer al bebé, lavaba, fregaba... Se puso muy nerviosa. ¡Le parecía que estaba perdiendo el tiempo!

El gobierno organizó una gala típica del norte que representaba una boda. Grabaron para la televisión las galas de varias ciudades que concursaban y premiaron a la ganadora. Para representar a Tetuán escogieron a las chicas más guapas entre las que estudiábamos en uno de los centros de *Shabiba ou Riada*. Yo fui una de las elegidas. Era el año 1974 y yo tenía 14 años. Le pedí a mi madre que me dejase llevar su traje típico. «¡Ni hablar!», me dijo, «¡si se enteran tu padre y tus hermanos me matan!». Entonces se lo pedí a mi tía. Ella me preguntó para qué lo quería y supongo que yo le conté alguna mentira.

Las profesoras nos maquillaron, nos ayudaron a vestirnos y nos llevaron en autobús. Las mujeres moriscas que estaban en *Shabiba ou Riada* eran las más modernas. A las demás chicas todo nos resultaba novedoso. Nunca habíamos atravesado la ciudad solas y nunca nos habían pintado así... Estábamos como angelitos, impresionadas hasta por el sol y el aire que recibíamos desde el autobús camino de la casa palacio de *al basha* de Tetuán. *Al basha* es un cargo entre el gobernador civil y el alcalde. Su palacio, que había sido de los españoles, estaba a la salida de Tetuán por la carretera a Ceuta.

El lugar estaba lleno de cámaras, coches con los equipos de vídeo y sonido, muchos empleados instalando los equipos y decorados, los cantantes, los músicos... Y muchas chicas muy guapas.

Nos dijeron que la gala empezaba a la una y media y terminaba a las cinco de la tarde. «No os preocupéis, que cada una volverá temprano a su casa y nadie tendrá problemas con sus padres». Así que la mayoría de las chicas salimos de casa sin pedir permiso ni avisar a dónde íbamos. Pero a las cinco de la tarde la gala no había empezado. A las diez de la noche empecé a llorar, la otra también rompió a llorar, la otra no sé qué... ¡Estábamos supernerviosas pensando en las broncas de nuestros padres cuando volviésemos a casa!

A la una de la madrugada por fin estaban la novia y el novio sentados con sus trajes típicos y se puso en marcha la gala. Las chicas que se sentían más libres se quedaron. Yo seguía llorando; no era capaz de disfrutar. ¡Si esperaba a que saliera el bus que dejaría a cada chica en su casa iba a llegar a las cinco de la mañana! Así que le rogué a nuestra profesora, «llévame en tu coche hasta la puerta de mi casa, por favor». Al final me llevaron a ella y su marido. Yo entré a mi casa pensando que iban a pegarme. Afortunadamente mi profesora consiguió calmar los ánimos.

10. Trapitos sucios escondidos

La vida seguía. Una tarde llegué de la calle y cuando fui a ponerme la ropa de casa vi que el vaquero estaba empapado en sangre. Yo sabía que eso era la regla; lo había aprendido en el colegio y también con las chicas de *Shabiba ou Riada*, que eran más espabiladas y hablaban de muchas cosas sin vergüenza. Mi madre no decía las cosas para que sus hijas aprendiesen. Al contrario, yo oía cómo le explicaba a su hermana, «hoy he lavado». Con eso ellas se entendían pero yo me quedaba pensando, «¿qué es lo que hemos lavado hoy?». ¡Aquello no me entraba en la cabeza!

Aquel día estaban de visita mi tía y mi prima, que ya vivían en Tetuán. Me cambié rápidamente de pantalón. No quería que me descubrieran. Estaba molesta y confundida. Poco después mi madre me mandó a por leche para preparar café. Mi prima y mi hermana Hanane vinieron detrás mío y con un palito me levantaban la falda. ¡Esas chicas eran unos demonios! Llegué a casa llorando de rabia.

Cuando regresaron a su casa por la noche mi prima le contó a mi tía que me había venido la regla. Entonces no había teléfonos en las casas, así que a la mañana siguiente mi tía se presentó de nuevo para contarle a mi madre por qué estaba yo angustiada.

Cada vez que me venía la regla, del susto que me daba tenía ríos de sangre. Nunca olvidaré esas hemorragias. Para dormir me tendía sobre una piel de cabra y al día siguiente la piel estaba empapada en sangre. Me ponía plásticos y de todo. De tantas hemorragias me quedé pálida. Mis amigas se dieron cuenta: «Majdou, estás muy blanca, ¿te ha venido la regla?». Y yo roja de vergüenza les pedí, «por favor, ¿me podéis guardar el secreto?».

Entonces no había compresas. Usábamos trapitos de algodón. Después de cambiarme escondía los trapitos empapados en sangre y cuando mi madre salía al mercado aprovechaba para lavarlos o los tiraba en un basurero cercano. Buscaba la oportunidad. ¡Y por miedo a que me pillaran temblaba como un pollo cuando iba a tirarlos!

Pasado un tiempo mi madre le dijo a mi tía, «hermana, yo la vigilo cada mes y no me parece que tenga la regla». Y mi tía le respondió, «créeme, hermana, que ya le ha venido la regla a tu hija». Nosotras entre mujeres de la familia o cuando tenemos confianza, usamos la palabra hermana; *jti* en árabe. Hasta que un día mi madre me pilló unos trapitos. Los había metido en una bolsa y los había escondido detrás de una olla o *tayin* que teníamos de adorno. ¡Qué vergüenza!

Mi madre se enfadó mucho conmigo por no haberle dicho nada. Como yo no era capaz de gritarla salí corriendo de casa y me refugié donde mi tía. Yo lloraba y lloraba sin parar. Me quedé dos noches durmiendo en su casa. No sabía enfrentarme a mi madre después de lo que había pasado. Mi tía era más abierta que mi madre y fue tranquilizándome poco a poco.

Pasó el tiempo y me fui acostumbrando a la regla. Cuando mi hermana Hanane creció y le vino la regla, desde el primer día se lo dijo a mi madre. A la más pequeña yo la crié como si fuera mi hija y cuando le vino la regla me comentó, «Majdou, tengo algo negro en las bragas». Yo ya me había quitado esa máscara de timidez. «Ven aquí», la dije. «Eso es normal. Tú me avisas cuando te venga la regla, que no hay problema. No tienes que sufrir lo que yo he sufrido». Le bajé las bragas y la enseñé a ponerse el trapito sujetándolo con un *filil* (un imperdible).

11. Como una muñequita

Mi madre se quedó embarazada en una de las visitas de mi padre. A la pobrecita le daba vergüenza decir que a su edad otra vez estaba embarazada. Yo me enteré porque tuvo más de una hemorragia y, como siempre, me tocó lavar su ropa manchada de sangre. Por eso lo recuerdo bien.

Cuando mis hermanos mayores vinieron del internado universitario de Fez por vacaciones, a mi madre ya se le empezaba a notar la barriga. Buscó apoyo en una paisana de su pueblo. «Mira lo que me pasa: estoy embarazada y me da mucho corte decírselo a mis hijos», le dijo. «No te preocupes, yo hablaré con ellos». La paisana vino a nuestra casa y habló con mis hermanos: «Mirad, vuestra madre está embarazada. Es ley de vida. Tenéis

que escribir una carta a vuestro padre. Le decís que su mujer está embarazada y que el bebé va a nacer hacia tal fecha».

Mis hermanos mayores escribieron la carta a mi padre. Algunos hombres que emigran a Europa, cuando su mujer se queda embarazada dudan de que el hijo sea suyo; porque piensan que la mujer puede haber estado con otro hombre. Pero mi padre estaba muy seguro de que el hijo era suyo. Recibimos otra carta con su respuesta: «Si nace varón le ponéis el nombre que queráis y si nace niña le ponéis Ikram». Ese fue su capricho, porque Ikram era el nombre de su sobrina.

Ikram fue la última hija. Esta niña no creció con su padre; mi hermano mayor hizo de padre para ella. Adonde fuese la llevaba con él. Por eso Ikram le llama *azizo*, que significa «cariño mío». Es una palabra que se usa para gente de confianza. Esta niña siempre fue muy calladita y muy tranquila, nunca dio guerra. Todos la querían. Para mí y para mis amigas del barrio Ikram era como una muñequita. Pero mis amigas el fin de semana jugaban a saltar y al elástico y yo me quedaba en casa trabajando. Si tenía tiempo, abría la puerta un poquito y por la rajita miraba cómo jugaban.

El casamiento de mi madre estaba registrado en un pueblo llamado Bni Darkoul que está cerca de Bab Taza, en la carretera hacia Ketama. Mis hermanos mayores inscribieron a los hermanos más pequeños, pero los primeros hijos no estamos registrados. Yo sé que nací en 1960 pero no tengo la fecha concreta. El tío de mi padre que le buscó trabajo en la escuela de Bouanan se preocupó de anotar las fechas de nuestros nacimientos. Tiempo después el gobierno de Marruecos abrió un proceso para que la gente que no estaba inscrita pudiese hacerlo. Le pedimos a este hombre los datos pero él no tenía tiempo de buscarlos entre los documentos de su oficina, así que anotaron el día uno del mes uno como fecha de nacimiento.

12. Muchos quieren aprovecharse

Cuando mi padre estaba desaparecido si yo salía fuera de casa y tardaba en regresar mi madre se preocupaba. Ella solía encargarme recaditos. Por ejemplo, «vete a comprar un cuarto de kilo de café». Vas al mercado del barrio, compras la semilla tostada de café y te lo muelen en el momento. Y siempre antes de salir me decía, «¡no tardes mucho hija, que si te pasa algo tus hermanos me matan!». Yo estaba harta de lavar y limpiar. Como fuera aprovechaba la oportunidad de cualquier pequeña salida para escaparme. Entonces sentía como si salía de mi cárcel, quería llegar a todos los sitios en ese ratito, y cualquiera podía engañarme. En la media hora en que mi madre esperaba mi regreso, me podía suceder de todo. Me arriesgaba a meterme en muchos problemas y a hacer barbaridades. Yo tenía la regla ya pero era una chavalita que no sabía de la vida.

En Marruecos los hombres llaman a las chicas por la calle, «¡guapa, te invito a un refresco!», «¡me caso contigo!». Yo no me daba cuenta del riesgo y me iba con ellos. Una vez tras una discusión con mi madre salí de casa enfadada y rabiosa. Un hombre andaba por allí en su Mercedes, me llamó y me propuso subir a su coche. Me llevó a una casa, charlamos, me habló de sus asuntos... Hasta que me di cuenta de que buscaba algo más. No llegó a algo fuerte porque me marché a tiempo. Cosas así me han pasado muchas veces y Dios siempre me ha salvado.

Cuando tenía diecinueve o veinte años empecé a trabajar fuera de casa. Era el año 1980. Mi padre seguía desaparecido y en casa faltaba dinero. Entonces estaba mal visto que una mujer joven trabajase sirviendo en otras casas, pero yo estaba decidida a trabajar para tener mi autonomía y busqué la forma. La sobrina de mi madre que trabajaba sirviendo con Jordi Benet me buscó trabajo con su hermano, Quincho Benet. De esa forma mi tía y mi madre me tenían bien controlada.

Los Benet vivían el año entero en una urbanización de chalés de lujo en la costa llamada Kabila, cerca de la frontera con Ceuta⁴⁸. Me pusieron un uniforme y me adapté rápido, porque tenía experiencia de sobra limpiando mi propia casa. En mi día libre iba a mi casa y salía con mis hermanas a dar una vuelta.

Cada vez tenía más libertad, aunque seguía viviendo con miedo. Ya me movía de otra manera. En Kabila había un hotel de lujo que se llamaba igual, Kabila, donde se alojaban extranjeros y marines americanos muy guapos, con sus trajes blancos y sus gorras. Allí conocí a unas chicas moriscas muy espabiladas. De noche sin que nadie se enterase hacíamos escapaditas a una discoteca a donde iba la gente del hotel. Yo entonces no me arreglaba ni usaba colonia y recuerdo que ellas me decían, «Majdou, no te hace falta, tú eres guapa sin maquillaje».

Un hombre me invita a bailar pero Majdou no sabe bailar. Me invita a tomar alcohol, porque en esas zonas había alcohol; «lo siento, yo no tomo alcohol». «¿Fumas?». Yo nunca fumo. Y cuando el hombre llega a querer otras cosas, me entra el pánico. ¡Sólo tocarme ya pienso que me ha dejado embarazada! Una de estas chicas me ayudó, «vamos Majdou, ámate, yo te acompaño». Charlábamos, nos reíamos un poco con el chico y enseguida ella me decía, «ya está, ya no pintamos más aquí, nos vamos».

48 Jordi y Quincho (Federico) Benet son hijos de Rafael Benet Fernández (1889-1979), uno de los industriales más poderosos de Tetuán durante la ocupación española de Marruecos. En su relato, Majdou menciona dos empresas de Benet: una fábrica de tejidos y la casa Mercedes Benz. Rafael Benet tuvo también la mayor fábrica de papel en el norte de Marruecos, llamada Papelera de Tetuán. En 1935 el arquitecto español Miguel de la Quadra Salcedo construyó a las afueras de Tetuán la vivienda de la familia Benet.

Un trabajador del hotel Kabila, Moustafa, me quería como mujer. Me ofreció lo que yo quisiera en la vida y le dije que no. Cuando la prima de mi madre se enteró de que ese chico quería algo conmigo se presentó en la casa donde yo trabajaba: «Mira Majdou, has crecido con nosotros, las dos familias hemos estado muy unidas, ¿qué te parece si te casas con mi hermano?». Su hermano vivía en Europa y ésto se consideraba una ventaja para salir de Marruecos y tener una vida más cómoda, pero no me interesaba. Recuerdo que ella me respondió, «¡en vez de casaros con un hombre decente queréis estar con esos locos de vaqueros ajustados!».

Muchos hombres querían aprovecharse de mí. Los chóferes de los señores, los jardineros, uno que trabajaba en el tenis... Todos me decían que era muy guapa. Yo siempre salía en compañía de una amiga con más experiencia que me protegiese. Hasta el dueño del hotel, un tal Llodra que vivía allí con su mujer y sus hijos, iba detrás mío. Llegaba mi día libre y él se aterrizaba en la carretera con su coche: «¿Te llevo?». Yo sabía que si estaba sola y me invitaban a subir a un coche no tenía que aceptar, pero en esa carretera había pocos autobuses y por no pasarme horas esperando me decía a mí misma, «lo conozco, no hay nada que temer». Empezó a invitarme al cine, a esto y a lo otro. Y me propuso salir con él. Yo nunca he querido salir con hombres que ya tienen una mujer. Ese no es mi camino.

Un día mis amigas del barrio me dijeron, «¿conoces a ese vecino que tal y cual...? Quiere casarse contigo». El chico era guapo como un león. No tenía padre y él se hacía cargo de su familia. Venían del Rif, de Nador. Yo sabía que esa gente tienen unas costumbres diferentes: le dan todos los caprichos a la esposa pero no la dejan salir de la casa. Para ellos en su pueblo esto es normal pero yo no quería esa forma de vida; ¡bastante encerrada había estado ya! Todavía hoy en día cuando voy a Marruecos y me encuentro con

él, me comenta, «mi *zinina*, nunca te he olvidado». *Zina* significa guapa y él me dice *zinina*, guapita, como si yo fuese una niña.

13. Cuando un hombre viene a casa

Mis dos hermanos mayores acabaron la Universidad y empezaron a trabajar. Ganaban poco pero era un sueldo. El mayor estudió dos años más en Tánger para ser profesor de Instituto. El segundo tuvo que hacer dos años de prácticas en Khouribga como profesor de Geografía, en compensación por su beca de estudios universitarios. Por este trabajo le daban un pequeño sueldo. Él es un chico tímido, y mi madre estaba preocupada por él y lloraba mucho.

En Khouribga hay un importante yacimiento de fosfatos. Los directores de la empresa nacional que explota los fosfatos vivían en una urbanización con tiendas, escuelas, cafeterías, jardines y todo exclusivamente para sus familias. A través de un familiar de nuestro padre mi hermano contactó con un chico que daba clases a estos directores. Empezó viviendo con él en esa urbanización hasta que pudo cobrar un sueldo mejor y se buscó la vida por su cuenta.

Recuerdo que en los veranos ese amigo venía invitado a nuestra casa para pasar unos días con mis hermanos. Nosotras no podíamos coincidir con los amigos de mis hermanos. A las hermanas no nos dejaban estar con ellos. Dentro de casa los hombres y las mujeres jóvenes nunca nos veíamos. En cuanto el chico entraba en casa mi hermano nos decía, «¡venga, todas a la habitación!» y ellos se iban para el otro lado de la casa. Sólo le veíamos como una sombra; como un pájaro que pasa volando veloz. Por eso sé que es moreno y alto. No sé nada más de él.

Cuando cualquier hombre viene a casa tú siempre te vas al cuarto. Esto era así en nuestra familia y en muchas familias de Marruecos.

Tú cocinas y limpias para ellos y ya está. Tu madre quizás puede hacer de camarera y servirles, pero tú no. Cuando mi hermano llega con sus amigos, él se adelanta un poco y toca la puerta de casa. Si tiene llave abre la puerta. Entonces nos avisa a voces para que sepamos que viene con un chico. Siempre hay una voz que manda: «¡Al cuarto!». Así es como te da órdenes tu propio hermano. Y tú obedeces y te vas corriendo al cuarto porque piensas que es la ley de la vida.

En este tiempo mi padre regresó de Holanda a Francia. En Francia no tenía su permiso de residencia en vigor y le dijeron que tenía que solicitarlo en el consulado en Marruecos. Se fue a Marruecos para arreglar su permiso de residencia, pero al llegar al consulado francés le dijeron que le habían engañado: los papeles que él traía no servían para tramitar nada. Y como no tenía visado ya no podía salir de Marruecos. ¡Se quedó atrapado! Tuvo que volver a vivir con nosotras en Tetuán.

Recuerdo el día en que apareció. Llegó al barrio en un taxi. Desde la casa mi madre oyó que mi padre avisaba al taxista, «espera un poco, porque no sé si van a aceptarme». Tocó la puerta y mi madre le abrió, «pasa». Lo que mi padre había hecho con nosotros era terrible. Nos había abandonado y habíamos pasado muchas angustias por su culpa. Pero no éramos capaces de montar un escándalo a la vista de todos los vecinos y no queríamos que llegase la policía para sacarle de casa. Esas no eran nuestras formas. Así que mi madre no tuvo otra opción que aceptarlo.

Muchos emigrantes vuelven a casa cargados de regalitos y detalles para sus hijos y para su esposa, pero mi padre llegó con las manos vacías. Su equipaje eran sus camisas blancas, sus corbatas y sus trajes. Como yo estaba trabajando de interna no dormía en casa. Al no verme, mi padre empezó a preguntar preocupado, «¿dónde está mi hija? ¿qué le ha pasado?». Gritaba como un loco. Mi madre le contó la verdad, que su hija estaba trabajando. En

mi día libre, como de costumbre, fui a casa. Mi madre me abrió la puerta y me avisó con discreción: «Majdou, está aquí tu padre». Yo me quedé absolutamente fría al escuchar sus palabras. ¡En ese momento sentía verdadero rechazo hacia él!

A partir de su regreso mi padre llevó una vida de infierno con nosotras. Se había acostumbrado a su vida de soltero en Europa y hacía lo que quería. Y venga a gritar, «¡esta comida no está bien hecha!», «¡este café no está en su punto!». Recuerdo que mi madre tenía que levantarse todos los días a las seis de la mañana para prepararle su café, que él siempre tomaba con el cigarro de la mañana. Eso no era vida para mi madre ni para nosotras.

A cuenta de la ausencia de mi padre nosotros tomamos distancia con su hermana. Después de casarse ella se había quedado en la casa de mi abuelo en Bab Taza, una casa con muchas habitaciones, que alquilaban. Su marido era del Sous, una zona del Atlas donde se hace el aceite de argán y donde hablan su propio idioma⁴⁹. Era carnicero y tenía un puesto en el mercado semanal de los miércoles en Bab Taza. Ese día todos los campesinos de la zona venían a vender sus productos y a comprar lo que necesitaban. Ella era buena persona. El miércoles de mercado semanal, cuando su marido mataba los animales para venderlos, nos reservaba la panza, la cabeza, el

49 El Sous o Sus es una región del sudoeste de Marruecos de gran productividad agrícola. Sus habitantes son tribus bereberes Chleuh que hablan una lengua llamada *tasbelhit* o *shilba* (una variante del *amazig*). También hay comunidades de habla árabe magrebí. Su vegetación natural es la sabana dominada por un árbol endémico (que sólo habita esa zona) llamado argán (*Argania spinosa*). El argán está actualmente amenazado por la sobreexplotación humana, pues en las últimas décadas el aceite de su semilla se ha comercializado a nivel internacional. Parte del Sous es actualmente Reserva de la Biosfera.

hígado y lo que fuese. Venía a visitarnos desde Bab Taza, nos traía la carne y nos daba algún dinerillo para comprar chuches. Pero la relación se enfrió cuando supimos que ellos habían tenido contacto con mi padre por carta. ¡Mientras nosotros estábamos desesperados buscando a mi padre, su hermana sabía de él y no nos decía nada!

14. Enamorados ciegamente

Yo seguía trabajando en la casa de los Benet en Kabila. Los señores tenían un niño; recuerdo que era rubito y con ojos azules. Cuando la niñera tenía su día libre yo me hacía cargo de él y lo sacaba de paseo al jardín. Un día, un chico marroquí que andaba por allí se acercó al niño y le habló en español. Empezamos a conversar en árabe y tomamos un refresco juntos. El chico se llamaba Yassir y era del Rif. Vivía en Tetuán y trabajaba en el consulado iraquí en Rabat, la capital de Marruecos.

Enseguida sentí que Yassir me gustaba y empezamos a salir a escondidas. Él venía a verme al trabajo, aunque a mí no me hacía gracia, y hacíamos saliditas fuera de Tetuán. Como yo nunca había podido ir a ningún lado disfrutaba de cada pequeña oportunidad. En una ocasión fuimos en el coche de su padre a Tánger y dimos una vuelta por la ciudad. Otra vez tomé unos días libres y junto con un amigo de él y su familia, nos fuimos de viaje a Rabat. Nos alojamos como invitados en la casa del cónsul. Comimos, paseamos, reímos...

Recuerdo que en aquel viaje la hermana de este amigo suyo me dio un consejo: «Majdou, procura hacer tu vida y aprovecha para disfrutar un poco antes de casarte, porque cuando te cases tendrás que quedarte en la casa. Ya sabes lo que nos pasa a las mujeres. ¡Se te van a cerrar todas las puertas!». Ella hablaba desde su experiencia. Tenía un marido muy celoso que la controlaba mucho.

Después de un año saliendo sin que mis padres lo supiesen, llegó el día en que Yassir vino a casa para pedir mi mano. Hicimos una pequeña fiesta a la que asistieron, como es tradición, unos hombres religiosos de barbas y *jellabas* (chilabas) llamados *al aadoul*. En los acuerdos de matrimonio se da un dinero a la familia de la novia, lo que se llama la dote. Nuestra familia no somos de aprovecharnos y, aunque mi padre no tenía un duro, le dijo a la madre de Yassir, «no exigimos nada, que nos dé lo que pueda».

Yassir quería que dejase mi trabajo. En esa época trabajar de interna estaba mal visto y él no quería que su familia lo supiese. Yo estaba contenta con mi trabajo porque me daba cierta independencia. Él insistió y llegó un momento en que tuve que dejarlo. Yo estaba enamorada ciegamente de él y Yassir también de mí. Desde su trabajo en Rabat me llamaba al teléfono de mi vecina de arriba, porque en casa no teníamos línea. Ella venía a avisarme y yo subía corriendo y feliz de la vida. Si en ese momento tenía dolor por la regla o lo que sea con la llamada se me pasaba todo.

Para la pedida de mano me hice un vestido de novia europeo muy bonito de color beis y con un cinturón. Recuerdo que la noche que lo estrené fuimos al mirador donde estudié de pequeña, que tiene unas vistas muy bonitas; era una noche muy despejada. Otro día fuimos a Cabo Negro. Besitos, abrazos... Esas cosas de los novios. Yo estaba roja de vergüenza y él me decía que no le importaba, que yo le gustaba al natural.

Mi padre nunca me dijo, «esta ropa no vale para tí» o, «no te pongas tal cosa». Si nos traía ropa, siempre era moderna. Y nunca opinó sobre mi forma de vestir. En mi tiempo, en la forma en que yo me crié, llevar pañuelo a la cabeza era una cosa de cultura, más que de religión. No era obligatorio llevarlo, como ahora. Sólo mi madre se ponía pañuelo; mis hermanas y yo nunca lo llevamos. Como yo tenía la misma talla que la señora de Benet, con

quien trabajaba, ella me daba ropa suya bonita y de buena calidad. Cuando me ponía su ropa la gente pensaba que yo era extranjera.

La verdad es que hasta que cumplí los treinta años en Marruecos no tuve ningún problema por ir sin pañuelo. Hablamos ya de los años noventa. Cuando yo era joven las mujeres moriscas empezaron a llevar *jellabas* negras de tela fina estilo *kafasi* y empezaron a cubrirse la cara con un pañuelo de seda bordado llamado *ltam*. Lo hacían como una moda, y nosotras las mujeres árabes las copiábamos. Ellas nos parecían más modernas. Yo conservo fotografías de fiestas de las moriscas vestidas así y con la cara cubierta, tomadas de Facebook.

Yassir me propuso apuntarme a Cáritas para aprender a coser. «¡Me encantaría!», le dije. Cáritas estaba en unas salas de la iglesia de Tetuán. Estuve aprendiendo corte y confección durante muchos años, hasta que obtuve mi título. En ese tiempo preparé mi ajuar con la ayuda de una mujer. Tú o tu familia tienes que hacer todo el ajuar. No has de comprar nada.

Unas hermanas de Yassir estaban estudiando en Granada. Cuando venían a Marruecos él siempre les decía, «traed algo para mi muñeca». Él quería que yo llevase las uñas largas y pintadas, que nunca las he tenido así. Y encargaba a sus hermanas vitaminas para las uñas y cremas para las manos, porque las tenía destrozadas de tanto lavar. O me llamaba, «prepárate que paso a buscarte en un cuarto de hora, que mi hermana va a comprar unas telas y vamos a coger también para ti». Siempre me daba un capricho. Mientras yo trabajaba había estado comprándome a plazos siete aros (*shedla*), que me los iban entregando poco a poco. El final de ese crédito me lo pagó Yassir.

Preparamos «la fiesta de los anillos» en la casa de los padres de él. Yassir compró los anillos, unos pendientes de oro para mi madre y dos pares de pendientes para mí. Me hice un vestido con la ayuda de una señora y las chicas que se encargan de preparar a la novia me arreglaron. ¡Mi madre no me reconocía! Tenía tanto

apuro que me llevaron a rastras para hacernos la foto. Hicimos el papel del casamiento. Legalmente yo ya era su mujer.

Yo era muy espontánea: si un cantante me parece guapo lo digo y si me gusta una película lo cuento. Pero Yassir era muy celoso. Un día comenté que un chico de una tienda me parecía muy guapo. Cuando esto llegó a oídos de Yassir se presentó en mi casa, me dio dos tortas, en el mismo sitio las dos tortas, y me dijo que no volviese a entrar en la tienda de ese chico. Yo tenía unos veinticuatro años; sería hacia 1984. Mi madre me pegaba y mi hermano mayor también me pegaba pero las tortas de Yassir me templaron todo el cuerpo. Mi hermana pequeña estaba delante, se asustó mucho y fue corriendo a avisar a mi madre.

Cuando mi madre y su prima hablaban entre ellas de sus problemas, yo ponía el oído. Su prima siempre le decía a mi madre, «si tu marido te pega, tú tienes que devolverle. ¡Siempre hay que responder para que no vuelva a darte! ¡Nunca te quedes callada!». Ese consejo se me quedó grabado. Cuando Yassir me abofeteó agarré un taburete de corcho para pegarle, pero él me lo quitó. Entonces fui a por la mano del *mabrez* (almirez) para darle con ella. Yassir me empujó y me tiró sobre la cama. Entró mi hermano y detrás vino mi madre. Yassir empezó a llorar: «Mamá (él llamaba mamá a mi madre), es que he tenido malas experiencias... Temo que Majdou no sea inteligente y que se deje engañar por alguien. Cuando me voy a trabajar no me quedo tranquilo. Tengo miedo de que se vaya con cualquiera».

Al poco tiempo de aquello cada uno pidió perdón al otro. Pasamos otro año más como novios. Yo seguía enamorada, porque nunca había tenido ese cariño, pero ya los últimos meses tenía la impresión de que no tenía futuro con él. El día de los enamorados Yassir no vino a verme. Compré unas florecitas y me fui a buscarle a casa de su madre. Me hicieron pasar a la sala pero él no quiso entrar a saludarme y no me dio ninguna explicación. Las flores se quedaron en el sofá y yo me largué.

15. Sientes que no vales

Un día Yassir salió a mi encuentro cuando iba hacia mi casa. Falaban pocos meses para la fiesta de la boda. Detuvo su coche y me dijo, «hola, ¿no te ha llegado una carta? Ya estás divorciada. Entre tú y yo ya no tenemos nada». Fue así de cobarde. Empecé a repasar recuerdos. Ahora entendía mejor algunas cosas. Yo sabía que la madre de él quería casarlo con una paisana y que él no estaba de acuerdo. «No le hagas caso a mi madre, que son gente antigua», me decía. Cuando yo llegaba a su casa, su madre me sugería, «a ver si me ayudas a limpiar». ¡Pero ella ya tenía a sus nueras para que limpiasen su casa! Y cuando estaba en su casa me mandaba que le comprase uvas, o patatas, tomates... Cualquier recadito. Lo hacía para ver si me pillaba con alguien.

El día de la fiesta de los anillos la madre nos había servido la comida a los dos solos en una habitación. Yo creo que ese día debió de poner algo de brujería en mi comida. Y tiempo atrás un día de vacaciones Yassir me había propuesto acompañarle a Ksar el Kebir donde un brujo, una pequeña ciudad cercana. Teníamos que recoger un encargo de su madre destinado a su hermano, que estaba deprimido. Él no creía en eso pero tenía que hacerlo. Yo pienso que quizás no era por su hermano. El señor nos entregó todo preparado: esto para quemar, esto para colgar... Le pedí que me «leyera el futuro», como dicen aquí. En Marruecos no se hace con cartas sino con una hoja de papel y una pluma para escribir con tinta. El señor me dijo, «una mujer mayor y una chica te odian a muerte. ¿Quieres saber sus nombres?». Aunque no creo en la brujería, me asusté y le respondí, «no hace falta».

Desde que supe que estábamos divorciados empecé a odiar a Yassir. Yo aceptaba su decisión pero seguía enamorada. Yo quería casarme para salir del agobio de mi casa; siempre encerrada y

siempre trabajando. Yo observaba a los matrimonios y me daba cuenta de que al casarme también podría tener problemas, ¡pero por lo menos serían problemas diferentes! Todos los vecinos sabían que faltaba poco para la boda y ya no había boda. Todos se preguntarían, «¿qué ha pasado?». Mucho cotilleo. Y tú sientes que no vales. Te sientes humillada. Mi vida no tenía valor. Me sentía sola en el mundo. De repente no veía futuro.

Un día aproveché que mi madre había ido al mercado y salí camino de una presa cercana para tirarme. Ya no quería vivir más. Era la mentalidad que teníamos en esa época⁵⁰. Cerca de esa presa había fábricas de ladrillos. Recuerdo que al pasar los trabajadores me gritaban, «¡guapa!». Un chico que andaba por allí pensó, «una chica así, ¿a dónde va por este camino?». Yo caminaba directa al puente de la presa, llora que llora. No oía los pasos del chico detrás mío. Cuando me disponía a lanzarme hacia abajo él me sujetó por detrás y me salvó.

Ese mismo día yo tenía una cita en el juzgado con *al aadul*, los hombres que te casan o te divorcian. Antes de conceder el divorcio, ellos tienen que preguntarle a la chica: «¿tu novio te quitó tu virginidad?». Porque saben que muchos chicos engañan a la chica, la hacen de todo y luego la dejan plantada. Si averiguan que te ha quitado la virginidad, hacen pagar un dinero al novio. El chico que me salvó la vida me acompañó a esta cita. Recuerdo que en la entrevista yo estaba toda roja, llorando desesperada.

Cuando volví a casa mi madre quiso saber dónde había estado. Yo me inventé algo para que no se preocupase. Hasta hoy nadie se ha enterado de aquello. Sólo ese chico y Dios. Este suceso siempre ha estado en mi mente pero no he tenido a nadie que me diese un poco de

50 Situado el amor romántico como máximo valor emocional, cuando esa forma de amor acaba la existencia de la persona enamorada deja de tener sentido.

confianza para contárselo. Hoy en día agradezco que Yassir se separase de mí antes de tener hijos. Sé que me he librado de mucho sufrimiento.

16. Cuidaba de sus hermanas

Hacia 1985, cuando estaba para cumplir veinticinco años, pasé el examen del curso de costura de Cáritas y empecé un año de prácticas enseñando a las chicas. Poco antes de las vacaciones de verano se incorporó una chavalita nueva y un día me dijo, «Majdou, desde el primer día que te he visto me gustas. Quiero hablar contigo. Vamos a la calle». Salimos y me explicó, «tengo un hermano que vive en Europa. A ver si os hacéis novios y te casas con él». A mí en ese momento no me llenaba nada. Acepté por salir de la racha de desánimo. Yo la llevé a conocer mi casa y le di nuestro número de teléfono, que en esa época ya teníamos, para que pudiese avisarme de lo que surgiera.

Esta chica era la hermana mayor de cuatro hermanas. La última todavía andaba con pañal. Sus padres y sus hermanos estaban en Europa (en Holanda o en Bélgica, no recuerdo) y sólo venían a Marruecos de vacaciones. Ella se encargaba de cuidar a sus hermanas como si fuese su madre y su padre a la vez, aunque era una chavalita. Las niñas pequeñas habían nacido en Europa y en enseguida sus padres las habían mandado a Marruecos para que las criase ella. Los hijos varones se quedaban con los padres en Europa.

En una ocasión vinieron a recogerme a mi casa para acompañarme hasta la suya. Era un edificio de varias plantas. Recuerdo que me hicieron subir a la primera planta y él estaba en la segunda. Él le decía a su hermana, «dile a Majdou que suba». Y yo le decía a ella, «yo no subo; dile a él que baje». Yo pensaba, «no voy a subir. Si quiere bajar, bien, y si no, me voy». Al final el chico bajó. Tomamos el té y charlamos un poco. No me gustó nada. Además era de Iktama (Ketama,

en el Rif), de donde venden el hachís. No le dije ni que sí ni que no. No hacía falta, porque yo sabía que él regresaría de nuevo a Europa.

Antes de marcharme el chico me dijo, «ya ves que mis hermanas son jóvenes y están solas. Por favor, ven a verlas de vez en cuando, que les hará ilusión». Desde entonces con ocasión de cada fiesta religiosa yo iba a visitarlas. Ellas se alegraban mucho y me lo agradecían. Y también venían a mi casa. Pasado un tiempo la hermana mayor me mandó un aviso, «mi madre está aquí. Si quieres conocerla, ven a casa». Su madre era una mujer sencilla. Recuerdo que se puso muy contenta cuando me vio.

Ese mismo año fui a visitarlas por Ramadán, acompañada de una amiga mía. Me gustó verlas tan mayores. ¡La más pequeña ya estaba grandota! Y todas estaban ya estudiando. Nos sentamos a tomar el té y de repente la hermana mayor se puso a llorar. «¿Qué pasa?», le pregunté. «Que mi hermano ya se ha casado». Y me contó que su madre había venido a Marruecos para preparar la pedida de mano conmigo y él no se había reunido con ella; se había quedado en Europa con otra chica. Estaban muy disgustados porque preferían algo serio para él. Yo les dije que no pasaba nada, que era lo que Dios había querido.

Yo seguía con mis rutinas. Un día en el autobús alguien me agarró por detrás. Yo empecé a temblar. ¡Siempre me pongo a temblar cuando tengo miedo! Era Yassir: «Majdou, quiero hablar contigo. El contrato que hemos roto se puede hacer de nuevo; no hay problema». «No quiero saber nada de ese asunto», le respondí. «Tú tienes mucha preparación y yo a tu lado no soy nada pero no acepto la forma en que te has separado». Él siguió detrás mío. En una ocasión tocó la puerta de casa y le dijo a mi hermano, «quiero hablar con Majdou, de parte de mi hermana». Mi madre me avisó, «está Yassir ahí, a ver cómo te las arreglas». Yo me puse la *jellaba*, que sólo la usaba para hacer recaditos, y salí. Me fui donde Yassir y le dije muy seria, «¡no quiero saber nada de ti, no me busques más!».



Área de Marruecos donde vivió Majdou, ocupada por España hasta 1956. Escala 1:500.000. Madrid, 1955. Cartoteca del Instituto Geográfico.

17. Soy una buena cantante

Yo no quería casarme ni tener novio. Buscaba la forma de ganarme la vida para no depender de nadie y seguía con esa terrible tristeza. Me veía muy mal; hasta vomitaba. Mi padre me llevó de curandero en curandero. También fui al médico. El médico me dijo que tenía que llenar mi tiempo con alguna actividad, me preguntó qué cosas me gustaban y cuando le dije que me gustaba cantar me sugirió apuntarme a solfeo en el Conservatorio de Tetuán. Era un poco mayor para ingresar pero me aceptaron porque tenía muy buena voz.

Allí aprendí a tocar el laúd andalusí. Todos los profesores del conservatorio eran moriscos y enseñaban música andalusí. Te trataban con mucha confianza, como si fuésemos una familia. No hacían diferencias por tu lugar de origen⁵¹. Cantar y tocar el laúd en ese conservatorio fue para mí una verdadera terapia.

En el conservatorio había una sala de fiestas donde hacían galas de música andalusí con motivo de fiestas especiales. Participaban músicos que vestían con *tarbus* (gorro) rojo y babuchas amarillas, y tocaban el laúd, el violín andalusí (rabel), el *darbouga* (tambores) y el *ktar* (como un pandero de piel). Eso me encantaba. Con ocasión de estas fiestas me llamaban para cantar, porque sabían que tenía buena voz. También me llamaban por la fiesta del rey de Marruecos.

Había un profesor de guitarra andalusí que componía canciones de contenido político contra el rey Hassan II. Eran canciones de denuncia. No se vendían en las tiendas de Marruecos ni se

51 Quizás el ambiente que vivía en el conservatorio era menos clasista y menos discriminatorio que la sociedad en la que ella había crecido.

cantaban en la calle; las cantaban los grupos de músicos emigrantes marroquíes en Europa⁵². Él vio que yo cantaba muy bien y me dijo, «Majdou, yo te hago el pasaporte, nos vamos a Europa a trabajar juntos cantando. Vas a estar segura, en confianza, yo me hago cargo de todo». Me lo decía como profesional, porque él estaba casado. ¿Trabajar cantando? ¡Yo estaba feliz sólo de pensar en esa posibilidad!

Hablé con mi madre y con mis hermanos para que me dieran permiso para ir a Europa con este profesor, pero no hubo manera. Mi hermano mayor se negaba. El segundo también me dijo que no, pero con más diplomacia: «chica, mejor quédate tranquila en casa. No te busques problemas». El profesor insistió en hablar con mi familia personalmente y le dije, «no vengas, porque no van a aceptarlo». «¡Siempre vas a vivir con esa pena!», me respondió.

Tiempo después nuestro profesor de laúd andalusí nos propuso prepararnos para un programa concurso en la radio. Era algo parecido a Operación Triunfo. En ese tiempo en la mayoría de las casas de Marruecos no había tele. La radio era el principal medio de comunicación. Me escogieron para uno de los grupos y preparamos la actuación con un profesor. Grabamos en las

52 El rey Hassan II impuso una férrea dictadura militar y mantuvo a la mayor parte de la población en la pobreza y en el analfabetismo. En esas décadas de fuerte vigilancia y censura miles de personas fueron represaliadas. Muchos artistas marroquíes se autoexiliaron en Europa y denunciaron la situación política en Marruecos a través de sus creaciones (literatura, pintura, escritura, música...). Hassan II falleció en 1999, y entonces su hijo Mohammed VI heredó el trono. Poco se ha esclarecido sobre la represión durante el reinado de Hassan II y sobre sus consecuencias.

instalaciones de la radio, con la presencia de un experto que nos valoraba. Yo canté una canción titulada *Fakkarouni*, de Oum Kalthoum, cantante egipcia muy conocida. El experto dijo que yo era muy buena y que tenía una voz parecida a la misma Oum Kalthoum⁵³.

Sólo se enteraron de que participé en este programa mi madre y mis hermanos pequeños. Los mayores vivían en otra ciudad y no se lo contamos. Recuerdo que cuando lo emitieron por la radio yo estaba amasando el pan, y con las manos embadurnadas subí rápidamente el volumen. Luego avisé a mi madre, «*jimma, asma!*», «*mamá, escucha!*».

Oum Kalthoum nos gustaba muchísimo. Teníamos discos suyos, y cuando estaba sola en casa limpiando cantaba a toda voz sus canciones. Una hermana mía que también había ido al conservatorio, y en esos años, cuando acabábamos las tareas de casa y nos juntábamos con mi madre en la sala y cantábamos. Eran las pocas ocasiones en las que compartíamos el disfrute con mi madre. Todavía conservo mi cuaderno de música de aquel tiempo. El laúd lo entregué de regalo al conservatorio hace pocos años.

Por entonces una vecina de mi calle me presentó a un señor de Rabat que buscaba una segunda mujer. Mi madre le dijo

53 Oum Kalthoum (Egipto, 1898-1975) es una cantante muy reconocida en el Mundo Árabe. Empezó a actuar muy joven en pequeños teatros, pero hasta los veintitrés años tuvo que salir disfrazada de chico. Sus canciones representaban la esperanza colectiva del renacimiento y la unidad del Mundo Árabe. Durante muchos años la radio *Sawt al-Qahira* (La Voz de El Cairo) retransmitía en directo sus actuaciones semanales y éstas eran escuchadas en todo el Mundo Árabe.

que su hija no quería, porque sabía que ser una segunda esposa no era vida. Entonces ese hombre pidió la mano de una prima nuestra que ya tenía hijos y nietos. Estuvimos en su boda y todo resultó muy bien. El hombre quedó muy contento. Decía que nunca había ido con una camisa tan bien planchada y lavada. Yo veo que los hombres en Marruecos, sea pobre o rico, ninguno viste bien.

18. Visado para Europa

Yo siempre estaba pendiente de lo que pasaba en España. Compraba de segunda mano las revistas españolas y preguntaba a la gente. Yo sabía que Europa era distinta que Marruecos, y que en Europa había más derechos humanos. Siempre pensé en la posibilidad de ir a Europa.

Cuando era joven la mujer en Marruecos no obtenía pasaporte fácilmente, a no ser que tuviese dinero. Para la gente pobre si tu familia no estaba de acuerdo con que salieras o si no contabas con alguien que te apoyase era difícil conseguir pasaporte. Cuando yo salí con Yassir él pidió a sus amigos en el consulado de Irak que me ayudaran a conseguir visado para ese país. Tardaron años en responder a la solicitud y cuando por fin llegó la respuesta ya nos habíamos separado.

Dos policías se presentaron en mi casa sin aviso previo. Me llevaron con ellos a un cuartito de la comisaría y me sentaron con muy malas formas, ¡como si hubiese hecho algo malo! Entonces empezaron a interrogarme: «Vamos a ver... Una chica brillante como tú, ¿qué va a hacer en Irak?». Yo sabía que me preguntaban eso porque muchas mujeres de Marruecos trabajan como prostitutas en Irak. ¡Me tuvieron allí acosándome durante cinco horas!

La verdad es que me entró mucho miedo. Al final cedí y rechacé el visado. Luego supe que con ese mismo visado podría haber conseguido pasaporte para ir a Europa.

Después de mis estudios en el Conservatorio volví a trabajar en la casa de Benet. Mientras, la idea de salir a Europa no se me quitaba de la cabeza. Buscaba por mi cuenta la forma de conseguirlo. Por ejemplo cuando algún conocido de los que había salido en patera venía a Tetuán de visita yo le preguntaba, «¿conoces a alguien que me lleve a España?».

Cuando mis hermanos terminaron su carrera y tuvieron trabajo buscaron sus novias. El segundo conoció en Khouribga a una chica de Tetuán que también era profesora. El mayor conoció en Ksar el Kebir a una mujer de un pueblo de Tetuán. Pidieron un crédito al banco juntos e hicieron sus bodas a la vez, porque la vida estaba muy cara. Para entonces mi padre había vuelto a salir a Europa. Vivía en San Pedro Alcántara (Marbella) y trabajaba en casas de gente rica como jardinero y haciendo chapuzas. Cuando vino a Tetuán para la boda de mis hermanos aproveché para pedirle que me ayudase a ir a Europa. Él no quería que yo saliera. Decía que había conocido muchas chicas marroquíes que hacían trabajos feos en Europa. Cada vez que mi padre venía yo le insistía mucho y al final aceptó.

Era hacia el año 1990. En ese tiempo a los marroquíes del norte cuando entrábamos en España nos daban un visado de tres meses. Y si luego nos quedábamos más tiempo no nos ponían problemas; la policía no te molestaba tanto. Primero intentamos pasar por Ceuta mi padre y yo. En la aduana de Ceuta te sellan el pasaporte antes de subir al barco. A mí me dejaron pasar porque tenía pasaporte nuevo. Mi padre tenía muchos sellos de entrada y salida, y esta vez no le dejaron entrar. Entonces él dijo que si no

podíamos salir juntos a Ceuta regresábamos juntos a Tetuán. Yo no quería volverme, ¡pero él decidía por mí!

Buscamos otra forma de salir. Como mis hermanos eran profesores ellos y sus mujeres podían pasar como turistas. Se pusieron de acuerdo con un compañero de trabajo de mi padre en San Pedro Alcántara; un hombre mayor y soltero que era de Écija, un pueblo de Sevilla. Reservaron un piso de alquiler en Écija como si fuésemos de vacaciones y pasamos la frontera todos: mis hermanos, mis cuñadas, mi padre, el amigo de Écija y yo. Entregamos a la vez los siete pasaportes y el policía fue poniendo sellos uno tras otro sin reparar en el documento de mi padre, que estaba en medio. ¡Tuvo suerte!

Las mujeres fuimos hasta Écija en el coche del amigo de mi padre, y mi padre y mis hermanos cogieron el autobús a Sevilla, donde les recogió este amigo con su coche. Pasamos unos días haciendo turismo. Era el mes de agosto, recuerdo que hacía un calor terrible y que estaban de feria. Cuando mis hermanos y sus mujeres regresaron a Marruecos, mi padre y yo nos fuimos con su amigo a San Pedro Alcántara.

Nos alojábamos en un hostel de San Pedro. En la zona de Marbella casi no había autobuses de línea. Para ir a la playa o a donde sea necesitabas un coche o un taxi. Un día que el amigo de mi padre nos llevaba en coche por la carretera antigua de Marbella a Málaga vi la casa Mercedes Benz. Este taller lo llevaban los Benet, la familia con quien yo había trabajado en Marruecos. Entramos a buscar al dueño, con la suerte de que en ese momento estaba allí. Benet me sugirió que hablase con su mujer. Fuimos a su casa en Guadalmina Baja, una urbanización de Marbella a pie de playa. La mujer me recibió muy bien y me puso en contacto con una señora argentina que vivía cerca, que buscaba alguien para trabajar con ella.

19. Nunca me pagaba todo

Mi nueva jefa se llamaba Sulma, era decoradora y trabajaba en la revista Borda. Su marido era francés y trabajaba como arquitecto. Yo sabía un poco de español porque en Tetuán estábamos acostumbrados a escuchar hablar en español, y además había asistido a clases en Cáritas, así que podía entenderme un poco con ellos. Vivían en un apartamento chiquitín y ella me propuso que durmiese allí mismo.

En esa urbanización pasaban sus vacaciones muchas familias de Madrid y de Bizkaia. En sus casas trabajaban chicas latinas, españolas y *marroquinas*⁵⁴. Empecé a salir a dar una vuelta con ellas por Puerto Banús o Marbella, a escondidas de mi padre. Una tarde él llamó a casa de Sulma preguntando por mí. Cuando la señora le dijo que yo había salido con mis amigas se enfadó mucho: «¡Lo que me temía! ¡Por eso yo no quería que vinieses aquí!», me sermoneó después.

Yo tenía muchas jaquecas. El calor de Marbella me hacía daño y no tenía fuerzas ni ánimo. Además no aceptaba la comida que tomaban allí. Echaba de menos mis costumbres y a mi familia. ¡No me gustaba nada aquel sitio! Mis dos hermanos pequeños también vinieron a España en esa época. Yo hablaba con mi madre por teléfono y lloraba. Ella es muy tímida y también lloraba. Aunque mis hermanas estaban con mi madre, ella sentía la casa que se había quedado vacía de golpe.

En Guadalmina conocí a Halima y a su marido, una pareja de Tetuán. En verano trabajaban con una familia de Neguri que tenía un apartamento en Guadalmina y en invierno trabajaban con otra

54 La palabra *marroquina*, para llamar a las mujeres marroquíes, es parte del habla castellana de los marroquíes.

familia en Madrid. El portero de su bloque les avisó: «Halima, hay una paisana tuya que trabaja en tal apartamento». Nos hicimos amigos. Con ellos podía hablar en mi lengua y me sentía más cerca de mi país. Ella es del Rif y tiene la piel muy blanca. Es mayor que yo y antes de llegar a España ya había trabajado con muchos españoles en Tetuán y en Ceuta. ¡A su lado yo era una cuitada!

En ese tiempo Irak y Kuwait estaban en guerra. En Puerto Banús y Marbella vivían muchos kuwaitíes de todas las edades que habían salido huyendo de su país⁵⁵. Hay un microbús que va de Marbella a Puerto Banús y desde allí sale otro que va hasta San Pedro, y a la playa de Guadalmina Baja se llega caminando. Un día una amiga y yo íbamos en el autobús a San Pedro y un señor nos escuchó hablar en árabe y se giró: «*Salam aleikum*» (la paz sea contigo). «*Wa aleikum salam*» (y contigo), le dije. Es la forma que tenemos los árabes para saludarnos. «¿De dónde eres?», me preguntó. Charlamos un poco. Él tenía negocios de tiendas de flores en Kuwait. Bajamos juntos del autobús y nos acompañó hasta el Hotel Guadalmina, que sale mucho en las revistas del corazón, por los famosos que se alojan allí. La chica que estaba conmigo quería irse con él a una habitación para conseguir un dinerito. Supe que ese señor volvió a buscarme al día siguiente; pero a mí nunca me han gustado los árabes.

55 Se refiere a la llamada «Guerra del Golfo». Irak mantenía desde hacía tiempo un conflicto con Kuwait por la explotación de petróleo y por su alianza con Estados Unidos. Tras la ocupación de Kuwait por Irak en agosto de 1990 la ONU organizó un ataque militar liderado por Estados Unidos. La operación se prolongó hasta febrero de 1991. Los bombardeos indiscriminados provocaron cientos de víctimas civiles y la industria militar aprovechó para experimentar con un nuevo armamento, las bombas de fragmentación.

Sulma hacía la costura en un local de Guadalmina Alto y su marido hacía proyectos de casas allí mismo. Tenían contratadas a varias personas. Cuando el local estaba lleno de suciedad Sulma me decía, «vente a hacer unas horitas». Le empezaron a proponer trabajitos en Mijas, en Nerja y otros pueblos cercanos, y me pedía acompañarla para desembalar, colocar, limpiar, colgar cortinas... lo que surgiese. ¡Pero mi sueldo siempre era el mismo! A veces sus vecinos de apartamento le preguntaban, «¿conoces a alguien que pueda darme una pasadita al apartamento?». «Majdou, aprovecha y ve con ellos», me sugería Sulma. Ella pensaba que así me compensaba por mi trabajo extra en su casa.

Yo llevaba muy mal el calor de la costa y seguía muy baja de ánimo. Cuando acabó el mes de agosto la gente regresó a sus lugares de origen y la urbanización se quedó desierta; sólo quedaron los porteros. A las seis de la tarde los porteros volvían al pueblo en sus coches y ya no había nadie por la calle, ni había locales abiertos. Yo me quedaba sola en casa de Sulma con los gatos. ¡Ellos son los que me daban cariño!

Como la señora no tenía hijos empezó a proponerme que la acompañase a todos los sitios. «Voy al súper, ¿te vienes?». Una vez me llevó a cenar con ella. Yo era muy vergonzosa. A la mínima me ponía toda roja y bajaba la cabeza. Y ella me decía, «no agaches la cabeza, que te he traído aquí para ver si ligas». En otra ocasión me llevó al cumpleaños de su hermano. Yo me quedé en la cocina, ayudando y conversando con las chicas que trabajaban en esa casa. Ella vino a buscarme y me sacó al jardín, donde estaban charlando y bailando sus tangos. No me sentía bien allí, y le dije que quería marcharme a dormir. Aunque la casa de Sulma no estaba lejos, pidieron a un chico que trabajaba de guardia jurado que me acompañase.

20. Un encargado muy amable

Hacia 1991 España empezó a pedir visado a los marroquíes que querían entrar. Esto supuso nuevos problemas para la gente que emigraba⁵⁶. Ese año nos empezaron a dar papeles a los que estábamos allí con el visado caducado, si presentábamos una oferta de trabajo o precontrato. Para renovar la residencia de un año tienes que llevar otra vez los papeles de la Seguridad Social, otro contrato y toda la cacharrería de Hacienda. Cuando va a caducar el segundo permiso de un año vuelves a renovar y te dan uno de dos años. Luego te dan un permiso para tres años más... Y a los diez años con permiso de residencia temporal por fin te dan la residencia permanente. Yo entré en el tercer grupo de cupos. Tardé en conseguirlo porque Sulma no quería hacerme el contrato. Ella vivía bien, pero estaba como escondida de la Seguridad Social para no pagar por todo lo que gastaba.

¿Cómo conseguí ese contrato? En la urbanización donde vivía Sulma había un encargado de los contratos con los jardineros y los porteros, del mantenimiento, las reformas, ventas, alquileres, etcétera. Era un señor mayor. Cuando yo pasaba ante su oficina camino del apartamento de Sulma él me observaba. A veces me veía con los ojos rojos e hinchados de tanto llorar y un día salió a mi encuentro: «¿Qué te pasa, mujer?». Recuerdo que era una fiesta

56 Con su entrada en la Comunidad Europea en 1986 España cambió su política de fronteras. Implantó sucesivas restricciones a los ciudadanos y ciudadanas marroquíes, argelinos y tunecinos, y a partir de mayo de 1991 empezó a exigirles visado de entrada. En consecuencia tomó fuerza la vía clandestina de entrada. Desde entonces miles de personas han fallecido intentando cruzar El Estrecho. Esta catástrofe humanitaria continúa en el presente.

importante en Marruecos. Yo todavía vivía en las costumbres de mi país y cada vez que había una fiesta me acordaba mucho de ellos. «Echo mucho de menos a mi país y a mi madre...». Y le conté también mi problema con mi permiso de residencia. Él me dijo, «tranquila, mujer, no te preocupes. Cálmate... Ya veremos qué podemos hacer». Este hombre tenía una empresa de construcción y reformas junto con un socio, y me hizo un contrato de seis meses como limpiadora en su empresa. Ese mismo año, también con su ayuda, pudimos hacer los papeles de mi hermano el había venido a estudiar.

Este señor siempre era muy amable con nosotros. Si había que entregar papeles, nos llevaba en coche hasta las oficinas en Málaga y al regreso comíamos juntos en un restaurante de Torremolinos. A los tres meses de hacerme este contrato me llegó una carta de la Seguridad Social diciendo que no había pagado la cotización. ¡Este señor no me había dado de alta en la Seguridad social! Él se excusó diciéndome, «Majdou, yo sólo te hice el favor del contrato». La cotización que correspondía por ese tipo de contrato suponía más de treinta mil pesetas al mes y a esto se sumaba un recargo por no haber pagado a tiempo. ¡Eso era muchísimo dinero!

Fui llorándole a Sulma. Como ella no me pagaba muchos trabajos, tenía una gran deuda conmigo. Pensé que sería buena ocasión para cobrármelos. Sulma aceptó. En cuanto me dio el dinero yo se lo entregué en mano al encargado de la urbanización, junto a los papeles de la Seguridad Social, para que él mismo hiciese la gestión. Yo siempre evitaba hacer esos papeleos, porque no me arreglaba. Poco después el encargado me dio de baja en su empresa porque tenía problemas económicos. Entonces Sulma me dio de alta como trabajadora suya y acordamos pagar la Seguridad Social a medias.

Tiempo atrás este hombre me había propuesto salir con él a cenar. Como no sabía qué hacer consulté con mi amiga Halima, «el encargado me ha hecho tal propuesta, ¿qué le digo?». «Es un señor que trabaja con extranjeros. Lo hace de buena fe, no te preocupes. Vete con él y pásalo bien», me dijo. Fuimos a un restaurante de lujo cerca de Puerto Banús. Un chico se acerca y te abre la puerta del coche, le das las llaves y el chico te aparca el coche. Y a la salida te trae el coche hasta la puerta.

Ese local tenía fama de que la mujer tiene que sentarse de frente y el hombre de espaldas. En aquel tiempo yo no me sentía a gusto comiendo con cubiertos porque en Tetuán comemos con la mano. Nosotros sólo usamos la cuchara para la sopa y para el *cous cous*. En el sur de Marruecos el *cous cous* lo toman también con la mano, haciendo bolitas. Así que le dije, «ponte tú delante porque no me arreglo con los cubiertos». Él quería charlar de política y de fútbol. Yo estaba muy apurada. Era la primera vez que me preguntaban de qué partido soy y qué equipo de fútbol me gusta.

Otra noche fuimos a un sitio de lujo. Más adelante invitó a mi familia. Empezó a proponerme hoy y también al día siguiente, hasta que un día me dijo, «Majdou, quiero salir contigo». Como yo estaba aburrida me dije, «voy a aprovechar para pasármelo bien». Me llevaba a cenar al casino de Torrequebrada en Benalmádena (entre Fuengirola y Torremolinos). ¡Unos espectáculos y unas galas increíbles! En mi vida había visto algo tan bonito. Yo no sabía jugar y él me enseñó un poquito. Hoy ganamos cincuenta euros, mañana otra cantidad. Como él sabía que yo mandaba dinero a mi familia, cuando sacábamos algo me decía, «para ti, que te hace falta».

Llegó un momento en que el hombre se olvidó de su familia y de su casa. Estaba todo el tiempo en su oficina pendiente de si yo pasaba por allí. Si tenía clientes se quedaba y si no tenía, también. Él tenía mujer y dos hijos pero sólo pensaba en Majdou. Me dijo

que no le importaba tener una hija conmigo. «Yo no quiero una niña ni un niño sin un padre legal», le respondí.

Y el amigo de mi padre que era de Écija, que nos ayudó a entrar en España, como trabajaba de jardinero y tenía un huerto, de vez en cuando venía a buscarme a Guadalmina y me traía unas vainas, una lechuga, un tomatito... Este viejo asqueroso con tres o cuatro dientes quería tener algo más con la hija de su amigo. Me da risa y a la vez me da pena y tristeza. Un día habló con nosotros directamente: quería casarse conmigo. Mi padre se enfadó mucho: «He confiado en ti, ¿y ahora me pides esto? ¡Mi hija podría ser tu nieta! ¡No me hables ni me busques más!».

21. Deseando conocer Marruecos

Cada vez trabajaba más donde Sulma pero pasaba el tiempo y nunca me pagaba todo lo que me correspondía. Yo sabía que ella tampoco cobraba cada mes y que yo no era la única a quien no pagaba: el carpintero y el otro la llamaban por teléfono para reclamar sus deudas. Decidí dejar ese trabajo. ¡Yo tenía que mandar dinero a mi madre todos los meses! Cuando me despedí empezó a llorar como una loca. Y yo llorando también, ¡como si fuese a perder a mi madre! La tenía cariño pero necesitaba salir de ahí. Me llevó en su coche a San Pedro y me dijo, «para cualquier cosa que necesites ya sabes dónde vivo».

Hacia 1992, después de dejar a Sulma, decidí pasar una temporada en Marruecos. Necesitaba descansar y olvidar mis problemas. Con mi permiso de residencia ya podía salir del España sin miedo a que no me dejaran volver a entrar. Yo mantenía una relación cordial con el encargado de la urbanización y salíamos juntos de vez en cuando. Cuando estaba preparando el viaje a Marruecos, él me llevó a El Corte Inglés de Málaga y me compró

caprichos de galletas y chocolates para mi familia y una maleta con candado. «Todo para ti», me decía.

Siempre que yo iba a Marruecos llevaba regalitos para mi familia. Cuando los policías me abrían la maleta se quedaban sorprendidos al ver tantos paquetitos ordenados y muy poca ropa y me decían, «venga, cierra. Y disculpa las molestias». Este señor me acompañó hasta la misma aduana en el puerto de Algeciras y mis hermanos mayores me estaban esperando en la frontera de Ceuta. Me pasaban de una mano a otra. ¡Nunca me dejaban a mi aire!

Tras pasar unos meses con mi madre y con mis hermanas, el encargado de la urbanización vino de visita en sus vacaciones acompañado de un amigo suyo. Mi hermano Rayan y yo fuimos a recogerlos a Ceuta. Aunque eran amigos míos, yo no podía alojar a hombres en casa de mi madre. Dormieron en el Hotel Safir de Tetuán y los invitamos a comer. Él quedó encantado con la comida y me dijo, «Majdou, sólo me falta la copa de vino».

La mujer del primer ministro de Marruecos era cliente de la urbanización de Guadalmina. Ella les había invitado a este viaje. Les había reservado el hotel en Tetuán y les había preparado un viaje por el país con todo pagado. Yo había viajado poco por Marruecos y estaba deseando conocer sitios, así que cuando me invitó a sumarme a su viaje acepté encantada. Como no estaba bien visto que una mujer fuese sola con dos hombres mi hermana Hanane nos acompañó. Era una oportunidad. Yo no sabría viajar sola por Marruecos. Con ellos me sentía protegida y sólo pagábamos nuestros gastos fuera del hotel. Era octubre y mis hermanos mayores habían vuelto a sus lugares de estudio. Ellos no me habrían permitido emprender este viaje.

En Marrakech nos alojamos en el Hotel Viridiana. La gente del sur forma hablar de forma diferente a nosotros. En los hoteles nos hablaban en francés. Yo les pedía que me hablasen en árabe

pero al rato sin darse cuenta cambiaban otra vez al francés. Nos llevaron a cenar al Restaurante Internacional del Hotel Mamunia. Recuerdo que una chica de la recepción nos avisó, «en ese restaurante tenéis que ir muy elegantes; y los hombres con traje y corbata». Mi hermana no tenía zapatos, y en el mismo hotel le compramos unos zapatos de Chanel de marca falsa. Al día siguiente cenamos en el Restaurante Nacional, donde no hacía falta traje ni corbata, y después fuimos al casino.

¡Estaba en la gloria! Disfrutaba de conocer lugares y gente nueva, me encantaba entrar en las tiendas de artesanías, comprar babuchas... Pasamos a Khouribga, donde estaba mi segundo hermano, y comimos con él. En Rabat la mujer del primer ministro se había ofrecido a alojarlos en su propia casa pero él denegó la oferta para no comprometerse en asuntos políticos. Dormimos en un hotel donde trabajaba como recepcionista un familiar de mi padre.

Cuando acabó mi tiempo de descanso volví a San Pedro Alcántara. Busqué trabajo de todas las formas posibles pero no me salía nada. Pasado un tiempo mi amiga Halima me dijo que Sulma, la señora argentina, preguntaba por mí. Sulma ya no vivía en Guadalmina. Había comprado un apartamento en un monte junto a Puerto Banús y había montado su oficina cerca. Volví a hacer la limpieza con Sulma. Esta vez no dormía en su casa; me alojaba con mi hermano pequeño en un piso alquilado en San Pedro.

Llegó el fin de mes y otra vez me encontré con que Sulma no me pagaba. Un día la llamé por teléfono desde su propio piso para reclamarle mi sueldo. «Majdou, yo ya te he pagado», me dijo. Salí de su casa hacia su oficina con mucho nervio. El marido me vio desde su coche y me miró con ojos de fiera. Yo llevaba en la mano una bolsa con los zapatos de trabajo. Ella nunca quiso que usase uniforme; yo iba a trabajar con mis vaqueros y me ponía zuecos de trabajo. Entré en su oficina, le lancé la bolsa con los zapatos y

le grité, «¡señora, lo va a gastar usted en pastillas de la farmacia, porque yo tengo la conciencia tranquila de haberle dejado la casa como Dios manda!».

¿Qué había pasado? Como Sulma pensaba que enseguida iba a volver con ella no me había dado de baja en la Seguridad Social. Estuvo pagando mi cotización desde que me fui a Marruecos hasta que empecé de nuevo con ella. Ella quería recuperar ese dinero con mi propio trabajo.

Años después, cuando yo acababa de llegar al País Vasco, comprobé que sólo tenía un mes cotizado a la Seguridad Social con el contrato de seis meses como empleada de la limpieza que me había hecho el encargado de Guadalmina. Y es que cuando le entregué en mano el dinero para que pagase la deuda de la Seguridad Social él sólo pagó el último mes del contrato, lo justo para salvar mi residencia. El resto del dinero se lo metió en el bolsillo.

Rompí amistad con él. Para mí había sido como alguien de la familia; creí que era un buen hombre y puse en él toda mi confianza. Todos nos engañaban; cada uno de un modo diferente. En la Seguridad Social cuando les conté lo que me había pasado me aconsejaron que lo denunciase. No lo hice, y cada vez que repaso mi vida laboral y veo esa anotación de un sólo mes de trabajo en su empresa, me duele el alma.

22. Él me insistía y yo volvía

A través de mi amiga Halima conocí a un chico marroquí que trabajaba haciendo centros de flores de mesas para el hotel Los Monteros, que está pasado Marbella. Este chico me consiguió un trabajo como interna. «Son unos señores extranjeros que ya tienen con ellos a otro chico marroquí», me dijo.

Mi nuevo jefe me recogió con su coche en la parada de autobús. Era un señor muy bajito y hablaba un español diferente al de Marbella. Me propuso trabajar con ellos quince días de prueba. Cogimos unos churros en la estación, hicimos compra en el mercado de Marbella y nos fuimos para su casa. Era en la Urbanización Los Monteros. Cuando estaba mostrándome su casa entró una mujer alta, pero no se acercó para presentarse. Él me dijo que ella era de Panamá, en Centroamérica. Ella también hablaba español pero de forma diferente.

El chico marroquí que trabajaba en esa casa era de Mohammedia, una ciudad grande cerca de Casablanca. Su mujer era de Tetuán y cuando llegué aún vivía en Marruecos. Tiempo después este chico me contó que cuando me vio llegar pensó, «¡menuda princesa viene a trabajar aquí!». Yo en esos años estaba como un quesito.

En cuanto pasaron los quince días de prueba el señor me hizo un contrato. Fui con él y con su pareja a darme de alta en la oficina de la Seguridad Social. Aquella oficina estaba en una planta baja y para salir había que subir unas escaleras. Este amable señor subió detrás mío y aprovechó para tocarme por la espalda. Yo no entendí por qué hacía aquello y no fui capaz de reaccionar. Creo que estaba probando a ver cómo respondía. ¡En aquel momento yo tenía que haberle arrancado la mano!

Empezó mi adaptación al trabajo en la casa de estos señores. Desde el primer día me avisó, «si tienes novio, aquí no entra tu novio». Yo no me daba cuenta de que estaba tanteando a ver si tenía novio. En la casa había tarea de sobra porque el hombre era muy ordenado y muy maniático. Tuve que aprender sus costumbres y sus formas. Además, cuando el chico marroquí tenía sus días libres yo también tenía que hacer su trabajo; hasta regar la entrada con la manguera. Y cuando yo no estaba el chico marroquí hacía mi parte.

La mujer con quien vivía tenía una habitación y él tenía otra. El señor se hacía cargo de la casa y me fue enseñando a cocinar. Recuerdo que el primer día hicimos patatas fritas. Cuando yo ya las tenía peladas y cortadas él se acercó para decirme que no las quería así, que a él le gustaban delgaditas para que quedasen muy tostadas. Le encantaban las cosas crujientes.

El señor me pedía que le acompañase al mercado. Yo pensaba que tenía que ir con él porque me encargaba de cocinar. Pero enseguida comenzó a buscar jaleo conmigo. Quería todo: primero el besito y luego más. Un día le dije, «¡tú tienes a tu mujer!». Y él me explicó, «ella no es mi mujer, es mi pareja. Si yo quiero que se marche ella se irá y si yo quiero que se quede, se queda». No estaban casados y ella vivía con el dinero de él; no tenía su propio dinero. ¡Yo no entiendo esas formas!

El dormitorio del señor estaba en el piso de arriba. Allí mismo tenía una terraza donde solía tomar el sol desnudo y a veces me llamaba a voces desde arriba: «¡Majdou, suba!». Buscaba excusas para que lo viese desnudo. De cuando en cuando venía una masajista y le daba un masaje desnudo. Su teléfono era inalámbrico pero él no lo llevaba consigo; cuando sonaba yo tenía que llevárselo. Si era el momento del masaje, me lo encontraba desnudo tumbado en la camilla de masaje. A mí eso no me hacía ni pizca de gracia, y un día le grité, «¡no voy a llevarte más el teléfono!».

Cuando la masajista acababa su trabajo me tocaba arreglar la habitación del señor. Si era el día libre del chico marroquí, mientras yo le hacía la habitación el señor estaba en la terraza tomando el sol desnudo y la visera encima de su cacharro. Yo, de tanta timidez, hacía la cama, hacía el cuarto como Dios manda y hacía todo. No quería perder la posibilidad de renovar mis papeles. Aguantar, aguantar...

Al principio el chico marroquí no me convencía; me sentía insegura con él. Con el tiempo le perdí el miedo e hicimos confianza. Cuando yo le contaba lo que me pasaba con el señor él se reía y me decía, «¡este hombre es un enfermo mental!». El señor le ayudó con los papeles para traer a su mujer a España. Yo le apoyaba en lo que podía. Si íbamos al mercadillo y el señor me compraba un detallito (una camiseta, por ejemplo) yo le decía, «no la quiero sólo para mí. Cogemos tres: para mí, para el chico y para su mujer».

De cuando en cuando me enojaba con el señor. A veces, a las doce de la noche preparaba mis maletas, agarraba la puerta y me iba a la carretera. Pero eran muchos kilómetros de camino hasta el pueblo y esa carretera estaba desierta: por allí no había casas ni locales; sólo campos de golf, y no pasaban autobuses ni taxis. Así que no tardaba en reflexionar, «a estas horas, ¿dónde voy yo?». ¡Pasa alguien por la carretera y hace conmigo lo que quiera!

Si él se daba cuenta de que yo me había marchado bajaba las escaleras como un loco, agarraba el coche y venía tras de mí. «Majdou, ¿tienes algún problema? Yo soy responsable de ti y si te pasa algo tengo que hacerme cargo. Venga, sube al coche». Me insistía y me insistía hasta que volvía con él a su casa. Estaba atrapada por el miedo.

Hasta que caí y empecé a aceptar todo lo que me pidiese. Él era muy ordenado y muy limpio; me gustaba por su limpieza, no por nada más. Y llegó un momento en que el hombre ya no salía de la casa. Estaba pegado a mí casi las veinticuatro horas del día. Cuando su mujer le proponía salir él sacaba del bolsillo su tarjeta bancaria y se la daba: «Toma, vete tú con tus amigas». Y seguía sentado junto a mí. Para mí era como un pequeño demonio, bajito y muy rápido: bajaba las escaleras sin hacer el mínimo ruido y cuando quería darme cuenta ya estaba

otra vez detrás mío. Lo recuerdo como una pesadilla... ¡meses interminables soportando a ese señor!

Cuando alguien me llamaba por teléfono, yo sabía que el señor estaba arriba con su teléfono descolgado, escuchando todo lo que yo hablaba. Y si venía un trabajador para arreglar el jardín o lo que fuese, él me decía, «Majdou, no hables con ese hombre, que no te conviene». No quería que me acercase a otros hombres. Escuchaba todo lo que yo hablaba con cualquier hombre que venía a casa y me decía que no debía aceptar sus invitaciones. Me controlaba todo el rato. Si yo salía de la casa él bajaba corriendo para ver cómo iba vestida. Aprendí a salir muy silenciosa para que él no se enterase.

23. Se me pone la piel de gallina

En Andalucía trabajé unos siete años, desde 1990 a 1997. Estuve casi tres años trabajando con este señor y, de ese tiempo, ¡dos años aguantando sus abusos en silencio! Yo no podía contar a mi hermano o a mi padre lo que me estaba pasando porque temía que lo matasen si se enteraban. No quería buscarme más problemas de los que ya tenía.

Cuando dejé de trabajar con Sulma le dije al encargado de la urbanización de Guadalmina, «por favor de vez en cuando hágame una llamadita». El hombre me llamaba, «Majdou, ¿qué tal? ¿cómo te va en ese trabajo?». Eso me daba algo de tranquilidad. Sentía que no estaba sola. ¿Qué más hacía yo para no volverme loca? Llamaba a mi madre por teléfono: «¡Mamá, ese hombre me hace esto y lo otro...!», y me ponía a llorar desconsolada. Mi madre la pobre siempre me decía, «¡Majdou, por favor, sal de allí cuanto antes!».

También le contaba a mi amiga Halima sobre este señor. Ella siempre me aconsejaba, «Majdou, aunque necesites dinero para ayudar a tu familia, primero tienes que salir de allí. Después ya te buscaremos otro sitio donde trabajar». Yo estaba quemada. ¡Todo se me hacía tan difícil...! A veces Halima y su marido me hacían una visita en la casa del señor para demostrarle que yo no estaba sola. Charlaban con él y le sugerían que me tratase mejor, pero nada cambiaba.

Hacia 1996 Halima se quedó sin su trabajo con la familia de Madrid. La señora con quien trabajaba en Guadalmina le ofreció quedarse con ella en Neguri, donde pasaba el invierno. De modo que Halima, su marido y su hija se fueron a Neguri⁵⁷. A partir de entonces ya no podía contar con su apoyo cercano. Llegó un momento en que yo estaba totalmente hundida.

De cuando en cuando, fuese invierno o verano, este señor salía de viaje. A veces se iba él solo y otras veces marchaba con su compañera. Cada seis meses o menos salían unos días fuera del país para renovar su visado de turista. Así evitaban pagar impuestos como residentes. Cuando se iban de viaje yo me quedaba muy tranquila en la casa. Yo no podía coger mis vacaciones cuando quería; tenía que aprovechar estas ocasiones. De repente el señor me decía, «Majdou, vamos a estar fuera unos días; aprovecha y vete».

57 Muchas familias ricas tienen varias viviendas y varios lugares de residencia. Las rutas laborales de las mujeres que trabajan para ellas se ven condicionadas por sus traslados de temporada o definitivos. Ceuta, Cádiz (Sotogrande) y Málaga (Marbella) en el sur, poblaciones ricas de Madrid en el centro, y Bizkaia (Getxo) en el norte, son tres nudos de un recorrido transitado por muchas empleadas de hogar y cuidados que trabajan con estas familias.

Tiempo atrás en la urbanización de Guadalmina había conocido a una señora abogada que vivía en Pamplona. La familia pasaba las vacaciones en su apartamento de Guadalmina, y en invierno mandaba a sus hijas pequeñas a Guadalmina junto con las chicas dominicanas que tenía contratadas. Cuando yo trabajaba con Sulma pasaba muchas tardes con ellas y con las niñas. Y me invitaban a sus fiestas y a sus cumpleaños. Cuando dejé a Sulma esta señora me propuso trabajar en su casa de Pamplona, pero yo no quise ir porque sabía que allí hacía mucho frío.

Un día aproveché que habían marchado de viaje y estaba sola en la casa, llamé por teléfono a la abogada de Pamplona y le conté lo que me estaba pasando. La abogada me dijo muy seria, «¡Majdou, sal de ahí inmediatamente! ¡Haz lo que sea por salir; no esperes ni un minuto más! ¡Ya!». Lo mismo me había dicho mi madre y también Halima. Esta vez reaccioné y di el paso.

Recuerdo que era invierno y ellos se habían ido a la nieve en las montañas de Suiza. Tenía que aprovechar la oportunidad. Hice mis maletas rápidamente y llamé por teléfono a mi padre, «papá, ven a buscarme cuanto antes, que estoy harta de aguantar a este señor». Me atreví a decirle eso porque no iba a coincidir con el señor en la casa; no temía que ambos se enfrentasen. Mi padre vino con un amigo suyo que le llevó en su coche, cargué mis cosas y me llevaron a San Pedro.

Mi padre se dio cuenta de que yo estaba muy mal y me aconsejó, «Majdou, llévate tus cosas a Marruecos y pasas una temporada con tu madre para recuperarte. Cuando vuelvas ya pensaremos qué hacer». Con el tiempo mi padre llegó a enterarse de lo que me había pasado con ese señor. Nunca habló de ello conmigo para consolarme ni para ayudarme. Él no era capaz de hablar de estos asuntos con sus hijos.

Todavía mantengo contacto con el chico marroquí que trabajaba en la casa y con su mujer. Ellos me contaron que cuando el señor regresó de Suiza y supo que me había marchado se quedó muy afectado, como si estuviese en duelo.

En seguida llamé a mi amiga Halima para que supiera que había conseguido salir de esa casa, porque ella estaba muy preocupada por mí. Un día me llamó por teléfono a Marruecos: «Majdou, tengo una buena noticia. Cógete un vuelo para Bilbao que te hemos encontrado un trabajo». En cuanto volví a España me presenté en mi banco de Marbella para cerrar mi cuenta. Fui también a una agencia de viajes y conseguí reservar un vuelo muy barato. Lo más querido que tenía, mi equipo de música, lo guardé en un bolso muy fuerte, le puse una etiqueta de «frágil» y lo facturé en el avión.

El marido de Halima me esperaba en el aeropuerto de Bilbao. Era el 4 de marzo de 1997. No se me olvidará la fecha. Dios me lo arregló todo y pude salir de allí rápido. Se me pone la piel de gallina al recordarlo. ¡Nunca había dado un paso así!

24. Hortensias para mi tristeza

En ese tiempo Halima estaba trabajando con una familia vizcaína de mucho dinero en el tercer piso de un edificio de Algorta. Yo fui a trabajar con un hermano de esta familia que vivía en el cuarto piso. Este hombre estaba metido en varios negocios y, aunque era mayor, nunca dejaba de atender sus asuntos. No pagaban luz ni agua en la casa, porque él era miembro de Iberdro-la. La señora de la casa era su segunda mujer. Los dos se habían quedado viudos antes de casarse de nuevo y los dos tenían hijos mayores ya casados. Ella había heredado de su marido una casa

en Fuenterrabía, a donde iban juntos de cuando en cuando⁵⁸. Tenía muy buena ropa. Todavía uso ropa suya.

Aquella casa era muy antigua. Tenía cortinajes de telas muy oscuras y el papel de las paredes era de otra época. En esa casa no hacían reformas y, reparaciones, las mínimas. Ellos gastaban sólo en la ópera, en pasarlo bien y en viajar. Entré en mi habitación: estaba hecha un desastre. La ventana no cerraba y la cama tenía un somier del año de la tarara. «¡Yo no puedo dormir en esa cama!», exclamé. Al final me ofrecieron el cuarto de invitados mientras arreglaban mi habitación. Cambiaron la ventana, compraron una cama nueva y pintaron las paredes de beis, mi color preferido.

Éramos tres chicas: la cocinera, otra trabajadora y yo. Yo dormía allí toda la semana y las otras dos venían a diario. Se aprovecharon de mi tiempo. Enseguida me puse a limpiar y a limpiar, ¡tonta de mí; creía que estaba en mi propia casa! Yo no sabía que los viernes no me correspondía estar allí y ellos no me informaron de nada.

La otra trabajadora solía marchar a las doce. Los lunes y los jueves se quedaba hasta la tarde para ayudar a servir la comida y a recoger, porque el lunes venía a comer la familia de la señora y el jueves comía la familia del señor. Esa gente no se arreglaba con un plato y una cuchara. Cuando había invitados eran kilos de plata en la mesa, que luego había que limpiar. ¡Y en una casa frente al mar la plata no dura nada!

58 Fuenterrabía, llamada Hondarribia en euskera, es un municipio turístico y residencial de lujo de la provincia de Gipuzkoa. Está en la desembocadura del río Bidasoa, que hace frontera natural con Hendaya (Francia). En 2019 este municipio tenía 16.800 habitantes.

El fin de semana si había ópera los señores se quedaban en Algorta. Si no había ópera iban a la casa de Fuenterrabía. Entonces el sábado por la noche me quedaba sola. A mí me daba mucho miedo. No estaba acostumbrada a ese tipo de casas. Había unas vistas estupendas pero a mí me daba igual. «País Vasco no es Marbella», me había avisado mi amiga Halima. «Nosotros el primer día que llegamos queríamos darnos la vuelta. Aquí las casas son diferentes y la gente también es diferente», me decía. No me gustaba la casa ni la gente del lugar y no me entraba en la cabeza que lloviese en verano. Me sentaba en el suelo del *office* con las piernas dobladas, descolgaba el teléfono y llamaba a mi madre, llora que llora. ¡Una vez pagué una factura de treinta y cinco mil pesetas de teléfono!

Mi madre había sufrido mucho con todo lo que me había pasado en Marbella y ahora veía que yo seguía mal. Mi hermano mayor me decía por teléfono, «por favor, Majdou, no llores cuando hables con mamá. Ella sufre mucho cuando te oye llorar». Mi hermano pequeño empezó a trabajar como albañil y mi madre también se preocupaba por él: «¡Mi hijo está trabajando de albañil!». Yo le explicaba, «mamá, aquí en España eso es normal. No pasa nada. Lo malo sería que no tuviese trabajo».

La comida en esa casa siempre era lo mismo, vainas y redondo. ¡Un ciego podía hacerla! La cocinera era una mujer vasca mayor y muy seca. Ella tenía sus costumbres. Como yo no paraba de decir que quería marcharme de allí un día me increpó, «Majdou, no te vayas a ningún sitio que yo no quiero más caras ni más chicas y contigo me arreglo bien». La otra chica me daba cariño y me abrazaba cuando me encontraba llorando desconsolada.

Cuando la señora se dio cuenta de que yo estaba muy triste, compró unos plantones de hortensias. La casa tenía dos terrazas enormes, una con plantas de primavera y verano, y en la otra terraza

yo misma planté esas hortensias. Las cuidaba para entretenerme. ¡Estaban de primera! Según entraba en casa la señora iba directa a la terraza para contemplarlas. Y antes de salir primero pasaba por la terraza: «¿Qué les haces a las plantas, Majdou?».

Durante quince días mis maletas se quedaron en la planta de abajo, donde vivía mi amiga Halima. Yo todavía pensaba en regresar a Marbella. Yo echaba de menos estar más cerca de mi país, y más cerca de mi padre y de mi hermano, que seguían en San Pedro. Y echaba de menos el clima de Marbella. Halima me insistía, «ánimo Majdou, necesitamos renovar los papeles y necesitamos el trabajo. Ni pienses más en volver, porque tú en Marbella ya no tienes vida». Y era verdad.

En los primeros meses de mi estancia en Algorta hablé con una trabajadora social sobre lo que me había pasado con ese señor en Marbella. Ella me sugirió que lo denunciase. Presenté la denuncia y me llamaron de los juzgados para declarar y para evaluarme. Me entrevistó una mujer y al final me dijo, «Majdou, tú estás enferma por todo lo que te ha pasado. Lo primero de todo, tienes que tratarte eso. Tienes que curarte». Y me dio una tarjeta con una dirección. «Si no tienes dinero para el abono del metro yo te lo doy. Tienes que ir allí y luego ya hablamos». No llegué a hacer ningún tratamiento. Y dejé la denuncia. No tenía tiempo para pensar en denuncias. Acababa de empezar en ese trabajo y no podía salir cuando quisiera. Estas cosas dolorosas que había vivido las iba guardando en silencio. Antes no me hacían tanto daño; ahora me duele mucho recordarlo.

Halima era mi paisana y yo estaba especialmente bien con ella. Tenía una niña pequeña y cuando la llevaban al parque yo aprovechaba para salir un rato con ellos y me distraía. O íbamos en su coche a hacer compras grandes en el súper. Me gustaba como amiga porque era una mujer muy madura y muy humana.

Me daba consejos: «Majdou, tienes que trabajar por ti; por nadie más». Si me faltaba cariño ella me lo daba; si me faltaba un abrazo me abrazaba. Me daba comida y lo que necesitase. ¡Para eso siempre podía contar con ella! Nunca olvidaré que gracias al trabajo que me consiguió en Algorta pude salir de Marbella.

Cuando trabajaban en Marbella, Halima y su marido me habían propuesto casarme con el hermano de él. Yo no quise; ¡no iba a juntarme con un hombre que no me atraía! Halima siempre tenía un punto de celos. Pensaba que a mí me gustaba su marido. La relación se fue complicando. Comentarios, discusiones, sospechas... Eso me hacía sentirme muy mal. Para evitar todo eso dejé de relacionarme con ella, ¡y entonces me quedé más sola todavía!

Yo trabajaba como una esclava. Cuando te levantas ya está la mesa de la noche anterior esperándote para recogerla y lavar los platos. Después, servir el desayuno, hacer los baños, hacer las camas, planchar... A veces la cocinera les dejaba la comida hecha antes de marcharse y la señora me sugería, «Majdou, calienta la comida, nos sirves y puedes retirarte». Pero yo quería servirla en el momento. Las noches en que salían a la ópera yo me quedaba pendiente, porque si no les convencía la actuación o si la cena que daban después no era de su agrado regresaban antes de lo previsto.

Las empleadas de Algorta trabajábamos de camareras en las grandes comidas que hacían en la casona de Fuenterrabía. Ellos contrataban el servicio del Golf Marítimo y además nosotras teníamos que estar de protocolo. Batas azul marino, cuello de esmoquin blanco, puños blancos de corchetes y delantal blanco. Te llevan a una tienda de Las Arenas, te cogen las medidas y te lo hacen. ¡Que cuesta un pastón! Nunca me puse la cofia en la cabeza. Les dije que no quería y me respetaron. Por la mañana, para limpiar, la blusa de rallas; y a las doce te duchas y te pones el uniforme de camarera, hasta la noche.

La otra chica se iba de vacaciones en julio y la cocinera las tomaba en agosto. Durante quince años yo me quedaba trabajando el mes de agosto y cogía mis vacaciones en septiembre. Nunca pude coger vacaciones en agosto. La otra chica planchaba algunas cosas pero yo me encargaba de las sábanas y de los manteles. Había que dar un cuidado especial a la ropa de calidad. Al traje una pasadita suave y las faldas de terciopelo lavarlas en la bañera y colgarlas con vapor. Al principio la señora esperaba que yo reparara lo que la otra chica dejaba mal. Luego entendió que cada una tenía que hacer su parte.

Al señor no le gustaba Fuenterrabía. Muchas veces la mujer se iba y él se quedaba en Bilbao, y entonces yo tenía que atenderlo. Él iba buscando confianza conmigo hasta que un día me pidió un beso. «No te va a pasar nada, mujer; no te voy a dejar embarazada. Sólo quiero un beso de cariño aquí», me dijo, señalándose el cuello, debajo de la oreja. Yo creo que él estaba acostumbrado a eso con otra chica que había trabajado antes con ellos.

Algunos domingos, cuando yo estaba descansando tranquila en mi habitación a él le surgía cualquier cosa y venía a tocar mi puerta con el bastón. ¡Podía abrir la puerta, si quería! Yo me quedaba aterrorizada. Había un camarote más arriba de mi habitación. Yo subía al camarote despacito, deslizándome silenciosa, ¡como un gato! Y me quedaba escondida ahí arriba, temblando. ¿Quién sabe qué podía hacerme ese hombre?

Menos mal que empecé a espabilar. Un día le estaba sirviendo la comida y otra vez me pidió el besito. Entonces salté y le dije de golpe todo lo que pensaba: «Si usted no está feliz con su esposa vaya afuera a buscar una chica, que bastante dinero tiene. Yo limpio las mierdas y luego viene usted pidiendo un beso, esto y lo otro. Yo tengo un contrato de trabajo y necesito un respeto. Si

no me deja usted en paz se lo contaré a sus hijos y a su mujer. Tú eres mi señor, no eres mi amor ni mi querido. ¡Y sepa que si yo no siento algo hacia alguien, no quiero darle nada ni recibir nada de esa persona!».

Él escuchó todo sin decir nada y reaccionó: «No te he pedido nada grave para que te pongas así, pero ya me puedes perdonar. Me equivoqué. Aquí se olvida todo, Majdou. Tú sigue en tu puesto, que yo estoy muy feliz con tu trabajo».

25. Nuevas amigas me ayudan

Cuando vivía en Tetuán, después de cortar con mi novio empecé a tener muchos dolores. ¡Majdou tenía veinticuatro años y perdía la cabeza de los dolores que tenía! Y llorar, y llorar... Mucha gente me decía que quizás me habían dado alguna cosa de brujería, pero yo no creo en esas cosas. Llegué a España y los dolores seguían. En más de una ocasión me ingresaron de urgencia por la noche en el Hospital comarcal de Marbella y me hicieron análisis, pero no dieron con el motivo. Cuando trabajaba para ese señor en Los Monteros, con los nervios y los disgustos me empezaron a salir ampollas en la cara, las manos y otros sitios del cuerpo expuestos al aire. Las ampollas se abrían y salía agua y sangre. Él mismo me acompañaba a los médicos en busca de ayuda. El médico vio mis análisis y me dijo, «estás muy nerviosa; ¿qué te pasa?». No me atreví a contarle la verdad. Le expliqué que estaba adaptándome a un nuevo un trabajo.

Al llegar al País Vasco me hice más pruebas y por fin mi médico dio con el motivo de los dolores: me dijo que tenía fibromialgia. El problema de las ampollas seguía. Además me costaba respirar y me lloraban mucho los ojos. Yo estaba muy preocupada

por si me quedaban marcas visibles. A mí me daba mucho corte que me vieran así en el trabajo, y me ponía más nerviosa todavía. Recuerdo que para ocultar mis lágrimas al servir la mesa me ponía las gafas de ver.

Después de un ingreso en Urgencias me hicieron seguimiento en mi centro de salud y me dijeron que era una forma de alergia por los nervios. Mi médico comentó, «¡menos mal que los nervios te han salido hacia afuera! Si no, habría sido mucho peor». Me recetaron unas pastillas para las alergias y me dijeron que me vacunase de la gripe y que tuviese cuidado con las cortinas y las moquetas viejas, y con las personas mayores. Con los años se me fue pasando esta reacción.

Para que me atendiesen en el Centro de Salud tuve que gestionar mi tarjeta sanitaria. Entonces me enteré de que tenía que estar empadronada en el País Vasco. Yo podía haberme empadronado seis meses antes, pero nadie me lo había explicado. ¿Por qué? Mucha gente me trata como si fuera tonta. Recuerdo que mis compañeras de trabajo en vez de hablarme normal me hablaban con frases cortas, como si yo no pudiese entenderlas. ¡Nunca me decían una frase entera! Si te hablan bien a diario, poco a poco aprendes a hablar la lengua, pero si te hablan a trocitos no aprendes.

Yo le contaba mis penas a todo el mundo que venía a la casa; al fontanero y al carpintero. ¡Casi pierdo la cabeza! En mis horas libres me quedaba en mi habitación. Como no pagaban el recibo de la luz me dedicaba a escuchar música con los cascos y a ver la televisión. Tenía tanta timidez que no era capaz de disfrutar caminando sola por la calle. Siempre pensaba que todos estaban mirándome. Hasta compré una cinta de andar para hacer gimnasia en mi habitación. Hace tiempo que me quité ese peso y ahora disfruto mucho paseando sola por la calle.

Fui cambiando poco a poco y con la ayuda de nuevas amistades. Un día le pregunté a mi peluquera, «mira, yo estoy muy sola; ¿conoces alguna chica con quien pueda salir?». «Majdou, casi todas las chicas que trabajan conmigo ya están casadas o comprometidas», me dijo. Las chicas de aquí cuando se casan se dedican a su familia y dejan las amistades. Ella tomó nota de mi teléfono para pasarme muestras de cremas para pieles sensibles. Unos meses después quedamos, tomamos un café, me entregó las muestras y estuvimos hablando de mis problemas. Ella me propuso, «Majdou, no te preocupes, a partir de ahora yo te aviso cuando salga con mi cuadrilla y te vienes con nosotras. Si no sales te vas a volver loca».

Yo he salido de Marruecos pensando que todas las personas somos iguales, que en todos los países tenemos las mismas costumbres y las mismas formas. En España, en Italia... Cuando vivía en Marbella casi no tenía contacto con gente del lugar: estaba cerca de mi padre y de mi hermano, y trabajaba junto a un matrimonio también marroquí. Cuando empecé a salir con la peluquera y con sus amigas yo tenía treinta y pocos años. En esa cuadrilla yo era como una niña, porque las otras chicas eran más mayores que yo. Con ellas aprendí un montón de cosas.

A mí me gusta más la forma de ser de los hombres y de las mujeres de aquí; y de los niños y las niñas. Aquí la mujer es más inteligente y tiene más fortaleza. Yo veo que las mujeres jóvenes se hacen cargo de su vida; veo que ellas son las primeras en su vida. No les importa tanto como a mí lo que digan su madre o su hermana; les importa su propia vida. Es muy diferente a lo que yo había vivido en Marruecos y al principio me costaba mucho entenderlo.

Por otra parte yo tenía mucha necesidad de sacar mi angustia, porque en la casa donde trabajaba me sentía atrapada, como en un pozo; entonces cuando salía con estas amigas les contaba todos

mis problemas. Empecé a darme cuenta de que ellas no contaban nada personal: cada una tenía su mundo y sus problemas pero no se lo contaban unas a otras. Pasaban un rato bueno juntas, tomaban el sol si había sol, bebían algo y ya está. Algunas de estas amigas no aceptaban mis formas: «Majdou, siempre con la misma historia, ¡a ver si cuentas algo más alegre!».

Íbamos a una sala de baile. Al principio yo no sabía bailar y no disfrutaba. Una vez confíé en un chico y él me llevó a un sitio muy oscuro a donde se llegaba subiendo unas escaleras con luces rojas. Había una pista de baile pequeña y unos sofás para echar-te, donde puedes hacer lo que quieras en la oscuridad. El chico sabía lo que hacía; era un cuchillo bien afilado. En un momento dado yo quería ir al baño y él me acompañó y se quedó junto a la puerta esperándome, ¡para que no me llevase otro! Cuando volvimos a nuestro sofá él se puso bravo con que quería sexo. «¡Déjame en paz, que yo no he venido a buscar sexo!», le dije mientras me zafaba de él. Cuando les conté a mis amigas lo que me había sucedido, me dijeron, «Majdou, no tienes obligación de quedarte con nadie. Bailas con él, charlas y si no te interesa, te sientas de nuevo».

Estuve saliendo con esta cuadrilla muchos años. Si un chico me proponía una cita yo avisaba a una de las chicas y le daba detalle, «se llama tal y cual y hemos quedado en tal sitio». El día de la cita yo dejaba mi móvil abierto y estaba pendiente de las llamadas de mis amigas. Ellas me llamaban de cuando en cuando: «¿Dónde estás, Majdou? ¿Cómo te trata?». Cuando alguien me preguntaba por mi trabajo yo rápido soltaba todo. Poco a poco aprendí a responder con discreción. También íbamos a pasear al campo, a comer por ahí y de compras. Con el tiempo el grupo fue cambiando e hicimos distancia: una se jubiló y se fue al pueblo, otra empezó a salir con un novio...

26. Mi madre tiene cáncer

En estos años, ¿qué fue de mi madre? En el año noventa y poco, algo después de llegar a Marbella, mi madre quiso traer a mi abuela a Tetuán. Mi abuelo materno había muerto hacía tiempo y mi abuela estaba peor y se estaba quedando ciega por cataratas. Las hermanas de mi madre podían atenderla pero mi madre tenía un corazón muy grande porque había experimentado la soledad en carne propia durante mucho tiempo.

En Tetuán las casas son más cerradas y cada familia hace su vida. Mi abuela no estaba acostumbrada a eso. Pasaba las horas en el patio que había frente a las habitaciones de nuestra casa. Si tenía algo a mano, un cacho de pan, por ejemplo, lo desmigaba y lo echaba a los pollos y a las gallinas. Como veía todo borroso a veces tiraba las migas donde no había los pollos. Pasados los años empezó a mojarse y necesitaba pañal.

Siempre que llegaba de vacaciones a Tetuán me encontraba con el mismo panorama. No tenía un momento de descanso. Una vez que me tocó ir en invierno. No paraba de llover y yo lo único que hacía era lavar a la abuela, lavar su ropa de cama y poner todo a secar. Recuerdo que un día nos quedamos sin mantas limpias, ¡y la casa estaba helada! ¡Otra vez haciendo de madre, como en mi juventud! En uno de mis viajes no pude ver a mi madre, porque había ido a la cosecha de la aceituna al pueblo, el camino estaba embarrado y habían cortado la carretera por las lluvias.

Un día, recuerdo que era sábado, yo estaba en Algorta sirviendo la cena a la señora, que había regresado de la ópera antes de lo previsto. Sonó el teléfono y lo cogí yo. Era mi hermano: me dijo que mi madre estaba enferma y que tenía hemorragias. Le habían hecho pruebas; era cáncer y necesitaba un tratamiento en

un hospital de Rabat especializado en cáncer. En cuanto colgué le dije a la señora, «mire, no son mis vacaciones pero tengo que marcharme. Lo siento mucho». Me dieron quince días libres para poder ver a mi madre.

A partir de la enfermedad de mi madre se duplicó el trabajo en casa: teníamos que cuidar a mi abuela por un lado y a mi madre por otro. Mi abuela estaba muy bien atendida. Procurábamos que tuviese mucho calorcito y siempre estaba arropada con sus mantas. Hasta le secábamos el pelo con secador para que no cogiese frío. Lo cierto es que mi madre estaba sin fuerzas y que mi hermana Hanane empezaba a dar señas de no estar bien. ¡Eso no era vida para ellas! Hablé con mis tías en el pueblo y les dije que era urgente que se llevasen a la abuela con ellas porque mi madre estaba muy enferma. Una de ellas llegó a casa con una furgoneta de mercadillo, le di todas las mantas de la abuela y se la llevaron al pueblo⁵⁹. La dejaron sola en una habitación muy oscura y en un mes murió de angustia.

En ese tiempo mi hermano mayor aún no ganaba suficiente. Respecto al segundo, en el matrimonio acordaron que el dinero

59 Las mantas, junto a las alfombras, son enseres muy valorados en la vivienda tradicional marroquí. Desde niñas, las mujeres de las aldeas elaboraban y teñían la lana de sus propias ovejas, y tejían mantas y alfombras en telares rudimentarios. Con frecuencia, ellas mismas pastoreaban el pequeño rebaño familiar de ovejas o cabras. En algunas zonas rurales las mujeres aún tejen en telares tradicionales. Las mantas y las alfombras constituyen el mobiliario básico de muchas casas, también en el ámbito urbano. Unas alfombras o unas mantas dobladas adecuadamente constituyen los asientos o sofás, y al anochechar la cama se improvisa con varias mantas extendidas sobre una alfombra.

que sacasen de su trabajo sería sólo para ellos. ¿Y mi padre? Él nunca tenía dinero para nosotros. Cuando mi madre estaba tratando su cáncer él tampoco puso un duro. Mi madre ha vivido bien sus últimos años gracias a mí. Yo aguantaba lo que fuese en mi trabajo para cubrir los gastos de toda la familia.

Cuando mi madre empezó con los sangrados fue tratada en una clínica de Tetuán. El tratamiento valía un dineral y yo según cobraba le enviaba dinero. Si hacía falta más pedía un adelanto. Con su traslado al Hospital de Rabat se alojaba en casa de unos familiares de mi padre. El hospital sí suponía gasto: los hospitales de Marruecos te exigen pagar todo el coste del material sanitario y de las medicinas, que es mucho dinero. Eso fue una dura carga para nosotros.

Llegó el momento de regresar a Algorta, aunque mi madre no había acabado su tratamiento. Ella me acompañó en el taxi camino del puerto de Ceuta, para despedirme. No se me olvidará nunca lo que me dijo: «Hija mía, perdóname». Mi madre era consciente de que me había tratado muy mal. Me tenía como una esclava con los niños; sólo pañales, biberones y trapos. Yo le respondí, «mamá, tranquila, no pasa nada». No le guardo rencor. Sé que ella tuvo una vida muy amarga y que eso le hacía ser dura conmigo. Me resultó muy fuerte que me pidiese disculpas, pensando en su propio dolor.

Tras una temporada con radioterapia le dieron el alta. Entonces empezó a salir a pasear y buscó amistades. ¡Nunca su vida había hecho eso! Poco después, a principios de 1999, volvió a tener dolores y sangrados. Mis dos hermanos mayores la acompañaron a una prueba y el médico les habló aparte: «Vuestra madre tiene cuatro meses de vida; no se puede hacer más». La mandaron a casa. Mi hermana Ikram es muy tranquila y tiene el corazón fuerte; el enfermero la enseñó a ponerle inyecciones con calmantes.

Mi hermano Rayan había acabado su carrera en Cádiz y como no tenía trabajo estuvo esos meses acompañando a mi madre.

Yo hablaba con ellos por teléfono y preguntaba por mi madre, pero no me daban detalles sobre la enfermedad para evitar que sufriese. El 13 de abril de 1999 me llamó mi hermano Rayan: «mi madre ha empeorado; tienes que venir urgentemente». Rayan habló después con la señora, y en cuanto colgó la señora llamó a un yerno suyo que tenía una agencia de viajes: «Búscame un billete de ida y vuelta para Majdou». A las seis de la mañana el taxi me dejó en el aeropuerto y a las nueve de la mañana ya estaba en Málaga. Cogí taxi desde el aeropuerto de Málaga al puerto de Algeciras y tomé el primer barco a Ceuta. Mi hermano Rayan y un amigo suyo me esperaban en la aduana. Entonces Rayan me contó la verdad: «Majdou, mamá ya está muerta». Yo empecé a gritar. La tuvieron una noche con morfina y suero, y murió en sus brazos. Tenía sesenta y cuatro años más o menos.

Llegué a la casa a la una y pico del mediodía. La casa de un muerto; todo el mundo llorando. Según nuestra costumbre en la misma casa lavan a la persona fallecida y la envuelven en una tela blanca. El yerno de una vecina mía que trabaja en el Ayuntamiento de Tetuán se hizo cargo de los tramites de registro y entierro sin cobrarnos nada. En los duelos los amigos y vecinos cocinan para todos los asistentes. Una de las noches se prepara un *cous cous* y vienen los *tolba*, esos monjes de las mezquitas que rezan una misa por el muerto. Son sólo hombres los que se reúnen con el *taleb*. Las mujeres nunca han entrado en estas cosas. Las mujeres sólo están pendientes de los hijos y de lavar la ropa, y de servir y recoger.

La casa se deja cinco días abierta desde la mañana hasta que se pone el sol., para que la gente venga a dar el pésame. Esos días ofreces a los invitados café, agua, pan e higos secos. Mi hermana Hanane atendía a la gente y les servía estas cositas pero no soltaba

su pena; estaba bloqueada. Yo tenía como un fuego en el pecho y pasé todo el día llorando. Ikram estuvo siempre a mi lado.

La tradición dice que cuando se va a enterrar a la persona las mujeres no la acompañan al cementerio, así que para nosotras ese momento de sacarla de la casa fue muy fuerte. Recuerdo que Hanane se puso a temblar y yo la cogí de la mano. El día cinco, como indica la tradición, cerramos la puerta y fuimos a visitar a mi madre al cementerio. Yo quería hablar a mi madre pero, ¿quién me iba a responder? Esas noches tomé pastillas para dormir. Siempre llevo pastillas conmigo. «No te pases con esto», me suele decir el médico. Yo nunca me paso.

No eran enfermedades lo que tenía mi madre; era falta de ánimo. Ella nunca fue feliz. En esa época no entendíamos qué significaba estar deprimida y además no teníamos consultas ni hospitales. Mi madre no sabía cómo enfrentarse a los problemas y siempre estaba afectada y dolida. La casaron muy joven y, cuando quiso darse cuenta, se vio sola y rodeada de niños pequeños. Además necesitaba dinero y no estaba preparada para trabajar fuera de casa.

Ella quería que todos sus hijos e hijas estudiaran. No quería que tuviesen los mismos problemas que ella por no saber leer ni escribir. Buscaba la forma de pagar los estudios de sus hijos: pedía dinero a su padre... Y yo también la ayudaba en esto. Nosotros la enseñamos a firmar ya cuando fue mayor, para sacar el dinero que mi padre mandaba desde Europa a su nombre. No podía ponerlo a nuestro nombre porque éramos menores de edad, y los hermanos mayores vivían fuera.

Cuando éramos pequeños mi madre nunca disfrutó. Siempre tenía miedo de mi padre. Pasados los años, cuando todos nos buscábamos la vida, empezó a enfrentarse a mi padre. Como habíamos vivido tantos años en esa especie de jaula a mí me impresionaba

mucho que ella respondiese así a mi padre. Un día le pregunté, «mamá, ¿ya no tienes miedo de él?». Y ella me dijo, «Majdou, ahora sois mayores y cada uno hace su vida. Ya no tengo nada que temer; ¡estoy harta de tanta amenaza y de tanto sufrir!». Con los años también nosotros aprendimos a enfrentarnos.

Una vez pregunté a mi padre: «Papá, ¿por qué abandonaste a tus hijos?». ¡Y el echó la culpa a mi madre! Me dijo que era una mujer con muy mal carácter y que era difícil convivir con ella. Pero, ¿qué carácter iba a tener mi madre si su marido la había dejado sola con tantos hijos a cargo? En una ocasión mi madre le pidió a mi padre divorciarse y la respuesta de mi padre fue huir a Europa.

27. La enfermedad de Hanane

Regresé a Algorta un miércoles. Al día siguiente, como todos los jueves, los hijos de los señores habían venido a comer a la casa. A mi entrada en la cocina se acercaron uno a uno para darme el pésame y ofrecerme palabras de ánimo. Pasaban los días y yo no tenía ganas de nada y venga a llorar. Siempre seguía con mi responsabilidad aunque estuviese muy angustiada. Me lavaba las lágrimas y volvía a mi tarea.

Llegó un momento en que le dije a la señora, «lo siento, pero me vuelvo a Marruecos». Ella exclamó, «¡Majdou!, ¿pero qué dices? Tu vida está aquí; ¿de qué vas a vivir allí?». Y aconsejó a las otras chicas que trabajaban para ella, «si Majdou no se levanta a su hora, por favor perdonadla, porque ha perdido a su madre. Trátadla bien, que está en un momento muy delicado. No la exigáis». Algunos días yo tomaba pastillas para dormir. Mi amiga la peluquera se enteró de mi situación y se preocupó por llamarme y salir conmigo. Me fui animando y poco a poco salí de la depresión.

Pocos meses después de fallecer mi madre me tocaban vacaciones: volví a Marruecos y aproveché para hacer limpieza de su ropa. Lo pasé fatal. Echaba de menos a mi madre, que era la persona más importante en la casa. Las niñas se quedaron solas en la casa. Yo les digo «las niñas» porque son como mis hijas. Ellas lo sienten así. Yo soy su madre. Las cuidé de pequeñas como una madre cuida a sus hijas.

Ellas crecieron juntas en Marruecos. Desde que me fui a España tuvieron mucho menos trato conmigo. Cuando empecé a vivir en Marbella Ikram estaba en el instituto. Recuerdo que en el verano de 1990, justo antes de irme a España, había dejado confeccionado su uniforme. Mi hermana Hanane había abandonado los estudios después de repetir tres veces. Luchamos mucho por ella pero no hubo forma de convencerla para que siguiese estudiando. A partir de entonces Hanane se encargaba de las tareas de casa y de cuando en cuando salía de paseo con una vecina. Cuando mi abuela y mi madre estuvieron enfermas ella se hizo cargo de la casa y de atenderlas.

Pero Hanane estaba cogiendo una depresión y nadie nos dábamos cuenta. Cuando yo iba a Marruecos por vacaciones casi no se acercaba a mí. Siempre me reprochaba algo. Aunque yo la llevaba detallitos, ella me trataba como a una extraña y me miraba con odio, como si la hubiese abandonado. No me hablaba ni quería estar conmigo. Me hacía sentir que había fallado con ella.

Ikram estudiaba en la Universidad y Hanane seguía con las tareas de la casa. Entonces no andábamos con móviles y para comunicarnos mejor con ellas pusimos teléfono en la casa de Tetuán: un gasto añadido.

La muerte deja un vacío muy grande en una casa y mis hermanas necesitaban compañía para llenar ese vacío. Dos hijas de una vecina nuestra, amigas de mis hermanas, venían por las noches a

dormir con ellas⁶⁰. Más adelante, como no se sentían seguras en aquella casa, les sugerí que se trasladasen. Yo les enviaba el dinero de su alquiler; de todo me encargaba yo.

Tiempo atrás los señores donde trabajaba me habían propuesto traer a mi hermana Hanane. Era una forma de retenerme. Estaban felices conmigo porque yo hacía más trabajo que nadie. Cuando hicieron los papeles para solicitar su visado Hanane ya debía de estar mal, pero mis familiares en Marruecos no me contaban lo que pasaba. El visado nos lo concedieron poco después de la muerte de mi madre. Tomé un avión para recoger a Hanane en Málaga y fuimos juntas a Bilbao.

Llegamos a la casa de los señores en Algorta y cuando vio que yo usaba bata de trabajo se quedó impresionada. No era lo que se imaginaba. Hanane me preguntaba por qué había aceptado estar en un sitio así. «Eres una persona pobre y vienes aquí a trabajar. ¿Qué esperabas encontrarte?», le respondía yo. Quizás creía que sólo pasar la frontera ya entras en el paraíso y que su hermana Majdou vivía en un palacio con chóferes en Mercedes y con piscina. Esto le pasa a mucha gente que viene a trabajar a España.

Mis jefes encontraron trabajo para Hanane con una marquesa que vivía en el cuarto piso del mismo bloque pero Hanane no encajó con ella. «¿Para eso me trajiste aquí?», me repetía.

Yo sentía que algo no andaba bien en ella y tenía miedo, porque no sabía qué pasaba exactamente. Hasta que ella explotó y empezó a atacarme. Hanane quería irse a vivir sola pero yo no

60 La vida comunitaria y la compañía son valores importantes en la cultura marroquí. Recordemos que cuando el padre de Majdou emigró a Gibraltar un amigo de la familia pasaba las noches con la madre y los hijos para hacerles compañía.

podía permitírsele. Veía que quería quitarse la vida; que podía saltar por la ventana en cualquier momento. Y cuando le contaba por teléfono a mi padre lo que me pasaba con ella su única respuesta era amenazarme: «¡Majdou, cuida de mi hija, que como le pase algo te vas a enterar!». A mí me sentaba muy mal esta actitud de mi padre. Al final él me dijo, «mandame a mi hija a San Pedro».

En San Pedro Hanane tampoco quería trabajar. ¡Nuevos problemas! Para poder mantener comunicación con Hanane pusimos también teléfono en la casa de San Pedro. Mientras mi padre estaba trabajando ella hablaba por teléfono durante horas y horas con todo el mundo, dentro o fuera del país, le daba igual. ¡Más carga de gastos para mí!

Pasó el tiempo. Yo seguía aguantando abusos y humillaciones en el trabajo para poder ayudar económicamente a mis hermanas y a mi padre. Ikram vivía sola en la casa de Marruecos y los fines de semana la visitaba mi hermano mayor. Terminó su carrera de literatura española y entró a trabajar en una empresa de Tánger donde le pagaban una porquería por muchas horas de trabajo.

Antes de jubilarse mi padre había trabajado con una familia inglesa que le facilitó el alojamiento. El yerno de sus jefes abrió una gestoría para árabes, mi padre le contó que su hija pequeña estaba sola en Marruecos y él le ayudó a traerla. Hanane se convirtió en adicta a las compras y robaba dinero en casa para estos gastos. Cuando la situación se hizo insostenible Ikram se vino con Hanane a Algorta. Vivían cerca y estábamos en contacto.

Tras una pelea con Hanane el médico forense le diagnosticó esquizofrenia, la ingresaron en el Hospital de Salud Mental de Zamudio y la declararon discapacitada. Yo me hice su tutora y le pusieron una medicación. Hanane era muy guapa pero engordó un montón con esa medicación.

28. Le dije todo a la cara

El señor ya era un anciano; enfermó y se quedó en una silla de ruedas. Contrataron a varios profesionales para atenderlo las veinticuatro horas a turnos. Una chica se quedaba por la noche y otra la sustituía por la mañana. A la mañana también venía un chico a atenderle y otro se encargaba sólo de asearlo. En esa casa nunca se daba de comer a los empleados. A veces yo les preparaba un café a escondidas. Llegada la hora todos se marchaban para comer y descansar. Como yo estaba interna me tocaba quedarme. No tenía momento de descanso.

En algunos días de fiesta todo el mundo se iba y yo me quedaba sola cuidando al señor inválido. También tenía la responsabilidad de coger el teléfono y pasarle las llamadas. No podía tener un respiro. El señor era el presidente de la comunidad de vecinos de su edificio. Si no encontraba un documento en su oficina ya estaba gritando, «¡Majdou! Búscame tal papel». Él tenía profesionales especializados que cobraban un dineral por cuidarlo y yo le hacía de todo por el mismo salario. ¡Eso me molestaba muchísimo!

La señora entraba en la cocina a buscar una frutita o para informarme del plan del día, pero no hablaba conmigo y no sabía nada de mí. Recuerdo que una vez me puse fatal con vértigos y estuve vomitando. Mientras esperaban a que llegase el médico de urgencias la señora fue a buscar a la cocinera para averiguar: «Oye, Majdou, ¿qué suele comer?». ¡Nunca se había fijado ni me había preguntado! Estuve trabajando con ellos desde 1997 a 2011. Casi quince años conviviendo en la misma casa y sólo tuvimos relación en la cocina, en el lavadero y en el *office*. Tendrían mucho dinero pero a mí me parece que eran unos enfermos mentales.

Esa gente sólo se acercaba para darme órdenes. La mujer me gritaba desde la puerta, «¡ya estoy!». ¿Qué quería decir? Que le pusiera el desayuno. Y a mediodía, cuando llegaban de la calle, gritaban desde la entrada, «¡ya estamos aquí!», para que fuese calentándoles la comida. Y a la noche otra vez escuchaba, «¡ya estamos!»; me estaban avisando de que querían cenar. Un día la misma señora me lo explicó muy clarito: «Es que las mujeres del País Vasco somos muy secas y muy serias; como busques cariño, olvídate».

Cuando la cocinera se jubiló vino una chica de mi edad para sustituirla. Entre las dos hacíamos muchos trabajos de la casa. Como no podíamos disponer de la comida que se preparaba en la casa, de vez en cuando ella hacía chanchullos en las cuentas y sacaba para comprarnos un pescadito o un pollito. O poníamos un poco de nuestro dinero y otro poco de ella.

La señora nunca nos reprendía. No tenía motivo porque éramos muy responsables. Por otra parte, ella no mostraba interés en organizar mejor la casa. Las chicas decidíamos cómo poner los manteles, arreglábamos las cortinas, preparábamos la mesa... ¡Hasta me pidieron ayuda para organizar sus álbumes de fotos familiares! En ocasiones la señora me traía ropa de su casa en Fuenterrabía para que se la lavase y planchase. Decía que las chicas de Fuenterrabía tardaban mogollón en hacerlo.

Yo trabajaba como una máquina. Entonces tenía fuerzas y podía permitírmelo. Además quería cumplir con los viejos. Mi hermano Rayan intentaba convencerme para que saliera los fines de semana. «Vente a conocer sitios. Es tu día libre, Majdou; tienes que salir de allí».

Cuando murió su marido la señora quiso bajarme el sueldo. Decía que yo tenía menos tareas porque había una persona menos en la casa. La realidad es que a partir de entonces ella pasaba mucho

más tiempo en la casa y me daba más trabajo. Por la mañana, antes de que la señora se levantase, yo tenía que entrar en su cuarto, subir las persianas, prepararle un zumo de limón con agua con gas y llevárselo en una bandejita.

Un día de visita a mi hermana Hanane en el Hospital de Salud Mental de Zamudio hacía mucho frío y llovía a mares. Aunque era mi día libre yo sentía siempre la necesidad de cumplir con la señora. Me tocó esperar mucho tiempo el autobús de regreso y llegué a la casa corriendo, angustiada y empapada de sudor. Ella había vuelto de Fuenterrabía antes de lo esperado y empezó a hablarme de mala forma. Ya mi cuerpo no aguantaba y exploté como una bomba. «¡Señora, es mi día libre y yo no tengo que calentarle nada! ¡Ahí tiene su porrusalda, sus endivias, sus patatas y su microondas! ¡Usted no es humana! ¡Sus empleadas le cuidan a usted como a una hija y usted nunca piensa en ellas!».

Le dije de todo. Y le conté lo que me había pasado con su marido, que me seguía y me pedía un besito, esto y lo otro. La señora se indignó mucho, «¡Majdou, no puedes decir eso; mi marido está muerto!». «¡Su marido ya está muerto pero yo sigo sufriendo!», le respondí. Y me puse a llorar como una loca. Era un sábado del año 2011.

Ella le contó a sus hijos la discusión que habíamos tenido. Una hija le aconsejó que no me echase: «Mamá, no vas a encontrar otra chica que trabaje tan bien como Majdou. Nunca habíais tenido queja de ella». Entonces la señora intentó suavizar el ambiente: «Bueno, Majdou, no vamos a quedar mal, que son muchos años de estar juntas». No había nada que pudiese convencerme. Física y psicológicamente ya no podía más. En los años de trabajo en esa casa me había cambiado la expresión por completo.

Poco después le dije a la señora, «me voy de esta casa». Me correspondían doce mil y pico euros de finiquito y ella no quería

pagármelos. La denuncié con la ayuda de mi hermano Rayan. La abogada de ella me llamó para presionarme. Y el día del juicio en Bilbao vino a testificar una nuera del señor que trabaja en el juzgado de Algorta y mezcló mentiras para dejarme en mal lugar.

También llevaron como testigo a mi compañera de trabajo, la nueva cocinera. Ella contó cosas de mi vida privada y sacó trapos sucios. No se me había pasado por la cabeza que pudiese hacerme eso porque la tenía como parte de mi familia. Mientras la chica testificaba se puso toda roja y estaba sudando. No fue capaz de mirarme a los ojos y se tapaba la cara para que no la viese. Yo sé que estaba sufriendo. Quizás le habían amenazado con despedirla si no testificaba...

Perdí el juicio. Pasé unos días horribles. Me dieron tres mil euros y pico de finiquito, ¡por quince años de trabajo! Y además tuve que pagar seiscientos euros al abogado. ¿Qué gané con aguantar tantos años en esa casa? Ahí se me abrieron un poco más los ojos.

29. Tengo derecho a una ayuda

Cuando dejé el trabajo en esa casa las tres hermanas buscamos apresuradamente un piso. Nada más instalarnos vimos que aquel sitio estaba plagado de cucarachas. No era lugar para vivir. Dos noches después encontramos un piso más aceptable. Yo no tenía ganas de lavar ni de cocinar. Y con la fibromialgia, que no ha dejado de acompañarme, me dolía todo el cuerpo. Estuve muchos meses buscando trabajo. Mis amigas no querían saber nada de mí; quizás creían que les iba a pedir dinero.

Desde la muerte de mi madre yo había seguido pagando el alquiler de Tetuán pero ya no mandaba otros dineros a Marruecos

ni a mis hermanos en España, de modo que tenía algunos ahorritos. Por fin, con la ayuda de una amiga, encontré un trabajito por horas. Y a través de esa familia donde hacía unas horas encontré otro trabajo. Ikram también trabajaba. Así íbamos tirando las tres. Cuando tuve ocasión me fui de vacaciones a Marruecos y organicé la casa. Unos trastos los tiré y otras cosas las dejé allí guardadas. Mi padre se llevó a España la ropa y las mantas que apreciaba.

Cuando estás sin trabajo tienes derecho a una pequeña ayuda económica del Gobierno Vasco. Se llama RGI, Renta de Garantía de Ingresos, y se pide a través de Lanbide⁶¹. Ikram me lo explicó. Yo nunca había imaginado esa posibilidad. Después he sabido que mis paisanas conocían este tipo de ayudas. Una paisana estaba apuntada a las listas de Etxebide para conseguir un piso de protección oficial⁶². Otra paisana había estado cobrando baja por enfermedad. ¡Y nunca me lo habían comentado! Si tú quieres a una persona, ¿no la aconsejas para apoyarla?

Ikram me preparó los papeles para solicitar esta renta, firmé lo que había que firmar y lo entregó. Nunca he contado a mis empleadoras que recibo esa ayuda porque sé que piensan mal de eso. Tampoco se lo conté a mis amigas. Sólo lo supo la chica latina del piso donde vivía, pues tenía que firmarme un contrato de alquiler y hacerme recibos de pago mensual para presentar en Lanbide.

Poco después mi padre se jubiló y también Ikram le ayudó a tramitar su pensión, que resultó ser muy ajustada. Él había trabajado

61 Se trata de la misma renta social que solicitó Marian.

62 Etxebide pertenece al Servicio Público Vasco de Vivienda y se ocupa de la gestión y adjudicación de parte de la vivienda pública.

mucho y siempre había cumplido con su cotización, pero le habían engañado muchas veces con los contratos, como a mí. En ocasiones declaraban un salario menor del real; otras veces le daban de baja antes de lo acordado.

Yo veía que mi padre estaba pasando miserias en Marbella. Muchos marroquíes vuelven a su pueblo después de jubilarse, porque con su pequeña pensión allí pueden vivir bien, pero mi padre llevaba toda su vida en Europa haciendo lo que quería y no tenía intención de pasar su vejez en Marruecos. Le propuse que se viniese a vivir con nosotras y a cambio él nos ayudaría con el alquiler del piso. Era el año 2013, aproximadamente.

En Lanbide me pidieron un certificado de la muerte de mi madre y un certificado de bienes. «Lo traes cuando puedas», me dijeron. Yo no tenía a nadie que me hiciese la gestión en Tetuán, así que viajé a Marruecos para tramitarlos. Cuando regresé con los papeles en la mano me enteré de que me habían cortado la ayuda, porque antes de salir tenía que haber avisado a Lanbide. ¡Si me fui para conseguir unos documentos que ellos mismos me habían pedido! Me puse en contacto con la asociación Argitan y allí conocí a una abogada llamada Liz. Con su ayuda hicimos recursos y más recursos contando mis penas, pero no logramos nada.

Más adelante viajé a Marruecos de nuevo. En mis papeles estaba mal escrito mi nombre y eso me acarreaba problemas en cada gestión. Necesitaba corregirlo. En el registro de Tetuán no me lo hacían; tuve que marchar a una oficina en Chaouen. Yo no sabía dar con esa oficina. Ni siquiera sabía cómo se decía en árabe cuando quieres rectificar un nombre, porque de joven siempre que hacía gestiones iba acompañada de un hombre, mi padre o mi hermano, y ellos se encargaban de hablar en las oficinas y de entregar los papeles. En las oficinas de Marruecos siempre te lo

ponen todo muy difícil; los plazos se alargan y te hacen pagar dinero por cualquier gestión.

Y a mi regreso a España otra vez el mismo lío: me cortaban la ayuda porque decían que tenía que haberles avisado antes de este viaje. Cuando fui al juzgado de Algorta para solicitar el cambio de la escritura de mi nombre, entregué los originales de los documentos que me pedían y no saqué fotocopias. Nadie me puso pega por dejar aquellos originales. Después Lanbide me pidió esos papeles para justificar mi viaje y los solicité en el juzgado, ¡pero me dijeron que no me los podían devolver!⁶³

La chica que me atendía en la oficina de Lanbide siempre me gritaba; gritaba tanto que todos sus compañeros se quedaban mirándola. Cuando hablaba así, parecía la dueña de Lanbide. Por fin pude enseñarle mi documento de identidad marroquí con mi nombre corregido, lo que demostraba por qué había ido a Marruecos. Entonces me habló más bajito: «Pon una fotocopia de este documento en el registro y pide que te devuelvan la renta que han dejado de pagarte».

He estado un año castigada sin cobrar esta renta. Cuando he vuelto a cobrarla sólo me pagaban una parte, cuatrocientos euros y pico al mes, porque mi padre había salido de viaje a Marruecos sin avisarles antes. ¡Pero él vivía de su propia pensión! Después empezaron a decirme, «tráeme esto del banco, y esto otro». A pesar de que les llevé todo lo que me pedían, ¡estuve otro año más castigada!

En Lanbide les expliqué sobre mi fibromialgia, ya que esa enfermedad no me permite trabajar como antes. Entonces me

63 Recordemos que Marian vivió una situación similar: envió unos originales, no le informaron de que le bastaba con enviar copias y nunca le devolvieron los originales.

pidieron un certificado médico del diagnóstico de mi fibromialgia. En mi historial no queda claro: cuando lo anotaron la fibromialgia era poco conocida. Mi médico actual no reconoce el diagnóstico que hizo mi médico anterior, de modo que no me quiere hacer ese certificado. Cuando se lo expliqué a Liz me dijo, «vamos a hacer otra denuncia en Lanbide», y me ayudó a pedir un abogado de oficio. A la vuelta de aquel verano llegó una carta del juzgado para solicitarme documentación, pero se nos pasaron los plazos de entrega.

Mientras estaba con todos estos papeleos no me pasaban la renta social. Ya no sabía qué hacer para salir adelante. ¿Cómo iba a acabar de pagar mi deuda con Lanbide si no tenía para sobrevivir y con mi enfermedad apenas podía trabajar? Seguía limpiando casas porque necesitaba dinero, pero no me quedaban fuerzas. Sudaba mucho y tenía taquicardias. Recuerdo que una vez me mareé y me caí de rodillas en las escaleras. Otras dos veces la caída fue en el baño. Para ahorrar en los recibos del agua y del gas me duchaba a escondidas en la casa donde limpiaba. También aprovechaba para lavar mi ropa cuando ellos no estaban, y me la llevaba mojada a casa. No podía hacer otra cosa. ¡Fue penoso!

30. ¿Por qué tengo que aguantar?

Hacia el año 2013 la hermana de una amiga nos ofreció su casa en alquiler con un contrato de seiscientos euros al mes por cinco años. Yo sola hice una limpieza en profundidad de la casa; ¡siempre soy yo la que limpia! Casi no había muebles, pero no nos importaba. Nos arreglamos con lo mínimo. En este tiempo fue cuando mi padre vino a vivir con nosotras, ya jubilado.

Hanane sigue con su enfermedad, sigue adicta a las compras y agrediendo con mucha violencia a las personas más cercanas, pero no ha vuelto a ser ingresada. En casa quitamos o escondemos cuchillos, planchas, cables y otros objetos con los que se pueda autolesionar. ¡Lo ha intentado muchas veces! Ella se lleva bien con nuestro padre y salen a pasear juntos. A mí me encanta hacerles las comidas, todo sin una gota de grasa. Yo soy como su empleada y no me importa.

Siempre me he preocupado por que mis hermanas no sufriesen. No quería que pasasen lo que a mí me tocó. Quería evitar que se quedasen en la calle y que abusasen de ellas. Cuando yo era joven todos los hombres me miraban. Todos querían meterme en su cama, lo mismo en España que en Marruecos. Querían tenerme como una muñeca y ya está: «Cuando te necesito te llamo y tú vienes». Yo quería que mis hermanas tuviesen estudios y que contasen con libros y todo lo necesario. Por eso siempre envié dinero a mi madre. De mi salario, la mitad era para ellas y la otra mitad para mi hermano el que estudiaba en Cádiz.

Nunca he tenido algo decente, ni un abrigo ni unos zapatos; la ropa que llevo puesta me la han dado en mis trabajos. Aunque me tratasen mal en el trabajo, yo luchaba por mantenerlo y enviarles dinero. No me ha importado vivir de esa forma.

Durante mucho años yo ayudaba a mi padre a mantenerse y pagaba parte de su alquiler, y ahora que está conmigo en casa siempre tiene un reproche. Me encargo de que tenga su habitación y su ropa limpia, y le preparo la comida que más le gusta. Y él, al menor fallo en ese guiso que le ofrezco, me grita y me hace gestos feos con los dedos. No sabe dar cariño. No le aguanto. Yo he trabajado toda mi vida para mantener a su mujer y a sus hijos. Siempre solucionando los problemas que él provocaba y ahora, ¿qué soy yo para él?

De niño mi padre era muy rebelde. Siempre fue problemático con su madre. Por eso mi abuela lo casó muy joven. Cuando se casaron, él aún no tenía barba y mi madre aún no tenía la regla. ¡Eran unos niños y no sabían nada de la vida! Mucha gente tomaba esta decisión y esto provocaba mucho daño a sus hijos y a los niños de sus hijos. ¡Dejadles que crezcan y que busquen la mujer que quieran!

Cuando yo era joven a mi madre no le gustaba que me arreglase. Ella sabía que si un hombre me engañaba y me hacía algo mi padre iba a echarle la culpa. Con el paso del tiempo fue cambiando su actitud. Recuerdo un día en que salí a dar una vuelta con mis hermanas. Llevaba el pelo recogido en una coleta y mi madre me sugirió desde la puerta, «¡suéltate el pelo, hija mía, que te queda mucho mejor!».

Como mi madre lo pasó tan mal con mi padre, cuando yo ya era mayor me dio este consejo: «Majdou, si tienes un hijo o dos hijos y ves que estás mal con tu marido, ¡sal de ahí y haz tu vida. Abandona todo! El hijo crecerá y, si quiere, buscará su camino, ¡pero tú no tienes que aguantar a nadie!». Esto se me ha quedado grabado.

Mi madre vio que a medida que pasaba el tiempo cada uno de sus hijos progresaba. Mis hermanos mayores tenían cada uno su casa y su familia, otro estaba estudiando, mi padre hacía su vida en Marbella... Y yo por ayudarles y me había quedado sin nada. ¡Cada cual me daba sus órdenes y yo estaba atrapada entre todos! Más de una vez mi madre me dijo, «Haz tu vida, Majdou. Vive tu vida sin hacer caso de tus hermanos ni de nadie». Yo escuchaba a mi madre pero entonces no la entendía. Yo me preguntaba: «¿Mi vida? ¡Qué raro! ¿A qué vida se refiere?».

CRONOLOGÍA DE MAJDOU Y CONTEXTO SOCIAL

Fechas y edades aproximadas

HECHOS EN SU VIDA	EDAD
Nace Majdou en Atrafa (Chaouen)	
Ha fallecido una hermana pequeña de Majdou La familia de Majdou se traslada a Bouanan	4-5 años
Majdou empieza en la escuela de Bouanan	5-6 años
Fallece otra hermana de Majdou, muy niña	9-10 años
Nace Hanane, hermana de Majdou Sacan a Majdou de la escuela El padre de Majdou emigra a Gibraltar	10 años
La familia de Majdou se traslada a Tetuán	12 años
Muere muy niña la tercera hermana de Majdou La madre de Majdou intenta suicidarse	13 años
El padre de Majdou está desaparecido	14-18 años
Majdou aprende costura en Cáritas Tetuan Nace Ikram, última hermana de Majdou	18 años
Majdou empieza a trabajar interna en una casa El padre de Majdou vuelve a Marruecos Majdou empieza a salir con Yassir	18-20 años
Yassir, prometido de Majdou, la pega Yassir se separa legalmente	24 años

FECHA	CONTEXTO SOCIAL EN MARRUECOS Y ESPAÑA
1960	
1961	Marruecos: muere el sultán Mohammed V Le sucede su hijo Hassan II
1964-1965	
1965-1966	
1969	Tras años de restricciones a los trabajadores españoles en Gibraltar, el dictador F. Franco cierra la frontera de La Línea a Gibraltar Gibraltar abre sus puertas a la inmigración laboral marroquí
1970	Marruecos: nace el quinto hijo del dictador Hassan II
1972	
1973	
1975	España: muere el dictador F. Franco
1974-1978	
1976	España: referéndum para la continuidad de la monarquía
1978	España: Constitución de 1978
1980-1982	Marruecos: protestas populares y cruda represión por el dictador Hassan II en Marruecos
1982	España: apertura frontera entre La Línea y Gibraltar (primeros pasos)
1984	

HECHOS EN SU VIDA	EDAD
Majdou estudia en el Conservatorio de Tetuán	26-28 años
Majdou pasa la frontera española Fallece el abuelo materno de Majdou	30 años
Majdou trabaja en una casa de Guadalmina Su jefa la explota y no le paga lo convenido	30-33 años
Majdou trabaja en otra casa de Guadalmina Su jefe la acosa y la usa sexualmente	34 años
Majdou escapa de la casa de su acosador	37 años
Majdou trabaja interna en Algorta (Bizkaia) La explotan, y su jefe la acosa sexualmente	37-51 años
Fallece la madre de Majdou	
Majdou se enfrenta a su jefa y se despide	51 años
El padre de Majdou se jubila	53 años
Majdou solicita una Renta Social (RGI) Conflicto con Lanbide en la gestión de la RGI	52-59 años

HISTORIA DE MAJDOU

FECHA	CONTEXTO SOCIAL EN MARRUECOS Y ESPAÑA
1986-1988	
1986	España entra en la Comunidad Económica Europea Comienzan trabas de España para migración desde El Magreb
1990	Irak ocupa Kuwait. Guerra del Golfo
1990-1993	
1991	España empieza a exigir visado de entrada a los ciudadanos y ciudadanas magrebíes
1994	
1995	España: Ley 35/1995, de 11 de diciembre, de Ayudas y Asistencia a las Víctimas de Delitos Violentos y Contra la Libertad Sexual
1997	
1997-2011	
1999	Marruecos: muere el dictador Hassan II Le sucede su hijo Mohammed VI
2003	España: Ley 27/2003, de 31 de julio, reguladora de la Orden de Protección de las Víctimas de la Violencia Doméstica
2004	España: Ley Orgánica 1/2004, de 28 de diciembre Medidas de Protección Integral contra la Violencia de Género
2007-2016	Crisis financiera global por colapso de burbuja inmobiliaria En España aumenta el paro y se reducen servicios públicos y garantías laborales. Hay tímida mejoría a partir de 2016
2010	País Vasco: se crea Lanbide, Servicio Vasco de Empleo
2011	
2013	
2018	Marruecos: Ley 103-13 contra la Violencia de Género, sin presupuesto y procedimientos para ser efectiva
2012-2019	

Bibliografía

TRABAJADORAS DE LOS CUIDADOS Y DEL HOGAR

Cuidar para sostener la vida. Autodiagnóstico participativo con mujeres migradas diversas, trabajadoras del hogar y de los cuidados. SARA CUENTAS RAMÍREZ, ARLENE CRUZ CARRASCO y PAULA SANTOS CLAROS. Edita InteRed Catalunya. Barcelona, 2020.

Historias de cuidados y (des)igualdad. Mujeres migradas, trabajadoras del hogar y de los cuidados. Fundación Ellacuría. Bilbao, 2017.

¿Quiénes y cómo cuidan en Vitoria Gasteiz? Aproximación a la situación de las empleadas de hogar. Investigación de Errotik, cooperativa feminista. Proyecto de Medicus Mundi Araba, Mugarik Gabe y Setem Hego Haizea. Ayuntamiento de Vitoria Gasteiz, 2018.

Trabajadoras no domesticadas. Diagnóstico participativo y plan de acción integral. JOSEFINA ROCO SANFILIPPO (coordinación y redacción) y LIZ QUINTANA CANTERO (correcciones y apoyo legal). Edita MUNDUBAT. Bilbao, 2018.

VIOLENCIA SEXUAL HACIA TRABAJADORAS DE LOS CUIDADOS Y DEL HOGAR

Acoso sexual y mujeres migradas. Trabajadoras de hogar. Estudio cuantitativo sobre la percepción del acoso sexual por parte de las mujeres migradas. NORMA VÁZQUEZ, BEATRIZ RAMÍREZ, MIRIAM HERBÓN y LUCIANA DAVIES. Sortzen y Mujeres con Voz. Getxo, 2014.

Agresiones sexuales, cómo se viven, cómo se entienden y cómo se atienden. Estudio exploratorio en la Comunidad Autónoma de Euskadi. Sortzen Consultoría. Gobierno Vasco. Vitoria-Gasteiz, 2011.

Detrás del mandil. Trabajadoras del hogar, víctimas del maltrato y hostigamiento sexual. TERESA VIVIANO VALLE (sistematización) y OLGA BARDALES (investigación). Ministerio de la mujer y desarrollo social (MIMDES). Lima (Perú), 2007.

PRESTACIONES SOCIALES

Rompamos el cerco de la exclusión. Berri Otxoak (Barakaldo). Likiniano Elkarte. Bilbao, 2001.

Prestaciones sociales públicas de la Comunidad Autónoma del País Vasco. Guía práctica actualizada 2020. Colectivo Berri Otxoak https://www.nodo50.org/berri_otxoak/guia-practica/

HISTORIA Y SOCIEDAD

La ciudad segregada de principios del siglo XX. Neguri, un suburbio burgués de Bilbao. BEASCOECHEA GANGOITI, JOSÉ MARÍA. Euskal Herriko Unibersitatea; Universidad del País Vasco. Revista Historia Contemporánea número 24, 2002 (245-280).

Hotel don Rafael Benet. Tetuán. Cortijos y rascacielos. Revista Casas de campo, arquitectura, decoración. Num 29, 1945 (12).

Vicisitudes de un viejo tetuaní. LLODRA ISACCO, LUIS. Innovación y Cualificación, SL Editorial. Antequera, Málaga, 2006.

CARTOGRAFÍA

Mapas del IGME (Instituto Geológico y Minero de España).

<http://info.igme.es/cartografiadigital/geologica/>

Mapa del protectorado español en Marruecos, año 1955.

Ficha: <https://www.ign.es/web/catalogo-cartoteca/resources/html/002276.html>

Recursos en Bizkaia

EMERGENCIAS 112

Atención a víctimas de violencia de género

Teléfono 24 h anónimo 900 840111 / 061

Argilan – ESK

Calle General Concha 12, 1º izqda, Bilbao

Teléfono 94 4101425 / Correo info@argilan-esk.org

Argitan, Centro Asesor de la Mujer

Calle San Juan 26, bajo (Barakaldo)

Teléfono 94 478 2102 / Correo argitan@nodo50.org

Trabajadoras No Domesticadas

Etxekotu Gabeko Emakume Langileak

Calle Zumarraga, 5 bajo dcha, Bilbao

Teléfono 689 445668

Correo trabajadorasnodomesticadasbilbao@hotmail.com

Asociación de Trabajadoras de Hogar en Bizkaia

Etxeko Langileen Elkarte (AHT-ELE)

Calle Pelota 3, Bilbao

Teléfono 600 249672 / Correo athbizkaia@gmail.com

Berri Otxoak

Oficina alternativa de información sobre prestaciones sociales

Calle San Antonio, Barakaldo (detrás de Correos)

Teléfono 650 254667 / Correo enpreario@gmail.com

Grupo Torre de Babel

Fundación Social Ignacio Ellacuría / Arrupe Etxea

Calle Padre Lojendio 2, 1º dcha, Bilbao

Teléfono 94 4465992 / Correo info@fundacionellacuria.org

Karmela, espacio autogestionado

Calle Fika 44, Bilbao

Correo karmela@karmela.eus

Marienea, Casa de la Mujer en Basauri

Calle Kareaga Goikoa 54, Basauri

Teléfono 94 6124101 / Correo marienea@basauri.net

«Estaba cegada por él, pero no era amor; con los años lo vas descubriendo. Era miedo lo que sentía. Si él me chillaba yo me quedaba como sin fuerzas. Hasta que me dije, “¡se acabó; salga el sol por donde salga!”».

—MARIAN

«Yo no estaba de acuerdo con esa vida. No quería casarme con un hombre marroquí que me mantiene y yo me dedico a fabricar niños y a lavar y limpiar. Yo quería valerme por mí misma; quería mi libertad».

—MAJDOU



Marian y Majdou nacieron en los años sesenta del siglo XX, en La Hiniesta (Zamora) y en Atrafa (Chaouen) respectivamente. A pesar de la distancia entre sus pueblos de origen, sus vidas comparten el sello de la violencia patriarcal y de la explotación laboral, y confluyen en un presente de supervivencia. Sus relatos contribuyen a dignificar y validar socialmente sus vidas y a entendernos como mujeres.